

JUAN CARLOS HERVÁS



# AROMAS

DE CAFÉ Y ESPECIAS



Max Estrella  
Ediciones

# Aromas de café y especias

Juan Carlos Hervás

Aromas de café  
y especias



Max Estrella  
Ediciones

Primera edición: enero de 2018

©Grupo Editorial Max Estrella

©Juan Carlos Hervás

©Aromas de café y especias

©Portada de Alexandra Osbourne ArtWorks

ISBN: 978-84-17008-20-8

ISBN Digital: 978-84-17008-21-5

Depósito Legal: M-35119-2017

Max Estrella Ediciones

Fernández de la Hoz, 76

28003 Madrid

[editorial@maxestrellaediciones.com](mailto:editorial@maxestrellaediciones.com)

[www.maxestrellaediciones.com](http://www.maxestrellaediciones.com)

[www.maxestrellaediciones.com](http://www.maxestrellaediciones.com)

**1. LA DECISIÓN**

**2. EN LA CIUDAD DESEADA**

**3. LO INESPERADO**

**4. MALVADOS**

**5. PARA SIEMPRE**

Después de Dios y de los hombres, la luz de la Luna es de las cosas más serias que existen. Plateada, fría, penetrante como hoja de espada, la Luna derrama su luz sobre la Tierra trastocando sus ritmos y ciclos naturales: las mareas del océano, el crecimiento de las plantas, los instintos de los animales. Pero más que la naturaleza, es el corazón humano el que se agita y trastorna bajo su hechizo, especialmente cuando el astro aparece en toda su majestuosa belleza, es decir, en las noches de Luna llena.

J. Ratzinger,

*Caminos de Jesucristo*

«Herido por la flecha de la belleza.  
La cruz y la nueva “estética” de la fe.»

# 1. LA DECISIÓN

Hacía días que Anjay lo tenía decidido, pero hoy por fin se lo diría a su mujer Parvani. Sería al mediodía, a la hora de la comida.

Anjay se despidió de su mujer, como todos los días, con un beso en la mejilla.

—Hasta luego Parvani —le dijo su marido.

—Hasta luego, Anjay, que tengas una buena mañana —le contestó Parvani.

Y se dirigió, como siempre, a la hora en punto, a la planta baja de su mansión, donde se encontraba su clínica de medicina. Pero a diferencia de los últimos meses, hoy se encontraba un poquito más animado, aunque su seriedad seguía siendo manifiesta.

Anjay y Parvani, de origen hinduista, eran un matrimonio muy bien avenido. Se amaban profundamente a pesar de las dificultades por las que venían pasando desde que sellaron su matrimonio con una unión religiosa.

Aunque Anjay había estudiado en Europa y su educación había sido occidental, ahora trataba de amoldarse a las costumbres de su país. Era una persona de complexión más bien fuerte y de buena estatura, de tez bastante morena y bien parecido.

Había regresado, ya como médico, para contraer matrimonio con su amor de siempre, Parvani. Ella era envidiada por su belleza y elegancia y por su discreción y bondad, en su entorno aristocrático y en toda la ciudad.

Contrajeron matrimonio hacía unos años y no solo porque sus padres así lo hubieran concertado desde niños, sino porque no recordaban desde cuándo se habían amado.

Se conocían desde muy pequeños pues desde siempre habían jugado juntos, dado que sus familias eran muy amigas y ellos ya se habían prometido en la adolescencia.

Incluso cuando él se marchó a Europa a estudiar y ella se quedó allí

aprendiendo las labores propias de su educación como mujer, habían permanecido siempre fieles.

Se adoraban y no cabía en sus mentes otro amor más que el que se profesaban los dos.

Disfrutaban de una situación acomodada en la alta sociedad en la que los habían introducido sus padres.

Él, médico de profesión y de vocación, había regresado a su ciudad natal, donde su padre, un importante mercader, le había montado una clínica propia, con todos los adelantos de la época y, desde entonces, trabajaba allí y muy a gusto.

La clínica le proporcionaba buenos ingresos económicos y así habían visto aumentar su riqueza, considerable y progresivamente.

Atendía, con prioridad, a la sociedad mejor acomodada de su ciudad, aunque no tenía ningún miramiento si tenía que atender a gente necesitada o que hubiera caído en desgracia y no pudieran pagarle; no le importaba y de buen grado los socorría.

Aunque su padre, Narsi, le insistía muchas veces: «Anjay, no debes atender a los que no te paguen, para eso están los servicios sociales de caridad, que vayan allí.»

Pero a Anjay le gustaba hacerlo, además, los servicios sociales de caridad dejaban mucho que desear y así se sentía mejor y su fama de buen médico se extendía con rapidez por toda la ciudad.

\*

Aquella mañana de trabajo, Anjay, poco a poco, se iba poniendo cada vez más serio. En su cabeza no paraba de darle vueltas a la conversación que mantuvo hacía unos días con Mitali, su buen amigo, un próspero mercader con quien mantenía una muy buena relación desde la infancia y cuya conversación había desembocado en la decisión que ahora había tomado.

Mitali era de su misma edad, bien parecido y distinguido, había hecho también una buena fortuna. Sus caminos se habían separado desde que dejaron de estudiar juntos pero continuaban relacionándose muy a menudo.

Anjay terminó de ver al último paciente de la mañana cuando ya el aroma a especias propio de la comida del mediodía se iba instaurando poco a poco en sus fosas nasales, y se despidió de su enfermera:

—Hasta mañana Sunila, que tengas buena tarde —le deseó Anjay.

—Hasta mañana doctor —le contestó Sunila, terminando de recoger los instrumentos médicos.

Sunila, era su enfermera desde hacía varios años, era una mujer viuda que aún conservaba parte de su atractivo juvenil. Era de mediana edad, y sus familias siempre habían sido amigas, por ello, cuando enviudó, Anjay, gustoso, la contrató para trabajar con él, pues sabía de su necesidad y de su gran responsabilidad.

Anjay, se dirigió a la estancia superior de la casa donde se encontraba el comedor, y allí, como todos los días, entrando en la rutina diaria, le esperaba su amada esposa.

—Hola Parvani, ¿cómo has pasado la mañana? —le preguntó con educación Anjay.

—Muy bien, Anjay, ¿y tú, qué tal? ¿Cómo te ha ido la consulta hoy? —le respondió Parvani.

—Bien, ya sabes, como siempre, bastante trabajo —le dijo Anjay, acomodándose.

Los dos se dispusieron a comer, los sirvientes les ofrecieron el almuerzo, como todos los días, pero en el rostro de Anjay hoy había una extraña expresión.

Parvani lo conocía muy bien y sabía, a la perfección, que algo raro le pasaba. Ella lo respetaba profundamente y con el amor que le profesaba jamás se habría atrevido a mostrarle el más mínimo gesto de desaprobación a su actitud.

Por fin, con su habitual dulzura, le preguntó:

—¿Qué te preocupa Anjay, quieres contarme algo?

—Pues sí, Parvani —le contestó su marido con rapidez, como si estuviera esperando una oportunidad para empezar a hablar—. Deseo que comentemos un tema que sabes que me preocupa mucho y a ti también. El consabido problema de que no podamos tener descendencia.

Se hizo un silencio sepulcral. Durante un buen rato nadie habló, y hasta los sirvientes, con discreción, desaparecieron de la vista.

Era un tema muy doloroso que ambos habían tratado en numerosas ocasiones, pues llevaban casados unos cinco años y no habían podido tener todavía descendencia.

Ella se había sometido a múltiples exploraciones, de todo tipo, y a tratamientos, a veces muy dolorosos y desagradables, sin ningún resultado satisfactorio.

Hasta él mismo, desafiando las costumbres y tradiciones de su pueblo, se había mandado realizar algunas pruebas, pero los resultados habían sido

siempre negativos.

Por fin, Anjay continuó la conversación.

—Pues verás, el otro día, cuando vino a vernos mi amigo Mitali, el mercader, ya sabes, estuvimos, después de cenar, dando un largo paseo por el jardín.

—Sí, lo recuerdo muy bien —dijo Parvani.

—Y mantuvimos una interesante conversación sobre el tema que nos preocupa, ya sabes.

—Sé que Mitali es tu mejor amigo —intentó ayudarlo comprensiva Parvani.

—Es verdad, y sabes que confío plenamente en él. Pues bien, me estuvo contando una historia sobre Venecia, ya sabes, esa bella ciudad que se encuentra al otro lado del mar.

—Sí, he leído bastante sobre ella, es muy hermosa y especial —contestó Parvani.

—¡Parvani, me aseguró Mitali que esa ciudad tiene un efecto muy beneficioso sobre la maternidad! —Y Anjay se emocionó al hablar, hasta el punto que se le quebró la voz—. Dice que en sus viajes allí siempre le cuentan historias fascinantes sobre ella, y muchas de esas historias hablan de cómo es posible dejarse seducir por su encanto, y de como las mujeres, no se sabe bien por qué, se vuelven fértiles allí. Dicen que, con bastante seguridad, es por el poderoso influjo que tiene la luna en aquellas tierras.

—Mi querido Anjay —tomó la palabra Parvani, con delicadeza—, si me permites que te diga algo, sé que tu intención es buena, que no deseas nada más en este mundo que tener descendencia, pero ¿no te parece que eso es fantasear? ¿Que tú como médico no debes creer en esas cosas? Son imaginaciones de la gente y habladurías.

—Pero, Parvani, él me aseguró... —le interrumpió Anjay.

—Mi amor, sé que estás muy desesperado con este problema —continuó Parvani—, pero lo que más me dolería es que te hicieras falsas ilusiones con esto de nuevo; te amo demasiado para verte sufrir aún más. —Y le cogió con ternura la mano, dándole así, si cabe, más fuerza a sus palabras.

—Pero, Parvani, ¡me lo ha asegurado! —contestó, ahora con firmeza Anjay —, y Mitali es una persona sensata, que nos tiene mucho aprecio. Solo te digo que probemos a ver si es verdad. No nos va a hacer ningún mal probarlo. Hay cosas, y lo veo todos los días, que no tienen ninguna explicación científica y sin embargo, son verdad.

»Vamos a probarlo, esta vez no te vas a tener que someter a pruebas o a

tratamientos dolorosos, te lo aseguro.

—¿Y qué vas a hacer con la consulta? —preguntó preocupada Parvani—. ¿Y cuánto tiempo vamos a estar fuera?

—Pues calculo que el viaje nos puede llevar tres o cuatro meses, más o menos. No debemos preocuparnos por el dinero, tenemos suficientes bienes. Serían como unas vacaciones aunque no sea tiempo de verano, creo que nos vendrán bien. Sabes que llevo dedicándome a la consulta casi sin parar durante varios años y aunque disfruto con ella, pienso que no estaría nada mal un descanso.

—Está bien, esposo mío —le contestó complaciente Parvani—, si es tu deseo, yo no voy a contradecirte en absoluto, y te veo tan decidido... Pero, habrás pensado en decírselo a tus padres ¿no?

—Desde luego —le contestó Anjay, y acto seguido la besó dulcemente y le dijo—: eres tan adorable y tan comprensiva, eres la mejor mujer del mundo. —Anjay no podía ocultar su alegría, ni desde luego tampoco su amor hacia ella.

Parvani accedió, no quería contrariar a su marido, pues era consciente de lo que le preocupaba no poder tener hijos. Era bien conocedora de que en su sociedad el no tener descendencia no se contemplaba, era como una maldición, la descendencia era algo poco menos que sagrado. Y además, tenía bien sabido que cuando él se empeñaba en una cosa no había quien lo parara. Eso tenía sus pros y sus contras, y la verdad, hasta entonces, en el resto de sus proyectos, no les había ido tan mal.

Además, le apetecía mucho conocer esa ciudad tan lejana y de la que tanto había oído hablar. Parvani tenía un pequeño defecto, si es que se lo podía considerar como tal: era bastante curiosa.

Esa misma tarde los esposos se dirigieron hacia la casa de los padres de él, que distaba unos cientos de metros de la suya propia, ambas situadas en la parte residencial de la ciudad, apartadas del bullicio y de la aglomeración de las gentes.

Allí vivían Narsi, el comerciante próspero y su mujer, Sundai, padres de Anjay y de Nirmala, su hermana pequeña, una hermosa jovencita.

Nirmala, había nacido cuando ya nadie la esperaba y se había convertido para ellos en la hija de su ancianidad y en su alegría.

Los padres de Parvani habían muerto en un accidente, prematuramente, cuando ella contaba con cinco o seis años de edad y entonces los padres de Anjay, gustosamente por sus tradiciones y por el cariño que le tenían, se

habían hecho cargo de ella. Parvani era hija única.

La habían educado como un hijo más y, como era de esperar, ella les estaba muy agradecida. Les tenía un gran cariño, y su adopción tan generosa había atenuado, y mucho, el sufrimiento por la pérdida de sus padres.

Al llegar a la estancia principal el aroma a té y a café recién hecho les envolvió, y descubrieron a sus padres descansando con tranquilidad y relajados. Muy a menudo, tanto ellos como sus padres, acudían a una u otra mansión, sin previo aviso, para saludarse y conversar tomando sus infusiones preferidas en las largas tardes, sobre todo del verano.

Muchas veces hasta coincidían por el camino que unía ambas residencias dando un paseo, cuando el tiempo lo permitía y lejos de la temporada de las fuertes lluvias.

—Buenas tardes padres, ¿cómo están? —preguntó Anjay nada más llegar—. ¡Venimos a darles una noticia! —exclamó con ganas, como deseando deshacerse de algo que le oprimiera lo antes posible.

—¿Qué noticia es esa que os ha traído hoy hasta aquí con tanta premura, hijos? —le contestó su padre, Narsi.

—Pues, el caso es que tenemos pensado realizar un viaje en breve. Sí, un viaje a Venecia —contestó Anjay con determinación.

—Pero hijo, ¿vais a emprender otro viaje? —preguntó Narsi, su padre—, ¡y tan lejos! Sabes que no está exento de peligros. El viaje allí hay que hacerlo por mar y por tierra. Yo he ido varias veces y es un viaje largo y pesado y con muchas dificultades, y más si vas con Parvani.

—No, padre, sé que ahora el viaje se hace por mar en su totalidad, me lo ha contado mi amigo Mitali que, como sabrás, ha estado varias veces allí en los últimos años y me ha asegurado que ahora es más cómodo llegar. Él mismo en persona nos lo ha organizado todo. Lo tenemos decidido padre, salimos pasado mañana.

—Y ese viaje, ahora, en estas fechas, ¿por qué motivo? —preguntó su madre Sundai—. No será para someter a Parvani a más pruebas, ¿no?

—No madre, nunca la someteré a más pruebas médicas, eso ya lo sabéis. Está decidido, saldremos en dos días.

—Bueno Anjay —intervino su padre, intentando relajar la tensa situación que se había creado—, conociéndote, sé que no vamos a hacerte cambiar de opinión, tienes bien puesto el nombre: «Anjay», que como sabes quiere decir: «el invencible». Sentaos, relajaos y tomad un té con nosotros. Supongo que viajaréis en un buen barco y que lo tendrás todo bien planeado.

—No lo dude padre —intervino Parvani, hasta ahora expectante—, lo tiene todo bien calculado, conociéndole... Y no se preocupen, que estaremos bien.

—No sé por qué, pero me da la impresión de que vuestro viaje tiene relación con el tema que os preocupa tanto, hijos —continuó hablando Narsi—. Sé que esa ciudad esconde misterios que tal vez os hayan seducido solo con haberlos oído nombrar, la conozco bien. Yo también deseo tener un nieto pronto, sé que al final lo conseguiréis.

En ese momento Parvani se aproximó a Narsi y le besó con mucho cariño, como tantas veces solía hacer, y luego besó a Sundai. Ambos ancianos se relajaron de inmediato y miraron con gran dulzura a su hija adoptiva.

—No quiero que se preocupen más, les queremos —dijo Parvani.

Narsi, aún sentía la necesidad de hablar más sobre el tema, a pesar de la actitud algo cortante de Anjay, así que continuó diciendo:

—Sabéis que podéis contar con mi dinero para lo que preciséis, por lo menos de momento. Las cosas están cambiando y el oficio nuestro, de mercader, por lo menos como lo entendemos hasta ahora, se está terminando y no sabemos qué pasará en adelante.

—¿A qué se refiere, padre? —preguntó Anjay.

—Ahora están surgiendo otras formas de comercio —prosiguió Narsi—. El comercio a gran escala se está imponiendo, los países más modernos están muy interesados en la mercadería, supongo que será normal, cuando estamos ya a las puertas del siglo veinte. Eso es lo que más se comenta ahora.

—Pero, por Dios, tened mucho cuidado —dijo su madre, Sundai, con lágrimas en los ojos—. No os tenemos más que a vosotros y a vuestra hermana Nirmala.

En ese preciso momento y como si estuviera esperando ser nombrada, Nirmala apareció de repente, como un torbellino, como siempre, corriendo, pero esta vez era que había oído la voz potente de su querido hermano Anjay y dejando sus tareas escolares había emprendido el descenso veloz por la barandilla de la escalera desde su cuarto hasta la estancia inferior.

—¿Qué pasa, por qué estáis todos tan serios y por qué mamá está llorando? —exclamó Nirmala con cara de preocupación nada más entrar en la sala.

—Nada Nirmala, que nos vamos de viaje, de nuevo —le contestó Parvani, intentando tranquilizarla—. Pero volveremos pronto.

—Y, ¿a dónde vais? —preguntó su hermana—. ¿Muy lejos?

—Bueno, vamos a Venecia —le contestó su hermano, ya más tranquilo.

—¿A Venecia? ¿Y yo puedo ir con vosotros? —preguntó con interés

Nirmala—. Me gustaría mucho ir allí.

—No, no puedes —le contestó Anjay tajante—, nos vamos solos, es importante.

Nirmala se quedó algo triste por la respuesta no muy amable de su hermano, pero casi a la vez, como marcaba su carácter, volvió a reírse nerviosa y a abrazar y a besar, sin rencores, a sus hermanos.

Se despidieron de sus familiares y los dos, muy juntos, se dirigieron a su hogar, ya mucho más tranquilos con la bendición, aunque a regañadientes, de su padre, y deseando pasar aquella noche muy unidos en su amor hasta que amaneciera el nuevo día, como un preludio de lo que podrían encontrarse en su destino, pero con muchas incógnitas todavía por resolver, en su largo viaje.

Aquella noche Anjay durmió muy poco y sabía que su mujer Parvani tampoco había podido conciliar bien el sueño en contra de como lo hacía con normalidad. Con toda seguridad, como él, estaba preocupada por el viaje.

Anjay había estado toda la noche dándole vueltas a la cabeza, sin poder evitarlo, pensando que tal vez se estaba complicando demasiado la vida. Tal vez debería, como le decía su padre, buscar descendencia con otra mujer que fuera fértil y luego adoptar el hijo, como mandaban sus tradiciones.

Pero eso Anjay no podía hacerlo, amaba demasiado a su esposa como para hacerle algo así.

Cuando ella oía hablar de ese tema no se oponía, era demasiado comprensiva, solo lloraba y guardaba silencio.

O tal vez lo que deberían hacer era adoptar un niño directamente, como también se lo proponían, y además, sabiendo que tenían muy buenos contactos para ello, no le resultaría para nada complicado; pero en cualquier caso, Anjay, y también Parvani, se resistían a hacerlo; ese no sería en absoluto un hijo suyo, un hijo de su amor.

Se levantaron muy temprano, aún era noche cerrada, pero el carruaje que les había mandado su padre, Narsi, para llevarlos al puerto, ya les esperaba en la entrada de la casa, y su criado, Salil, también les esperaba con el equipaje perfectamente preparado del día anterior, dispuesto para subirlo al carromato, en cuanto se lo ordenasen.

Salil era su fiel sirviente, un hombre de mediana edad y robusto donde los hubiera, aunque no muy agraciado en lo físico y de tez muy oscura. Lo conocían desde siempre, desde bien pequeño, cuando su padre lo puso a su servicio, y desde luego, había cuidado muy bien de ellos.

Era, además de su sirviente, un fiel amigo, muy discreto; estaba al corriente

de los problemas por los que estaban pasando los dos y siempre trataba de darles ánimos y de cuidarlos, mejor si cabe, desde que los veía tan tristes.

Con rapidez, sin perder tiempo, emprendieron el corto viaje que separaba la parte alta de la ciudad, la zona residencial, del bullicioso puerto.

El ruido y el ambiente de trabajo del puerto les acabó de despertar, todavía medio adormilados por el sueño y el relajado, aunque corto, viaje de descenso.

Allí estaba, frente a ellos, perfectamente preparado, el barco de vapor que habría de llevarles en su inminente aventura por el mar.

Y no solo estaba allí el barco, por sorpresa se encontraban al pie de la pasarela de embarque, su amigo Mitali, sus padres y su hermana Nirmala.

—¿Pero qué hacéis vosotros aquí? —les preguntó un tanto sorprendido Anjay—. ¿No nos habíamos despedido ya anoche?

—Buenos días Anjay, ¿no te alegra que hayamos decidido venir a despediros? —le preguntó su padre—. Tu madre andaba muy preocupada y hemos pensado venir en el otro carruaje.

—Sí, claro, padre, nos alegramos de que hayáis venido todos —dijo Anjay—, pero ¿para que madrugar tanto?

—Es estupendo veros aquí —se apresuró a decir Parvani sonriente al mismo tiempo que procedía a besar, uno a uno, a todos sus familiares.

Su madre se acercó a él:

—¡Hijo mío! —dijo Sundai, con lágrimas en los ojos, y le besó, reteniéndole un rato la cara entre sus manos—. Os echaremos mucho de menos.

—Que lo paséis muy bien y os divirtáis mucho —dijo Nirmala—. ¡Ah! y traedme algo bonito.

Narsi le lanzó una rápida mirada de reprobación a su hija y luego, centrándose en sus otros dos hijos, al verlos, comenzó a entristecerse.

Nirmala se abrazó a su hermana Parvani y a ambas se les escaparon algunas lágrimas.

—Bueno, no es para tanto —dijo Anjay—, otras veces hemos salido de viaje y no ha pasado nada.

Mitali, su amigo, no les quitaba ojo, y al final les sacó de sus debates familiares:

—Venga, daos prisa, que está todo preparado. Tienes todas las instrucciones que me pediste escritas en estas hojas —dijo Mitali mientras le hacía entrega a Anjay de un manuscrito y varios mapas envueltos dentro de una

bolsa de piel.

—Gracias Mitali, amigo —le dijo Anjay mientras le daba un abrazo.

—No os apartéis de la ruta que os he preparado —continuó Mitali—, seguid siempre las instrucciones del capitán y no vayáis nunca por vuestra cuenta en caso de que desembarquéis o hagáis alguna escala, por lo menos hasta que lleguéis a Venecia.

Mientras tanto, Salil había subido ya los baúles y las maletas al barco y ellos se encaminaron, algo titubeantes y cogidos del brazo, hacia la pasarela de embarque.

Inmediatamente, al ver el barco por dentro se dieron cuenta de que su viaje no iba a ser nada fácil. Si bien el barco era grande y bastante moderno, allí no solo viajaban turistas, eran los menos, sino que abundaban los marineros y gentes más bien pobres que con toda probabilidad iban a Europa a buscar una mejor vida para ellos y para sus hijos.

Seguramente no eran las mejores fechas para hacer turismo, no era todavía verano y el barco tampoco era el más apropiado, pero Anjay había insistido tanto en partir lo antes posible que Mitali no había podido encontrar nada mejor.

—¿Qué te parece, Parvani? ¿Te gusta nuestro camarote? —le preguntó a su mujer, Anjay, nada más entrar en él, intentando mostrarse sonriente.

—Pues, la verdad mi amor, no es a lo que estamos acostumbrados, pero lo aguantaremos unos días —le contestó Parvani, intentando animarse ella misma.

En pocos minutos el barco tocó sus bocinas y tomó rumbo al mar de la India, muy despacio, como si acariciara suavemente las olas, y ambos, junto a Salil, despidieron a todos los de tierra firme agitando la mano.

Anjay se dio cuenta, a pesar de la distancia, de que todos lloraban, menos su amigo Mitali, aunque estaba extrañamente muy serio para como él era, y su padre también lloraba, aunque se esforzaba bastante para que no se le notara.

Poco a poco las figuras de los que se quedaban en tierra firme se fueron haciendo cada vez más pequeñas.

Empezaba ya a haber luz clara del día y el sol asomaba por el horizonte.

La belleza del amanecer en su tierra y la presencia de su amada Parvani junto a él estremeció el corazón de Anjay que, aunque nervioso y preocupado, tenía en su mente el firme propósito de encontrar, de una vez por todas, una respuesta al problema que tanto les acuciaba.

Fuera ya del abrigo del puerto, el barco comenzó a dar *pantocazos* y

enseguida se dieron cuenta de que el viaje se les iba a hacer muy, muy largo.

Permanecieron en el camarote durante algunas horas, intentando descansar, pero no pudieron conciliar el sueño. Solo se tumbaron en la no muy blanda cama, el uno junto al otro, con las manos entrelazadas y pensando en su aventura.

El movimiento brusco del barco, los olores extraños y muy fuertes que se colaban por debajo de la puerta y los ruidos de todo tipo que percibían, todo era nuevo para ellos y no les permitía relajarse.

Al final decidieron salir a cubierta y airearse un poco. Aunque ninguno de los dos se mareaba al navegar, les vendría muy bien el aire fresco.

Habían hecho a menudo excursiones y viajes cortos fuera del puerto, a los dos les gustaba mucho el mar pero nunca se habían aventurado tan lejos, por lo menos en un barco; sí que habían hecho muchos más viajes largos por tierra.

A menudo habían acudido a otras ciudades para tratar, sin resultado, el problema de Parvani.

Anjay, como buen médico que era y aunque no era en concreto su especialidad, había comentado con su esposa, en más de una ocasión, que le daba la sensación de que, muchas veces, se aprovechaban de su desgracia para sacarles el dinero.

Salieron a cubierta y permanecieron un buen rato en silencio, observando la inmensidad del mar que se les presentaba por delante y pudiendo aún divisar, ya muy pequeña, su ciudad, muy a lo lejos, como una manchita oscura en el horizonte.

Todavía hacía fresco, normal para la época del final del invierno en la que se encontraban, y Anjay pasó el brazo por encima de los hombros de su amada, notando como ella se lo agradecía.

—Hemos hecho bien en traernos prendas de abrigo para el viaje —le comentó Parvani—. Me han dicho que en Europa hace mucho frío, por lo menos para lo que estamos acostumbrados nosotros.

Embelesados por la brisa del mar y por el movimiento, ahora más pausado y rítmico del barco, no se habían dado cuenta de que alguien se les había acercado por detrás.

—Buenos días distinguidos señores, soy Lalam, su servidor y capitán de este barco —les sobresaltó con su voz ronca—. Mitali, a quien conozco desde hace muchos años, me ha hablado mucho de ustedes. Deben de ser sus amigos.

Le tendió su mano a Anjay para inmediatamente retirarla, casi sin tocarla, y coger la de Parvani con una leve inclinación de cabeza y un medio intento de

besarla.

—Mucho gusto —le dijo escuetamente Anjay.

Lalam era un hombre ya mayor. En su rostro se reflejaban perfectamente las huellas de una vida expuesta al sol... y a la bebida, pues mostraba una exuberante nariz, permanentemente enrojecida en la punta. Y en su vestimenta de capitán, destacaba, aparte de las múltiples manchas en su ropa, una gran gorra azul, que nunca se quitaba.

—Es mi deseo, si les parece bien —continuó hablándoles con deferencia—, que me acompañen en la comida del mediodía, a mí y a mis oficiales, en el comedor del barco.

El capitán trataba de ser lo más cordial y educado que podía, aunque en su trato se notaba algo claramente contradictorio.

Los años de experiencia en el contacto con los ricos mercaderes le habían enseñado a comportarse con cierta educación, y aunque se esforzaba mucho, no podía disimular que, por otro lado, se le notara la brusquedad con la que estaba acostumbrado a tratar diariamente con los marineros.

Aunque no era lo que más hubiera deseado Anjay, aceptó, pensó que sería lo mejor para ellos, en la medida de lo posible, establecer buenas relaciones, pues el viaje iba a ser largo y pesado y nunca se sabía lo que pudieran necesitar.

Parvani, aunque algo recelosa, en el fondo se alegró, su curiosidad, como tantas otras veces, le hacía lanzarse a aventuras, a menudo, un tanto imprudentes.

Empezaba a disfrutar del viaje y Anjay lo percibió, y a su vez se alegró de que su amada pudiera estar más relajada y feliz.

La cena con el capitán y los oficiales fue bastante agitada. Los tripulantes tenían por costumbre devorar sus viandas en el más breve espacio de tiempo posible, como si fuera a suceder algo inesperado y les pillara a mitad del trabajo. Esto a Anjay y a Parvani les sorprendió bastante y no les gustó demasiado.

Ellos estaban acostumbrados a comer con mucha más relajación. Además, por allí el vino y el ron campaban a sus anchas de modo que varios oficiales de la mesa, los que estaban libres de servicio, se fueron, muy contentos, directamente a dormir.

Los días fueron pasando entre las atenciones, no siempre acertadas, del capitán, de los oficiales y de otros pasajeros, y de la belleza del mar por el que navegaban.

Poco a poco se fueron acostumbrando a la estrechez y a la incomodidad de su camarote y al final hasta dormían más o menos bien.

Por su parte, Salil, el criado, como era lógico, dormía con la tripulación, se relacionaba bien con ellos, jugaba a las cartas con los marineros y había hecho, en general, buenas migas con todos.

De vez en cuando subía a primera clase o a cubierta para interesarse por el estado de sus señores, siempre atento a lo que pudieran necesitar, y para pasar un rato con ellos, y en general, todo marchaba bien.

Pero la rutina y el aburrimiento empezaron a hacer mella en los pasajeros. Alguna noche oían, desde su camarote, discusiones y peleas entre los inquilinos de segunda clase, y ya por la mañana se enteraban de que este o aquel pasajero, habían sido arrestados por la tripulación por mal comportamiento.

De repente, al anochecer del quinto día, el mar empezó a agitarse más que de costumbre. Las olas se hicieron gigantescas y el viento y la lluvia comenzaron a agitar el barco.

Ellos permanecieron en el camarote, asustados y oyendo los gritos y el ajetreo de los marineros y de algunos pasajeros que comenzaban a encontrarse muy mal, por el mareo, y pedían ayuda.

Abrazados intentaron en vano relajarse y dormir, y al final, Anjay, decidió salir a ver cómo estaba la situación.

El barco se inclinaba de tal manera que parecía que no podría recobrar su vertical. Anjay, agarrado a los pasamanos y a lo que encontraba para asirse, a duras penas conseguía mantenerse en pie.

Apenas había conseguido andar unos metros cuando se topó con un oficial, fácilmente reconocido por él por sus aventuras en el comedor del capitán. Hasta recordó su nombre, cosa rara en él, aunque el nombre no era en absoluto vulgar.

—Señor, permanezcan en sus camarotes, es una tormenta más —Intentó tranquilizarle el oficial llamado Jon Macarty—. Está todo controlado, no se preocupe, aquí solo pueden sufrir un accidente.

—Está bien, oficial —le contestó Anjay, esforzándose por parecer tranquilo —, pero si necesitan ayuda médica, me lo comunican, estaré en mi camarote.

—Gracias señor, lo tendremos en cuenta.

Ya avanzada la noche, cuando parecía que la tormenta había amainado y por fin habían logrado conciliar el sueño, se sobresaltaron al oír que alguien golpeaba con fuerza la puerta del camarote.

Anjay se levantó al instante asustado y entreabrió la puerta. Era el capitán que, súbitamente y con fuerte voz como era su costumbre al hablar, le dijo:

—Señor Anjay, por favor, ¿puede venir a ver a su criado? Parece que se encuentra mal.

Anjay, sin pensárselo dos veces le contestó:

—Ahora mismo acudiré a verlo. —Y cerró la puerta todavía con el corazón muy acelerado.

Se apresuró a vestirse y a salir en busca de la estancia donde dormían los marineros y los sirvientes de los señores. Cuando llegó allí la visión fue espeluznante. Allí dormían, hacinados, varias docenas de personas, un olor muy desagradable a vómito, a orina y a sudor se esparcía por toda la estancia, la falta de higiene y la suciedad eran notorias.

Anjay, aunque acostumbrado a ver cosas desagradables por su trabajo, nunca podría haber pensado que aquello existiera en un barco.

Se aproximó al camastro donde yacía Salil.

—Pero Salil, ¿cómo no me habías comentado nunca en las condiciones en que viajas?—le preguntó Anjay nada más verlo.

—No es nada señor, no quería molestarles, he vomitado un poco —le contestó Salil, con un hilo de voz y haciendo un gran esfuerzo.

—¡Pero, tienes fiebre y estás deshidratado! —le habló Anjay, mientras le exploraba—. No entiendo como no me han avisado antes, voy a hablar ahora mismo con el capitán.

No le costó mucho a Anjay ni a los marineros que le acompañaban encontrar al capitán. Rápidamente le condujeron a su camarote donde se encontraba descansando y bebiendo su ración matinal de ron.

—¡Capitán! —le dijo con viva voz Anjay nada más abrirle él la puerta— ¿Hay otras personas enfermas?

—Sí, señor —le respondió algo titubeante el capitán Lalam mientras trataba en vano de ocultar de la vista su botella de ron—. Algunos marineros tienen vómitos y «caguetas», pero están mejor que su criado. Pensábamos que se había puesto tan mal por la tormenta, ya sabe, por el mareo, y que se le pasaría pronto, por eso esperamos.

—Pues, deberían habérmelo dicho antes —le contestó Anjay manifiestamente irritado—. A ese criado le tengo un gran aprecio.

—Le presento mis disculpas. —Trató de suavizar la situación el capitán.

—Hay que bajarle la fiebre con compresas frías y darle abundantes líquidos. Póngase enseguida manos a la obra —le dijo Anjay.

—Sí, señor Anjay, enseguida. —Trató de obedecer Lalam.

—Es posible que se trate de disentería —continuó hablando Anjay—, sobre todo si hay más personas enfermas. Me van a mantener informado las veinticuatro horas del día. Designe a una persona capaz de cumplir mis órdenes.

—Descuide doctor, un oficial muy avisado, Jon Macarty, se va a encargar de todo. —concluyó el capitán.

Jon Macarty, con quien Anjay había coincidido ya en varias ocasiones, era un oficial medio occidental, su madre era inglesa y él había adoptado su apellido pues de su padre, poco después de nacer él, nada más se supo.

Su madre era de una familia adinerada inglesa pero hacía ya algunos años que había fallecido y decían que Jon se había pulido la herencia que le dejara su madre en un tiempo record.

Jon era un hombre joven aún y bien parecido, se había enrolado como oficial mercante al quedarse sin patrimonio, pues después del dinero, lo que más le encantaba en este mundo eran la aventura y las mujeres.

Anjay ya se había dado cuenta durante las cenas con el capitán, que le gustaba mucho empinar el codo y jugarse el dinero a las cartas.

Pero a pesar de eso era el más educado de todos los que se habían encontrado en el barco y fueron estableciendo con él cierta amistad.

Alguna que otra vez, Jon le pedía dinero, asegurándole que se lo devolvería en cuanto tomaran tierra, pues en la ciudad cobraría unas deudas. Anjay accedió, pues después de su discusión con el capitán, no quería enemistarse con nadie más.

Trascurrieron varios días y el capitán, con la ayuda de Jon Macarty, se ocupó de Salil. Lo mantenían informado de su estado puntualmente y Anjay acudía todos los días a verlo; él mismo en persona le procuraba muchas veces todos los cuidados que necesitaba.

Aunque no dejaba que Parvani se acercara por allí por el miedo que tenía a que ella enfermara también.

Los otros marineros, tal vez más acostumbrados a aquellos procesos infecciosos, habían superado ya la enfermedad sin mayor problema, y el brote pareció totalmente controlado.

Salil no mejoraba, todo lo contrario, cada día que pasaba estaba más débil.

Una mañana, muy temprano, el capitán golpeó con fuerza, como acostumbraba a hacerlo, la puerta del camarote y los esposos se sobresaltaron; Anjay se apresuró a abrir.

—Señor Anjay, su criado está peor, debe venir usted enseguida —le dijo el capitán con cara de susto y con su desagradable voz, esta vez, un tanto apagada.

Anjay acudió rápido a la estancia donde permanecía Salil pero ya no pudo hacer nada más por él, Salil había muerto.

Ya a media mañana, prepararon el cuerpo de Salil, lo envolvieron en una sábana y lo presentaron en cubierta, casi todo el pasaje se asomó a verlo aunque a prudencial distancia.

Solo Lalam el capitán, Anjay y Parvani, que lloraba desconsoladamente, estaban junto al difunto.

El capitán hizo una somera oración a sus dioses y el cadáver fue arrojado por la borda. A Anjay también se le escapó una lágrima y la gente comentó: «pues vaya, si era solo un criado».

Desde que ocurriera la desgracia de la muerte de Salil las relaciones con el capitán se habían enfriado bastante. A cambio, Anjay había hecho amistad definitivamente con el segundo oficial, Jon Macarty, que era el que sobre todo se había ocupado de atender, más o menos, a Salil durante su enfermedad, por lo que Anjay le estaba muy agradecido.

Jon se había dedicado en esta vida a hacer muchas cosas, entre ellas a estudiar algo de medicina pero, como él decía, no estaba hecho para vivir entre cuatro paredes, por lo que prefería viajar y ver mundo.

Se convirtió, en esos momentos, en una buena ayuda para ellos, cuando el viaje empezaba a ser muy pesado por el tiempo interminable de estancia en el barco y por la escasa actividad que se podían practicar a bordo.

Pasaban largas horas hablando de la vida, de sus proyectos y hasta de medicina, y llegaron a establecer una buena amistad.

Por fin, una mañana, ante la alegría del pasaje y también de la tripulación, avistaron tierra. Se trataba de la costa de Arabia. Dejando atrás el océano índico, por fin, se dirigían al mar arábigo.

Anjay consultó entonces las notas que le había entregado al partir su amigo Mitali y comprobó su posición. Aquello no podía ser otra cosa que el continente africano.

Los dos enamorados estaban en cubierta, como todos los días, abrazados y observando la lejanía, cuando apareció Jon y se acercó a ellos.

—Eso que veis es la costa de África —les dijo Jon, uniéndose a ellos en su mirada lejana—, creo que ya lo sabíais, pero ahora debo deciros que el viaje se vuelve más peligroso.

—¿Que quieres decir, Jon? —le preguntó un tanto asustada Parvani.

—Pues que los habitantes de esas riberas no son muy amistosos que digamos, espero que no nos veamos obligados a tomar tierra por ningún motivo.

—Pues eso espero —dijo Anjay apretando con su brazo y atrayendo hacia sí a Parvani que estaba tiritando—, y te agradecería, Jon, que nos mantuvieras informados de cualquier novedad que se produzca en el barco.

—Anjay, por supuesto —le contestó Jon—, sabes que puedes confiar en mí. Por lo menos en lo que respecta a víveres y agua no creo que haya ningún problema que nos obligue a tomar tierra para abastecernos.

—Estupendo, una preocupación menos—dijo Anjay.

—Sí —continuó Jon—, tenemos todavía suficientes provisiones, y barriles de agua hay más que de sobra gracias a que pudimos recoger bastante agua de lluvia durante la tormenta.

Mientras, navegaban por el mar de Arabia, bordeando la costa, pero a prudencial distancia, dirigiéndose hacia el estrecho que daba paso al Mar Rojo.

El ambiente en el barco durante esos días se notaba tenso. El capitán apenas se dejaba ver, aunque en el fondo, Anjay lo agradecía.

Desde los últimos acontecimientos por la muerte de su criado, prefería no tener que relacionarse con él.

Lalam estaba muy pendiente del rumbo del barco y de vigilar el horizonte.

Una mañana en la que el mar estaba muy en calma, como la palma de la mano, y ellos, como todos los días, andaban paseando por cubierta y oteando el horizonte, oyeron unos estruendosos ruidos. Anjay supo enseguida que se trataba de disparos.

Sin saber todavía seguro lo que ocurría, instintivamente, se dirigió con rapidez, cogiendo del brazo a Parvani, hacia el camarote.

—Pero Anjay, ¿qué es lo que ocurre? —le preguntó muy asustada Parvani.

—No lo sé seguro Parvani, pero parecen disparos —le contestó Anjay—. Te vas a quedar en el camarote y no salgas bajo ningún concepto, yo vuelvo enseguida, en cuanto sepa lo que pasa.

—Por Dios Anjay, ve con mucho cuidado —insistió Parvani, para luego, pensándose mejor, exclamar—. ¡No, mejor voy contigo!

—No, quédate aquí, vuelvo enseguida, es mejor que vaya yo solo, así iré más rápido. —A duras penas Anjay consiguió que Parvani le hiciera caso.

Anjay se dirigió hacia cubierta. Por el camino se cruzó con algunos

pasajeros que corrían en todas direcciones y pudo oír que gritaban: «piratas, son piratas Somalíes».

Le entró un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo, pero no dudó en su objetivo y pronto se encontró en cubierta.

Nada más llegar continuó oyendo disparos y vio mucha gente corriendo; cada vez los disparos sonaban más cerca, incluso dentro del barco. Veía rebotar las balas en todas direcciones.

Allí estaban pertrechados los marineros, repeliendo el ataque de los piratas.

Con mucho cuidado y siguiendo las indicaciones de los tripulantes, asomó un instante la cabeza por la borda y pudo ver varias barcas atestadas de bandidos, que disparaban sin cesar sus fusiles hacia el barco. En ese momento estaban rodeados.

Un disparo certero, desde una barca, hizo diana en uno de los marineros, cuando, asomado, estaba a punto de disparar su fusil.

El muchacho cayó mortalmente herido a su lado. Él, sin dudarlo, se acercó para examinarlo y pudo comprobar que la bala le había dado en el cuello, por donde sangraba profusamente.

Trató de detener la hemorragia con su propio pañuelo pero fue inútil. En pocos segundos, aquel hombre joven con quien recordaba haber hablado trivialmente en algunas ocasiones, dejaba de respirar.

Entonces pudo ver como un pasajero, con valentía, se acercaba y cogía el fusil que había dejado caer el marinero herido y dirigiéndose a popa le gritaba mientras corría:

—¡Toda ayuda va a ser poca, si toman el barco y nos apresan, estamos perdidos!

Pudo ver entonces como el capitán se acercaba con rapidez hacia él con la cara congestionada y sudando profusamente. Su abultado vientre, en esos momentos, parecía tener vida propia de lo que se movía al correr, y le gritó a corta distancia:

—¡Dese prisa doctor, traiga rápidamente el botiquín que aquí va tener mucho trabajo!

Se dirigió rápido hacia la cocina, donde sabía que estaba lo que llamaban: «el botiquín», un maletín viejo que solo contenía unas cuantas gasas y algún desinfectante, pero bueno, era mejor que nada, y se dirigió con el hacia cubierta.

Pero lo pensó mejor y volvió sobre sus pasos, en dirección a su camarote, pensando en que primero recogería su propio maletín médico, que sin duda le

resultaría más útil y así, de paso, intentaría de nuevo volver a tranquilizar a Parvani.

Pero no lo consiguió, Parvani estaba temblando de miedo y trató una vez más de retenerle a su lado, aunque al final, resignada, lo dejó marchar, aunque con gran angustia pues sabía que era su deber atender a los heridos.

Agazapado y asustado, Anjay, sabedor de lo complicada que se había vuelto la situación, trataba de ayudar en lo que podía. Oía silbar las balas sobre su cabeza cuando de repente el capitán, a pocos metros de él, caía fulminado al suelo. Una certera bala con toda seguridad lo había noqueado.

Acudió a él lo más rápido que pudo pero con precaución, y entonces lo vio a la perfección: la bala había impactado justo en medio de la frente del capitán y ya no había nada que hacer.

Menos mal que los oficiales eran gente experimentada y no se habían amilanado, aunque algunos, en medio de la confusión, ni se habían enterado de la caída de su líder y continuaron repeliendo el ataque de los piratas, ahora con el primer oficial al mando.

Al cabo de una hora más o menos, que se hizo interminable, los piratas cesaron en su ataque e intentaron volver a la costa, unos a nado y los que pudieron en sus barcas.

Anjay se asomó, ahora que oía menos disparos, y lo comprobó: los piratas se batían en franca retirada.

Aunque desde el barco algunos continuaban disparando sus fusiles, la situación ya parecía controlada.

Todos se encontraban muy aliviados y los más veteranos aseguraban que habían tenido mucha suerte. Si hubieran tomado el barco, con toda probabilidad lo hubieran saqueado, habrían matado a los hombres y se habrían llevado esclavas a las mujeres.

Anjay al oírlo sintió un escalofrío tremendo; le entraba pavor solo de pensar que su amada podría haber sido secuestrada de por vida.

Parvani permanecía en su camarote, obedeciendo a su marido aunque con la angustia de no saber que estaba ocurriendo fuera.

Pegada a la puerta trataba de enterarse de algo por los sonidos que escuchaba. Por fin se percató de que los disparos habían cesado y respiró algo más tranquila.

No pudiendo aguantar más y, suponiendo que el peligro había pasado, salió en busca de Anjay.

Se encontró cara a cara con él, en medio del pasillo que llevaba a los

camarotes y sin mediar palabra le abrazó con fuerza.

—Amor mío, ¿estás bien? Nunca había pasado tanto miedo en mi vida —le dijo Parvani sin separarse de él ni un momento.

—Sí, mi amor, estoy perfectamente —le contestó Anjay— ya suponía que estarías muy preocupada pero era mi deber asistir a los heridos. Ha habido unos cuantos y también muertos, entre ellos el capitán.

—Pero qué horror ¿no? —le contestó Parvani, con cara de espanto—. Nunca he deseado más llegar a un sitio, Anjay, se me está haciendo interminable.

—Ya, y a mí también, mi amor —le dijo Anjay mientras la besaba con ansiedad una y otra vez.

Al final terminaron los dos en el camarote reponiéndose, con su amor, del miedo pasado y consolándose a la vez.

La tarde les sorprendió fusionados, física y espiritualmente, en una de las dos estrechas camas de su estancia, pero no necesitaban de más espacio.

—Eres tan bella y tan dulce, amor mío —le susurraba al oído Anjay mientras le hacía el amor con pasión.

—Y tú eres el más bueno de los hombres y el más fuerte —le contestaba Parvani entre gemidos.

Y por lo menos aquella noche, Anjay y Parvani, entregados el uno al otro como hacía tantos días que lo añoraban, pudieron dormir más relajados.

El mando del barco ahora lo tomó el primer oficial, una persona poco habladora pero según decían y así lo pudieron comprobar, muy capaz de llevar el barco a su destino.

El capitán y dos marineros más fueron arrojados al mar tras las oraciones pertinentes, y los demás, con el miedo aún en el cuerpo, desearon más que nunca que aquel viaje interminable llegara pronto a su fin.

\*

Aquella mañana el sol brillaba en el cielo en todo su esplendor y el calor, como en los últimos días, se estaba haciendo insoportable. El barco se deslizaba, casi sin balanceo, por un mar tranquilo. Todo en el buque parecía ir lenta y relajadamente.

Un gran bullicio, de repente, despertó a los dos amantes que habían pasado la noche muy tranquila disfrutando de su mutua presencia.

Se dieron prisa en vestirse para acercarse a cubierta, y el espectáculo que pudieron ver en cuanto llegaron fue increíble. Anjay y Parvani estaban acostumbrados a ver cosas bellas en su tierra y en los viajes que habían

realizado hasta entonces, pero aquello lo superaba todo, aquello era realmente excepcional.

El mar rojo, donde acababan de entrar, era extraordinariamente rojo. Decían que aquel fantástico color, regalo para sus ojos, se lo proporcionaban las algas por las que navegaban. Y el contraste con aquel cielo azul y aquella tierra oscura que se veía no muy lejos, le daba un colorido único.

Anjay estaba embelesado observando semejante espectáculo.

—Parvani, viendo esto se compensan, en parte, las penalidades que hemos pasado —le dijo entusiasmado a su mujer.

—Sí, mi amor, ¡me alegro tanto de que te guste!

De repente oyeron otra exclamación de sorpresa proveniente del otro costado del barco y todo el mundo, expectante, se dirigió hacia allí.

La sorpresa fue mayúscula. No muy lejos, ocupando las aguas poco profundas, se encontraban unos animales marinos muy hermosos.

Algunos pasajeros dijeron: «mirad, son sirenas» y en efecto, los animales marinos que divisaban parecían esas sirenas que en tantos cuentos y relatos las gentes de todo el mundo habían leído sobre ellas y habían visto su silueta dibujada. Con sus cuerpos redondeados y sus aletas caudales, en verdad que las recordaban.

Tenían una apariencia muy dócil y salían y entraban del agua con gran agilidad, como queriéndose exhibir.

Anjay y Parvani estaban absortos de nuevo viendo aquel espectáculo, nunca hubieran pensado que las sirenas existieran de verdad, pero aquel mar fantástico se las estaba dejando ver.

Una voz algo ronca y familiar los sacó de su fascinación:

—¿Qué os parece amigos? ¿Os gustan los «Dugongos»? —Era Jon Macarty que ante el griterío formado había subido a cubierta a ver qué pasaba.

—¿Qué palabra has dicho, Jon? —le preguntó Anjay intrigado.

—Sí, esos son «Dugongos», también llamados vulgarmente vacas marinas o sirenas —dijo Jon.

—Pues no había oído nunca ese nombre tan llamativo, la verdad —dijo Anjay, con un tono de extrañeza.

—No es raro que no hayas oído hablar de ellos en esos términos, solo se encuentran en este mar rojo en el que nos encontramos.

—Son extraordinariamente bellos —dijo Parvani muy impresionada.

Disfrutaron de varias jornadas de belleza insuperable, deleitándose con los colores del paisaje y con los animales extraños con los que se cruzaban, y la

paz y la calma se instalaron en el barco.

El nuevo capitán apenas si les saludó con tibieza en algún momento concreto en que se cruzaron con él por el buque, y desde luego no les invitó a cenar, cosa que ambos esposos agradecieron.

El número de embarcaciones con las que se cruzaban, poco a poco fue en aumento, durante varios días de navegación sosegada por el mar rojo.

Al final llegaron a una zona donde el mar parecía terminar, y ante ellos, como salido de la nada, apareció el canal de Suez. No hacía mucho que habían abierto ese paso que, sin duda, constituía un gran adelanto en los viajes de oriente a occidente.

Jon Macarty les acompañaba en sus coloquios muchas veces, siempre que sus obligaciones se lo permitían, se notaba que estaba a gusto con ellos.

Les daba explicaciones de todo lo que iban viendo aunque Anjay la mayoría de las veces ya lo sabía gracias a las anotaciones que su amigo Mitali le dio antes de salir del puerto.

Le gustaba consultar las notas que llevaba e ir comprobando los sitios por los que pasaban. En verdad que Mitali se lo había dejado todo bien explicado, y así el viaje se les iba haciendo más llevadero. De hecho, en esos últimos días era cuando más habían empezado a disfrutar de él.

Por fin, tras atravesar el canal de Suez, llegaron al mar mediterráneo y pudieron disfrutar de la belleza de unas aguas tan transparentes que parecía que el barco fuera a tocar el fondo en cualquier momento. Navegaban con suavidad junto a las islas griegas tomando rumbo a la península itálica.

Tenían la impresión de que nunca iba a acabar su viaje. Sería porque ya presentían que tocaba a su fin y la misma ansiedad que sentían les hacía sufrir esa sensación.

Aquella mañana fría un griterío que iba en aumento les despertó con un sobresalto. Y esta vez no era el capitán aporreando con fuerza su puerta, sino un bullicio de voces y estrépito que anunciaban algo importante.

Salieron lo más rápido que pudieron a cubierta y el espectáculo que divisaron fue reconfortante. Habían llegado, por fin, a Venecia.

Ante ellos la espléndida ciudad que tanto anhelaban se mostraba en toda su grandeza. Multitud de edificios coronados de cúpulas se distinguían a lo lejos, cada vez apareciendo ante sus ojos con más nitidez.

Barcos de todo tipo y tamaño iban apareciendo en su camino, y sobre todo múltiple barquitos pequeños gobernados por un solo tripulante que a cada momento en que se acercaban al puerto se hacían más y más numerosos, como

si el agua hirviera de ellos.

Anjay comprendió enseguida que aquellos barquitos eran las famosas góndolas venecianas y le comentó a Parvani:

—Fíjate en esas barquitas, las hay de todos los tamaños y cada vez hay más.

—Sí, eso deben de ser las góndolas, ¿no?—le contestó Parvani, algo emocionada e intrigada—. Pero, ¿por qué son todas de color negro?

—Según tengo entendido —continuó Anjay—, las pintan así como señal de luto desde que pasó la peste por estas tierras hace ya varios siglos.

—Pues son bonitas, así brillantes —comentó Parvani—, aunque me gustaría que alguna cambiara a un color más alegre.

Anjay la besó en la frente y le sonrió.

—Vas a ser tú ciertamente, amor mío, la que va a darles color a todas ellas y a todo lo que te encuentres aquí. —Y no pudo ocultar más su alegría y su amor hacia Parvani.

El gran barco, compañero de sus aventuras en las últimas semanas, por fin se había parado y había echado amarras. La sensación de movimiento continuaba en todos a pesar de que ya no se movía, pero era normal.

El bullicio de la gente en cubierta era cada vez mayor. Todos trataban de desembarcar lo más rápidamente posible, cargados con bultos y con maletas; los de segunda clase, sobre todo, lo invadían todo, como un montón de hormiguitas alborotadas corriendo en todas direcciones y dando grandes voces.

Rápidamente la tripulación puso orden, con algo de agresividad incluida, y los de primera clase pudieron, ordenadamente, situarse mejor en cubierta.

Desembarcaron, y ahora, con la ausencia de Salil por desgracia, debían ocuparse ellos personalmente de su equipaje, aunque los marineros estaban muy atentos a ayudar, y luego, claro, a poner la mano para llevarse algunas monedas.

Anjay pensó que, con toda probabilidad, según recordaba las advertencias de Mitali, aquello iba a ser el principio de un importante y reiterado desprendimiento monetario.

La belleza de aquella ciudad que aparecía poco a poco ante sus ojos como emergiendo de la niebla, era innegable.

El ajetreo del puerto les recordó al de su ciudad, pero con un toque occidental, diferente, aunque también tenía muchos rasgos orientales. Aquello saltaba a la vista, aunque era todavía, lógicamente, muy sutil ante sus ojos curiosos. Tiempo habría de observarlo todo detenidamente.

Recordó lo que había leído sobre la influencia otomana en aquellas tierras y que ahora le parecía muy evidente. El imperio de Bizancio habría de hacerse muy presente en los días venideros.

Subieron a bordo de una de aquellas pequeñas embarcaciones negras. Parvani permanecía extrañamente callada aunque Anjay lo atribuyó al ajetreo en el que estaban sumidos.

Anjay eligió una con una pequeña cabina, para que Parvani fuera más cómoda y no tuviera tanto frío pues, aunque se había abrigado bien, no paraba de tiritar. Tal vez fuera por los nervios o intuyendo los acontecimientos que pronto se iban a suceder uno tras otro, inesperadamente, en sus vidas.

## 2. EN LA CIUDAD DESEADA

En tierra firme la sensación de movimiento aún fue más destacada. Les parecía seguir balanceándose y era cierto, su sistema del equilibrio todavía no se había acostumbrado a la nueva situación.

—No me encuentro muy bien, me siento mareada y con náuseas —dijo Parvani.

—Es normal mi amor —le contestó Anjay— la sensación se pasará pronto.

—Eso espero Anjay —le dijo Parvani mostrando una cara blanca como la cera.

No tuvieron problema en encontrar rápidamente quién les llevara los bultos. Enseguida aparecieron varias personas con carritos, ofreciéndose a trasladarlos a ellos y a sus cosas al hotel cercano que Mitali les había recomendado.

Anjay, conocedor de varios idiomas por sus estudios universitarios, dominaba perfectamente el inglés y no se defendía nada mal con el español, por lo que entendía bastante bien el italiano, por lo menos lo básico.

Se le daban bien los idiomas. Con el poco tiempo que llevaban en la bella ciudad y con los italianos con los que se habían cruzado en el barco, ya empezaban a entenderse en aquel idioma. También Parvani se defendía bien, sobre todo en inglés.

Con los bultos cargados en el carrito, ambos, ya más tranquilos, se detuvieron un momento a contemplar lo que de aquella ciudad se divisaba desde allí, y si aquello era preludio de lo que se intuía, no iba a ser nada trivial.

Todavía no se habían percatado bien de lo que aparecía ante sus ojos. De repente, parándose un momento a contemplar lo que veían, un escalofrío les recorrió a ambos los huesos.

Qué monumentos más fantásticos, qué plaza más enorme y qué belleza

denotaba. Qué columnas que casi se perdían en el cielo y todo como sumergido en un mar inmenso y puro.

Hasta el sol parecía que se les había unido para darles la bienvenida. El astro rey comenzó a otear por el horizonte y aunque, tenuemente, empezaron a sentir su calor.

—Mira Parvani, en lo alto de esa columna, ¿ves el león alado? ¡Es el símbolo de Venecia! —le dijo Anjay emocionado—. Parece que nos diera también la bienvenida.

—Sí Anjay, lo veo —le contestó Parvani, haciendo un gran esfuerzo para hablar.

El hotel también era un bello escenario, muy próximo a la plaza de San Marcos que habían conocido poco antes, rodeado de agua, como todo allí, y separado por innumerables puentes de los que ya llevaban contados unos cuantos.

Ya en su habitación y después de despedirse, sin remedio, de bastantes monedas en atención a toda la gente que amablemente se prestaba a ayudarles, Anjay intentó relajarse, pero Parvani, como si fuera un volcán que no pudiera más retener su contenido, comenzó a vomitar insistentemente.

—¿Qué es lo que me pasa, Anjay?—acertó a preguntar Parvani, entre vómito y vómito.

—No sé, mi amor, puede ser algo que has comido o algo que has cogido en el barco —la intentó tranquilizar Anjay—, tal vez sea la maldita disentería, pero no te preocupes, seguro que en esta moderna ciudad encontramos remedios útiles para curarte.

Durante gran parte del resto del día Anjay no pudo separarse ni un instante de su amada Parvani. Los vómitos continuaban, intermitentes y potentes, cada cierto tiempo, y la fiebre había comenzado a manifestarse.

Con compresas frías trataba de controlarle la temperatura y con caldos e infusiones que había pedido en el hotel, intentaba que no se deshidratara, pero todo era inútil, la enfermedad continuaba implacable su curso y Parvani cada vez se encontraba más débil.

Ya por la tarde, Anjay decidió, muy a su pesar, ante la mala evolución de la enfermedad, dejarla sola e ir a buscar remedios para su mal.

Preguntó en el hotel dónde podía encontrar las plantas en las que confiaba y siguiendo las indicaciones recibidas salió a la calle a buscarlas, con gran angustia por haber dejado sola a Parvani, pero sabiendo que no tenía otra opción pues ella no mejoraba.

En cuanto salió del hotel, apoyado en la baranda del puente que saltaba el canal, a pocos pasos, fumando, se encontró con alguien muy conocido.

—Hola, Anjay —le saludó primero Jon Macarty nada más verlo. Anjay recordó entonces que aquella misma mañana le había perdido la pista. La última vez que lo había visto, de lejos, fue en la cubierta del barco, tratando de poner orden en el caos formado—. ¿Te hospedas aquí? ¡Vaya lujo, sinvergüenza!

—Hola Jon, me alegro de verte —le contestó algo sorprendido Anjay—. Creo que me puedes ayudar. Parvani ha caído enferma y debo encontrar unas hierbas medicinales. Quizá tú sepas donde puedo encontrar una tienda que me han indicado en el hotel que las puede tener.

—Desde luego que sí —le contestó Jon con una voz que le sonó rara. Parecía, sin duda, que había estado celebrando el haber tomado tierra con varios marineros que permanecían a su lado—. Te acompañaremos hombre, descuida.

Se dirigieron todos hacia el interior de la ciudad, dejando el gran canal y llegando a unas callejuelas estrechas y lúgubres que Anjay nunca hubiera imaginado que existieran en aquella hermosa población.

Pero allí estaban, era real lo que se presentaba ante sus ojos: calles angostas y casas muy pobres se abrían a su paso.

Si no fuera porque Anjay conocía a Jon, hubiera jurado que no parecía ser la misma persona que recordaba; su actitud era ahora bien distinta a la que mostrara en el barco.

No hacía más que decirle, riendo, que debía de estar forrado de dinero si se hospedaba en aquel hotel tan lujoso, y los marineros también se reían y abrían los ojos de par en par, rebuscando con la mirada la cartera que, supuestamente, llevaba Anjay debajo de su chaqueta.

Por fin, tras casi una hora de camino, llegaron a una *tienducha* donde todo tipo de materiales, incluidas plantas medicinales, se agolpaban en estanterías y por el suelo del establecimiento.

—Gracias a Dios —respiró Anjay—. Menos mal que me habéis acompañado, si no no hubiera podido encontrar nunca la tienda yo solo —dijo, blandiendo en sus manos las plantas de galanga y altea que por fin había podido encontrar tras bastantes minutos de concienzuda búsqueda, entre todo tipo de materiales curiosos.

—Bueno, y ahora vamos a celebrarlo con un vaso de *Spritz* —le dijo Jon, pasándole la mano por el hombro y atrayéndolo hacia sí.

—¡Sí, eso, vamos a celebrarlo! —repitieron a coro los marineros.

—No, os lo agradezco mucho, de verdad —les contestó Anjay muy serio, apartando el brazo de Jon de encima de su hombro—, pero debo ver a Parvani de nuevo, lo antes posible.

—De eso nada —le contestó enseguida Jon, volviéndolo a sujetar—, primero te vienes con nosotros y luego vas a ver a tu preciosa mujercita, será un momento, hombre, no seas aguafiestas.

Anjay intentó escabullirse, pero al final no tuvo más remedio que acceder ya que los marineros, sin que Jon se lo impidiera, se volvieron hasta algo agresivos en su actitud insistente. Querían a toda costa continuar la juerga.

Anjay no estaba en absoluto acostumbrado a tomar alcohol por lo que enseguida, tras beber un par de copas, se sintió bastante mareado.

Estaba desesperado, no sabía cómo deshacerse de aquellos indeseables. Por fin, tras una hora más en aquella taberna mugrienta, pudo convencerles de que se marchaba al hotel con la promesa de que otro día repetirían la fiesta.

Por supuesto pagó él las copas y allí los dejó, riendo y dando grandes voces, cuando ya no podían ni caminar derechos.

No sin alguna dificultad, consiguió, preguntando a varios transeúntes, encontrar el hotel y regresar lo más rápido que pudo a su habitación donde le esperaba su amada Parvani.

Su aspecto no era bueno. Estaba semiinconsciente. Los vómitos ya eran de color amarillo, biliosos, aunque de menor cuantía y la fiebre continuaba alta.

Anjay se apresuró a preparar las hierbas con efectos curativos en la cocina del hotel, y sin perder tiempo comenzó a administrárselas lentamente, con cuidado, con sumo amor, como debía hacerse.

Poco a poco, a lo largo de la noche que le pareció eterna, Parvani fue mejorando. La fiebre bajó y empezó a tolerar las infusiones y pócimas que le había preparado con extremado cariño.

Casi al amanecer, ambos se quedaron dormidos. En pocos minutos la blanca luz de la luna se filtró por las cortinas de la estancia y la iluminó en su totalidad. Se despertaron y se sintieron más a gusto, muy juntos, en la misma cama de la habitación, adorándose si cabe más que nunca, y Parvani se sintió mucho mejor.

Anjay se despertó sobresaltado, tenía la sensación de haber dormido muchas horas, aunque el dolor de cabeza y el mal gusto de boca le recordaron inmediatamente que había tomado aquellos vasos de aquella bebida desagradable obligado por los marineros.

Con rapidez se incorporó y tras darle un beso en la frente a Parvani, que seguía dormida, le tomó el pulso y comprobó su estado.

No tenía fiebre y dormía tranquila. Su amada parecía que estaba superando la enfermedad, ahora debía recuperarse del todo.

—Anjay —dijo Parvani medio dormida aún—, estoy estropeándote tus planes.

—No te preocupes mi amor —le contestó Anjay—, tú eres lo más importante ahora. Ya tendremos tiempo de acudir a los lugares de la ciudad que Mitali me señaló, cuando estés más fuerte.

—Sí, tengo muchas ganas de conocerla —dijo Parvani.

—De momento, fijate, creo que ya hemos sentido un poco el influjo de esta ciudad —continuó Anjay—, y es cierto, como me dijo Mitali, que coincidiríamos con la luna llena.

—Claro, por eso tenía tanto interés en que saliéramos de nuestra ciudad en la fecha señalada —concluyó Parvani.

Anjay recorrió entonces el hotel en busca de los alimentos que su esposa necesitaba para recuperarse. El hotel estaba ahora mucho más concurrido que el día anterior.

Se asombró, admirando sobre todo a aquellas bellas y elegantes mujeres, tan esbeltas, y con aquellos trajes tan blancos y voluminosos, que deambulaban con estilo por todos los rincones del hotel.

Muchas veces, sin querer, escuchaba sus conversaciones, pero no comprendía su idioma. No hablaban en inglés, probablemente eran de más al norte y aunque eran bellas, Parvani las superaba a todas, eso pensaba en su interior.

Y los hombres, con sus trajes negros tan perfectos y con esos sombreros tan altos. Le recordaban a los palos donde amarraban los barcos en el cercano puerto.

Parvani, aunque débil pero mucho mejor, se encontraba bastante más animada.

Pasaron la tarde en la habitación del hotel, Parvani recuperándose y casi todo el tiempo aletargada, y él pensando casi todo el rato en cuándo iba a poder retomar su viaje por Venecia y calculando cuándo su amada esposa podría ir con él.

De repente, alguien golpeó con fuerza la puerta de la habitación, sacándole de sus pensamientos. Anjay se levantó de un salto y la abrió presto para que no despertaran a su esposa.

Solo la entreabrió, y al otro lado apareció la sombría y aburrida cara de un botones del hotel, con mirada apática, que le comunicó al instante:

—Señor, perdonen que les moleste, pero un oficial de la marina que dice ser amigo suyo le espera en el hall del hotel, dice que es muy urgente.

A Anjay le cambió de repente la expresión de la cara. Su presentimiento no auguraba nada bueno, y sin embargo debía acudir enseguida al hall para no perturbar lo más mínimo el descanso de su amada.

Bajó con rapidez por las escaleras, pero sin ningún interés, y en el hall, como se temía, le estaba esperando Jon Macarty. Esta vez parecía más sobrio aunque al aproximársele más pudo comprobar que su aliento seguía apestando a alcohol.

Jon se dirigió a él nada más verle, como era su costumbre:

—Anjay, necesito que vengas conmigo con urgencia. Una mujer, Emilia, amiga mía, precisa de asistencia médica inmediata, si quieres te lo cuento por el camino.

—Pero Jon —contestó Anjay reticente—, aquí tendréis médicos que la puedan atender, ¿no?

—En este caso no —replicó Jon—, esta joven no tiene medios para pagarse un médico y su estado es muy alarmante, está preñada y sangrando, si pudieras venir...

Anjay no tenía valor para oponerse en un caso así. Se despidió de su mujer que ya se encontraba algo más recuperada aunque decaída todavía, y le prometió volver lo antes posible.

Cogió el instrumental médico que había traído en su viaje y la cartera de piel que le diera su amigo Mitali, pensando: «Esta vez, si me pierdo, llevaré mis mapas y mis notas, y una buena cantidad de dinero, por lo que pudiera pasar.»

Jon y su doctor se encaminaron con paso rápido, de nuevo, hacia las callejuelas y las casas más pobres de Venecia.

En el cielo, medio nublado, apenas si se percibía el brillo del sol de la tarde, y empezaba, como todos los días a esas horas, a hacer frío.

Era curiosa, y a Anjay le llamaba mucho la atención, la diferencia de temperatura que hacía entre el mediodía, con su ambiente templado, y el frío innegable de la noche, que unido a la humedad que se instalaba en toda la laguna, le calaba los huesos y le incomodaba bastante, por eso hoy, sabedor de lo que se le vendría encima, se había pertrechado con un buen abrigo.

Tras un largo trecho de camino por la parte más oculta de la ciudad llegaron

a una pequeña plaza donde había una casucha medio destartada y sin ventanas.

Una puerta, poco consistente, daba paso a una única estancia con lo que parecía una cocina, con restos de brasas encendidas y de alimentos, y al fondo, una cama que contenía lo que semejaba un bulto tumbado.

Se aproximaron a tientas y Jon encendió una vela y llamó a la joven por su nombre:

—¡Emilia, Emilia!, ¿cómo estás? —Pero no obtuvo respuesta.

En la penumbra, Anjay pudo distinguir un rostro que le pareció extremadamente pálido y que sollozaba.

Examinó lo mejor que pudo a la joven, y enseguida, sin dudas, determinó que el embarazo, de pocas semanas, había llegado a su fin.

—Jon, esta chica ha abortado —le dijo—. Estaba de pocas semanas así que no creo que tenga muchos problemas para recuperarse. Te recetaré unas plantas para que le prepares unas infusiones para detener la hemorragia y que se alimente bien y guarde reposo. —Y Anjay le escribió la receta de las plantas y la forma en que debía prepararlas.

—Gracias Anjay —le contestó Jon—, a esta chica la tengo que cuidar yo y muy bien —Luego, hizo una breve pausa, tomó aliento y continuó—: Pero, sin abusar, ¿me podrías prestar algún dinero? Es para las medicinas y los víveres, es que me pillas ahora...

—¿Qué pasa, Jon? El niño era tuyo, ¿no? —le sorprendió Anjay, al tiempo que le tendía la mano y le ofrecía bastantes billetes.

—Sí, te agradezco lo que haces, de verdad —concluyó Jon, al tiempo que se guardaba las liras en el bolsillo.

Salieron hacia la plaza, y por desgracia, sentados en el suelo, a pocos metros, les estaban esperando los marineros, los mismos que el día anterior.

Anjay sintió de nuevo un nudo en el estómago. Trató de deshacerse de ellos argumentando que debía asistir ahora a su esposa convaleciente pero los marineros vieron la oportunidad y lo rodearon.

—No te vas a ir ahora, hombre, queremos agradecerte lo que has hecho por Jon y por Emilia. Vamos a invitarte a tomar unas copas, tardaremos poco, ya lo verás.

Su amigo no pudo, o tal vez no quiso, enfrentarse a ellos en favor de Anjay e impedir que todos juntos se fueran en dirección a la taberna. Anjay temió por su vida si se oponía con más firmeza y decidió esperar a que llegara un momento más propicio para escabullirse, tal vez, pensó, aprovechando su

embriaguez.

Se hizo noche cerrada y los marineros se reían a su costa, seguían bebiendo y le gastaban bromas. Jon bebió también más de la cuenta y se unió al grupo en la fiesta.

Anjay, poco acostumbrado a beber, y obligado, se sentía muy mareado, hasta el punto de que todo le daba vueltas.

—Esto no es normal —dijo Anjay al fin, con mucha dificultad para hablar—. ¿Jon, me habéis drogado? —Y cayó redondo al suelo.

Anjay se despertó en el suelo, en un rincón de la plaza, tiritando de frío. Lo último que recordaba era su mareo y las palabras que le dijo a Jon. No sabía dónde estaba, era de día y todo le daba vueltas. Pensó enseguida en su amada Parvani, debía de estar muy preocupada sin saber nada de él desde el día anterior.

Vomitó varias veces. El dolor de cabeza que sentía lo derrumbaba. La sensación era como si le hubiera pateado un elefante. Inmediatamente se dio cuenta de que le faltaba su bolsa de cuero y todo el dinero, y hasta su precioso abrigo había desaparecido.

Unos pasos más allá reconoció algunas de sus notas, esparcidas por el suelo, pero de lo otro, ni rastro. Incluso su maletín con todo el instrumental médico había desaparecido también.

Lloró, lloró de rabia y de pena por lo que su amigo le había hecho. ¡Como se había podido comportar así después de lo que había hecho por él!

Tambaleante y furioso se dirigió hacia el gran canal que daba paso a su precioso hotel, sentía en su interior una mezcla de sentimientos y de contradicciones, y mucha tristeza. Nunca anteriormente le había sucedido nada así.

Nunca pensó que podía haber en este mundo gente tan ruin.

Lo del dinero y todo lo demás era secundario, podría reemplazarlo fácilmente en el banco, pero había sido como perder a un amigo o tal vez perder la amistad, o tal vez nunca hubiera sido un amigo y él se había comportado como un estúpido.

Por fin llegó al hotel y nada más entrar, con su aspecto sucio y desaliñado, la gente se quedó mirándolo con expectación y recelo, pero enseguida vio a Parvani y su espíritu se tranquilizó.

Parvani había bajado aquella misma noche a la recepción del hotel al ver que su marido no regresaba y allí había permanecido, sentada en el hall, toda la noche esperándolo.

Se había dado orden de búsqueda por toda la ciudad y la policía se había dedicado a hacer su trabajo, con más o menos interés, en cuanto se lo notificaron; tenían la orden de cuidar lo máximo posible a los turistas.

Pero aquella ciudad era muy difícil de rastrear. Sus intrincadas callejuelas y multitud de recovecos, barcas y puentes la hacían verdaderamente enrevesada.

Al verlo Parvani, temblorosa, se arrojó en sus brazos y lo abrazó con fuerza, cosa que nunca solía hacer en público. Pero había estado tan asustada que no se podía reprimir. Ambos lloraron abrazados un buen rato, sin importarles que la gente estuviera a su alrededor observándoles y comentando.

Anjay, en su cuarto y ya más tranquilo, le contó con detalle toda la aventura.

Parvani se sintió como él, herida y humillada, pero ambos decidieron pasar página, descansar, asearse y prepararse para, por fin al día siguiente, visitar esa ciudad que se les resistía tanto, pero lo bueno siempre cuesta, y ellos ahora no iban a amilanarse.

Salieron al balcón de la habitación que daba al gran canal y se quedaron sobrecogidos por el hermoso espectáculo del que ahora podían disfrutar.

Les daba la sensación de que sus desgracias ya habían pasado y que por fin podrían dedicarse a disfrutar y vivir aquella ciudad por la que habían recorrido miles de kilómetros.

En el cielo y sobre el agua tranquila, brillaba una luna totalmente redonda, plena de luz y de esplendor.

Anjay no pudo reprimir sus pensamientos y exclamó:

—¡Mira Parvani, es tan hermosa como tú! Por eso ambas compartís el mismo nombre: «Luna llena».

Era tan grande como nunca la habían visto y su imagen parecía no tener fin pues se reflejaba en el agua y en las barcas relucientes que la surcaban en silencio.

Una multitud casi incontable de góndolas, muy brillantes con aquella luz y de todos los tamaños, pero todas muy juntas, hacían que el mar pareciera tener vida propia y ellos creían que en verdad la tenía.

Y como fondo, esos bellos edificios, palacios, cúpulas, todo se había transformado con aquella luz casi divina que le daba sentido a todo, a su largo viaje y a todas las penalidades que habían tenido que padecer hasta aquel instante.

Hicieron el amor toda la noche, ya recuperados físicamente, sintiendo una energía que nunca antes habían experimentado. Unieron sus almas hasta la extenuación, amándose de una manera tan profunda como nunca antes lo habían

hecho, y el tiempo se detuvo para ellos en todo el universo.

En su cuarto, solo sus cuerpos desnudos quedaban iluminados por la luz blanca de su admiradora eterna, permaneciendo misteriosamente todo lo demás en absoluta oscuridad.



Llegó la radiante mañana y ambos amantes se encontraban eufóricos. Decidieron, por fin juntos, visitar la ciudad, en especial los lugares aconsejados por su amigo Mitali, recordando sus palabras: «Yo, cuando me encuentro en esos sitios, en ese ambiente único, siento dentro de mí que todo me es posible».

Ahora más que nunca, deseaban experimentar por ellos mismos, esa fuerza especial que guardaba aquella ciudad única, con la mirada puesta en el fin último por el que habían acudido allí.

Tras reponer fuerzas físicas en el comedor del hotel dando buena cuenta de los alimentos que se les presentaban y con excelente humor y complicidad en sus deseos, como dos recién casados en sus primeras nupcias, se decidieron a sumergirse en su aventura.

En verdad Mitali no exageraba nada. En medio de la plaza de San Marcos, con el sol en todo su esplendor, rodeados de cientos de palomas que les daban la bienvenida, lo que sentían era difícil de expresar.

La grandiosidad de aquella plaza y de su basílica, con sus pinturas que parecían salir de sus muros para hablarles, tan oscuras y tan bellas, en aquel ambiente que trascendía espiritualidad, estaban impresionados.

No era de extrañar que allí se hubieran mezclado, durante siglos, sentimientos tan opuestos como los de poder, opulencia y riqueza, y a la vez, conversión y arrepentimiento, y gran espiritualidad.

¿Aquello era solo obra de los hombres, o habían intervenido los ángeles directamente?

Eso era lo que sentían los enamorados cuando visitaban los grandes edificios, palacios e iglesias.

—¿Te gusta, Parvani? —preguntaba Anjay de vez en cuando mientras dedicaban unos momentos a relajarse en sus visitas.

—Es más bello de lo que me imaginaba —contestaba Parvani con voz emocionada.

Había un lugar en especial que Anjay había guardado adrede para el final. Ya muy cansados de su largo peregrinar había empezado a anochecer cuando llegaron al palacio de Ca D'oro.

Estaban cerrando ya sus puertas a los curiosos cuando Anjay, aportando previamente una sustancial cantidad de dinero por las molestias, consiguió que todavía les dejaran visitar aquellas estancias.

No fue por casualidad que Anjay decidiera visitarlo al anochecer siguiendo las recomendaciones de Mitali.

Se dirigieron a las salas principales mientras que los que se encargaban de su vigilancia les esperaban en la entrada.

Atravesaron el hermoso patio de columnas bellamente talladas mientras que la luz empezaba a disminuir considerablemente, y Parvani decidió salir a la entrada a esperarle en uno de los bancos; se notaba demasiado cansada para continuar.

Anjay prosiguió solo su visita, no quería demorarlo más, y seguía las indicaciones de Mitali.

La hermosura de aquel lugar le encandiló de inmediato. El olor a mar y a humedad activó los recuerdos de su infancia. Los lugares repletos de tapices que relataban batallas y gentes de aquel lugar y las pinturas tan bellas y tan reales que parecían hablarle, le envolvieron en un estado de éxtasis.

Cuando quiso volver sobre sus pasos, o eso creía, la puerta de la estancia se cerró. Encontró otra salida pero la luz era cada vez más escasa y él no acertaba a volver a la entrada del palacio.

Trascurrió, no sabría decir cuánto tiempo, dando vueltas una y otra vez y retrocediendo sobre sus pasos sin acertar con la salida.

Aquel ambiente cargado de olores y de humedad, con el cansancio acumulado de todo el día, y sin duda, los hechos vividos en esas jornadas, le dejaron obnubilado.

Dando vueltas en círculo, desesperado, con el corazón a ritmo de galope, cayó al suelo, pleno de sudor y de vértigo. Es muy probable que perdiera la conciencia, o no, él mismo no lo sabría decir con seguridad. Pero ahora, de repente, y ya de nuevo en pie, aparecieron a su alrededor seres como de otro mundo.

Eran como fantasmas de otra época que le golpeaban una y otra vez y le hacían tambalearse y le decían: «Anjay, cambia de rumbo, ese por el que vas no es el camino».

Él trataba de deshacerse de ellos. Los empujaba y empujaba al aire, les golpeaba y no golpeaba nada, pero los seres continuaban estando allí, dando vueltas a su alrededor.

Al fin, cayó de nuevo al suelo y al instante oyó una voz cálida que le decía:

—Anjay, ¿estás bien? ¿Qué te ha pasado? —Era su amada Parvani, que junto a los vigilantes, al ver que tardaba tanto, habían acudido a buscarlo.

Lo ayudaron a incorporarse, y él, apoyándose en Parvani, pudo andar, y salieron de aquella mágica estancia y de la casa.

—¿Pero, estás bien, mi amor? ¿Qué te ha ocurrido? ¡Estás empapado! —le dijo Parvani.

Anjay, al fin, con voz temblorosa, acertó a decir:

—Parvani, no te vas a creer lo que me ha pasado.

Ya de noche cerrada llegaron al hotel, muy cansados. Anjay apenas se tenía en pie y Parvani lo ayudaba a caminar. Había sido realmente un día muy intenso.

Por el camino Anjay le había comentado alguna cosa de su experiencia en el palacio. Pero se encontraba en extremo fatigado, demasiado como para hablar en detalle.

Estaba contento, pero a la vez se había quedado muy preocupado por la vivencia semimística que había tenido.

Parvani apenas entendía algo de lo que le contaba, era realmente difícil de comprender pero como siempre, ella confiaba del todo en su marido y jamás había tenido motivo para dudar de él.

Tras comer algo en el comedor del hotel se encaminaron con lentitud a su habitación.

Anjay solo deseaba descansar y tener un sueño reparador a la vez que ya pensaba en la sorpresa que tenía preparada, desde hacía unos días para el día siguiente, con que obsequiar a su amada Parvani.

—Estoy realmente cansado, Parvani —le dijo Anjay—. Deseo dormir y descansar también la mente. Mañana, si te parece, hablaremos.

—Sí, amor mío —le contestó Parvani—, como tú quieras, ahora descansa y no te preocupes de nada más que mañana será otro día.

Se tumbaron uno junto al otro dispuestos a conciliar el sueño. Pero no sabrían decir con certeza cuánto tiempo habría transcurrido desde que entraron en un sueño profundo, cuando una luz blanca como salida de la nada, de repente, y de nuevo, invadió la estancia colándose entre las cortinas medio abiertas e iluminando a los amantes.

Parvani, medio dormida y casi instintivamente, se quitó sus ropas y abrazó a su amado. Recorrió su cuerpo despacio y notó enseguida su excitación. Los dos cuerpos, ya desnudos, se acariciaron y exploraron con ternura todos sus rincones.

De nuevo, realizaron el amor con total pasión, sacando fuerzas no sabían de donde e iluminados por una luna todavía plena de esplendor y de potencia.

Poco a poco la oscuridad, en su alcoba y en el exterior, fue adueñándose de todo. Rendidos de nuevo, entraron en un sueño profundo, y abrazados, encontraron el descanso.

La luz potente del nuevo día despertó a Anjay lo suficiente como para observar a su amada dormida, como un ángel rendido tras una batalla en el cielo.

La besó, la besó con ternura y con pasión y ella despertó de su viaje al más allá.

—Mi amor, estás radiante, nunca te había visto tan bella al despertar —le susurró Anjay casi al oído.

Parvani se estremeció y le besó a su vez:

—Eres el mejor amante que existe.

Aquella mañana la pasaron sin prisas en el hotel, reponiendo fuerzas y disfrutando el uno del otro. Hablaron de lo trivial y de lo profundo, de todos sus pensamientos y de lo que nunca se habían contado y disfrutaron, como nunca, de su sinceridad y de su amor.

Decidieron escribir una carta a sus padres sin contarles en detalle todo lo que les estaba ocurriendo, aunque narrándoles parte de sus aventuras y, sobre todo, con el objeto de tranquilizarles, insistiendo sobre todo en su estupendo estado de ánimo y en su perfecto estado físico.

Aunque, con seguridad, la carta tardaría varios meses en llegar a su destino, sabían que su familia estaría preocupada, así que cuanto antes la mandaran, mejor.

Ya por la tarde partieron hacia un lugar que Anjay mantenía en secreto y que a Parvani le encantaba no saber, pues su curiosidad, una vez más, la hacía disfrutar de la vida y de su amado.

Se detuvieron en el puerto para hacer entrega de la carta. El barco, que sabían tenía previsto en breve salir rumbo hacia su ciudad, se encontraba frente a ellos. Sin problemas le hicieron entrega al capitán personalmente de la carta, pues el capitán conocía a Mitali y se la daría en persona.

Llegaron, tras una hora de tranquilo caminar, al lugar señalado.

De repente, ante ellos, apareció una Iglesia bella y coqueta: la Iglesia de San Vidal, y enseguida Parvani se percató del motivo de su aventura ese día. Se podía ver con claridad en el interior un escenario y una orquesta ensayando.

Entraron con sus credenciales y se sentaron en sus asientos. La antigua iglesia, ahora convertida en museo y bello escenario de conciertos, estaba casi repleta, pero ellos apenas si se fijaban en la gente.

Anjay y Parvani no hablaban, solo se sonreían como dos colegiales que estuvieran tramando una diablura a escondidas, viviendo un secreto.

En pocos minutos comenzó a sonar una música celestial, ellos, como personas cultas de la alta aristocracia de su país, habían escuchado muchos conciertos, pero el lugar, el sonido y el ambiente realmente único, enseguida los trasportó a otra época.

Permanecieron sin mover ni un músculo, empapándose de aquella música barroca del gran Vivaldi, que los extasió. Anjay no pudo reprimir una lágrima cuando los acordes de los violines elevaban su tono, en una sucesión ascendente de notas armoniosas.

El concierto, de más de una hora de duración, les pareció un instante.

Parvani fue la primera en romper el silencio, al fin:

—Mi amor nunca pensé que pudiera haber una música tan bella. Es lo más bonito que he oído nunca —decía con voz emocionada.

—¿Te ha gustado Parvani? Pensé que no podíamos estar aquí sin sentir lo que realmente sentían, en este lugar desde tiempos remotos, los moradores de esta ciudad.

—Esta música es realmente espiritual y no cabe duda que te eleva al cielo —comentó Parvani—. Creo que debe de estar inspirada por el mismo Dios.

—Es verdad —prosiguió Anjay—, en esta ciudad de contrastes se ha hecho presente el Altísimo en persona, y más de una vez por lo que vengo observando.

Estaban los dos muy felices cuando abandonaron, con lentitud, armoniosamente, como flotando en aquel ambiente único, aún resonando en su cabeza los últimos acordes, aquel bello escenario. Prometiéndose ambos volver a escucharlo lo antes posible.

Se dirigieron tranquilos hacia su hotel, pensando y comentando que, por fin, aquella hermosa ciudad dejaba que la penetraran en sus más profundos y sutiles secretos.

Pero, de repente, se dieron cuenta de que su paso se veía interrumpido por un suelo cada vez más inundado de agua.

Estaba subiendo la marea y con una velocidad inesperada. Las calles y plazas próximas a su destino estaban intransitables.

Los transeúntes, como ellos, se paraban, o daban la vuelta, y otros se

aventuraban a subirse las ropas y continuar su camino.

Unos operarios municipales colocaron, en unos momentos, unas pasarelas para la gente, y todo el mundo subió por ellas. Por abajo el agua transitaba como si de un río, o de varios ríos a la vez se tratara, juntando sus fuerzas, a veces, arremolinándose, o formando pequeños lagos a sus pies.

Aquello se convirtió en una especie de peregrinación, no se sabía a dónde, como una fila interminable de gentes en dos direcciones.

Entre los que iban y venían se formó un pequeño tumulto. Todos deseaban subir cuanto antes a las tarimas, de modo que por ayudar a Parvani, Anjay se puso por medio y sin querer lo empujaron al suelo.

Cayó de nalgas en medio de toda aquella agua y se llevó un gran sobresalto. Se levantó empapado, con el agua por las rodillas y goteando todo su cuerpo.

Parvani no pudo resistir su risa, una vez que comprobó que se encontraba bien, aunque húmedo. Y toda la gente de su alrededor comenzó a reír abiertamente. Hasta Anjay, al verse a sí mismo, comenzó a reírse con ganas.

Continuaron su parsimonioso camino hacia la plaza de San Marcos. Anjay todavía iba goteando agua cuando, de repente, los carabinieri detuvieron la fila.

—Señores, tendrán que dar la vuelta, el camino está intransitable por la altura que ha alcanzado el agua —repetía una y otra vez el cabo que había detenido la fila.

—¿Y ahora, por dónde tendremos que ir? —preguntó Anjay, en su media lengua italiana.

—Tendrán que ir por el otro lado de la ciudad, ya les indicarán el camino, por favor, señores —repetía de nuevo el cabo de los carabinieri.

Con resignación, emprendieron el camino de vuelta. El mar, sin duda influenciado por la luna llena y por la marea en aquella época del año, estaba subiendo a un nivel inesperado.

Sin darse cuenta se fueron quedando cada vez más solos por las callejuelas y plazuelas, justo por donde Anjay no quería adentrarse, pero por lo visto se habían despistado y se habían perdido.

Caminaron durante bastante tiempo intentando encontrar una salida. Anjay empezaba a estar muerto de frío, aún empapado y sintiendo que cada vez la temperatura bajaba más. Parvani lo abrazaba para intentar darle calor.

Andaban perdidos cuando oyeron ruido de gentes y mucho tumulto. Sin pensarlo dos veces dirigieron hacia allí sus pasos, y su sorpresa fue mayúscula.

De repente, unas calles más adelante, se toparon con una manifestación en toda regla.

Gentes con pancartas, gritando a pleno pulmón y lanzando gritos que suponían eran insultos contra los carabinieri que les cerraban el paso, estaban ante ellos.

Aquellas fechas estaban siendo muy controvertidas para la, hasta entonces, independiente Venecia, ya que había sido obligada a unirse al resto de la Italia integrada, no hacía muchas décadas, y no todo el mundo estaba de acuerdo con eso.

Las manifestaciones y protestas se sucedían a menudo, aunque las autoridades trataban de mantener al margen a los visitantes.

Esta vez, los dos se veían envueltos en plena protesta. Trataron de abandonar aquel lugar, una plaza bastante grande a la que habían accedido por una callejuela, pero la multitud los envolvió sin poder dar marcha atrás.

De entre aquellas gentes Anjay pudo ver, estupefacto, como Jon Macarty, de nuevo, como una de sus más horribles pesadillas, se le aparecía.

Jon, a su vez, lo vio a él, justo en el momento en que los carabinieri, con los rostros hinchados de rabia, a la orden de ataque, embistieron con sus porras y fusiles contra aquel gentío.

Jon Macarty, entonces, corrió hacia ellos y les gritó:

—¡Ayudadme, seguro que a vosotros no os hacen nada! —Y se refugió tras ellos, como un cobarde.

Anjay intentaba proteger con su cuerpo a Parvani, tratando de desmarcarse del grupo y gritando que ellos no tenían nada que ver con aquello, que estaban allí por casualidad.

Los carabinieri, en un momento, los rodearon, y continuaron enfrentándose al resto de los manifestantes, y por fortuna, se percataron de que ellos no formaban parte del grupo.

Pero al retroceder, Jon se apartó un poco de ellos y lo vieron escondido, lo que con certeza acrecentó aún más su ira. Un carabinieri, se abalanzó sobre él, al grito de «¡Esto va para ti, cobarde!», y lo golpeó con la culata de su fusil en plena frente.

Y allí quedo Jon, en el suelo, con una herida abierta y sangrando profusamente, medio inconsciente.

Anjay hizo, instintivamente, además de acercarse donde Jon estaba para socorrerle, pero Parvani le gritó:

—¡Pero, qué haces Anjay, estás loco? Déjalo en paz, vámonos de aquí.

—No puedo Parvani, ¿no ves que está herido?

Anjay se dirigió a socorrerlo justo en el momento en que los carabinieri cargaban de nuevo, y le cogieron en medio del tumulto. Le golpearon a él también en la cabeza y Anjay perdió el conocimiento.

La muchedumbre se dispersó y los agentes empezaron a detener a todos los que podían coger. Se llevaron arrastrando a Jon y cogieron a Anjay por los brazos.

—Déjenlo, déjenlo —les gritaba Parvani—. Él no tiene nada que ver, por favor, déjenlo, está herido. —Y lloraba con amargura e impotencia.

—Apártate perra, si no quieres que te detengamos a ti también —le gritaron los agentes.

Parvani entonces, con buen criterio, retrocedió y se mantuvo algo alejada, observando atenta para ver a donde le llevaban detenido.

La comisaría se encontraba a unas manzanas del lugar de los hechos. Allí encerraron a Anjay junto a una docena de manifestantes, entre los que estaba también Jon Macarty.

Parvani intentó no perder la calma, estaba muy asustada y preocupada, sobre todo, al pensar que Anjay podría estar herido de gravedad.

Decidió quitarse de en medio y volver al hotel a por dinero, no fuera que al final a ella también la detuvieran, pues ya conocían su cara. Luego, con el dinero, regresaría a la comisaría para intentar rescatar a su marido.

Se dirigió por el otro lado de la ciudad hacia su hotel. El cielo permanecía de un negro intenso esa noche. Con seguridad, la luna no haría su aparición triunfal.

De repente, a mitad de camino, comenzó a llover. Una lluvia persistente que en pocos minutos empapó las pocas calles que todavía permanecían secas.

Parvani se detuvo un instante para cubrirse la cabeza con su chador y notó que alguien por detrás le tocaba en el hombro. Se giró, y allí, a su lado, estaba una joven con el rostro empapado en agua, y en sufrimiento.

La muchacha, de innegable aspecto italiano, le dijo:

—Por favor señora, ¿me puede ayudar? Yo soy la novia de Jon Macarty, Emilia.

Parvani permaneció inmóvil, y en un primer momento salió de su interior una ira irrefrenable al oír pronunciar ese nombre, ya para ella maldito.

Luego, al ver el rostro desencajado de Emilia, se conmovió pues pensó que era una víctima más de aquel cobarde y manipulador sinvergüenza.

—Ya sé quién eres —le dijo Parvani, sin poder disimular su rabia—, tu

novio, o lo que sea, es un maldito.

—Sé que él se ha portado muy mal con ustedes pero por favor señora, solo usted me puede ayudar —le contestó Emilia—. Acompañeme a verlo, a mi sola no me dejarán, no me harán ni caso, se lo ruego.

De nuevo se compadeció de ella Parvani pues pensó que como mujer debía echarle una mano. Los hombres, por estúpidos, siempre se metían en problemas. Y además, le vendría bien la compañía, así no iría sola por aquellas intrincadas callejuelas que le daban tanto miedo.

Por el camino, algunas mujeres, en las esquinas, que Parvani reconoció enseguida como prostitutas, saludaban con descaro a Emilia. La hicieron ruborizarse al darse cuenta que insinuaban una relación no tan solo amigable entre las dos mujeres, y comprendió cual era también el trabajo de Emilia.

Llegaron por fin a su hotel, y Parvani, decidió hablar con el director y contarle lo sucedido. No sabía a quién recurrir.

El director, tras hacerse cargo de la situación, accedió a darle una nota personal para el comisario, y Parvani, tras coger una buena cantidad de dinero, volvió sobre sus pasos acompañada de Emilia.

Durante el camino, y por todo lo que le iba contando Emilia, Parvani se dio cuenta de todo lo que Jon le estaba haciendo sufrir también a ella. Pero, le confesaba a la vez que no podía renunciar a su amor por él.

Emilia no parecía una mala chica, incluso tenía sus estudios básicos. Más bien se veía que, por circunstancias de la vida, como tantas otras mujeres, se había visto abocada a ejercer ese trabajo.

Mientras tanto, en la comisaría donde habían llevado a los detenidos, la situación no era muy alentadora.

Anjay continuaba inconsciente y lo habían colocado en una litera destartalada en la húmeda y tenebrosa celda que compartía con una decena de detenidos.

Por su parte Jon, sentado en el suelo, con los brazos sobre su cabeza vendada, no paraba de gimotear como un niño pequeño.

Últimamente estaba mostrando, más que nunca, toda su cobardía y su mezquindad. Sus fechorías estaban llegando demasiado lejos. En ese cambio de comportamiento tal vez tuviera mucho que ver su amiga Emilia, o con mayor seguridad, sus malas amistades.

El comisario había hecho llamar al doctor Aldo Galilei para que atendiera a los presos, pues se había dado cuenta de que había algunos heridos y no quería problemas.

El doctor Galilei era un médico de allí, no muy joven ya, aunque se conservaba muy bien, y que se había dedicado toda su vida a atender a una buena parte de los venecianos. Tanto a los que podían pagarle como a los que no.

Era alto y de buena planta, lucía un gran bigote canoso y unas patillas enormes y en su rostro afable ya aparecían unas buenas ojeras.

Había acudido a la comisaría en cuanto le habían llamado, pues mantenía una muy buena relación con el comisario, Giuseppe Castrati. Un hombre de mediana edad, con una buena fama de duro con los presos, pero con gran debilidad por la bebida y por las mujeres. Eran amigos desde hacía mucho tiempo.

El doctor Galilei había reconocido el estado de Anjay, y ante los hechos, había decidido permanecer en comisaría todavía un tiempo más para ver su evolución.

Dado el aspecto físico que presentaba Anjay, mojado, sucio y desaliñado, no repararon en pensar que fuera un turista acomodado sino todo lo contrario, aunque no acertaban a comprender qué hacía una persona de rasgos y vestimenta hindú en aquella manifestación.

Por ello, decidieron esperar a que despertara para interrogarle.

Las dos mujeres llegaron por fin a la comisaría, ya bien entrada la noche. El carabiniere que les atendió en un principio, decidió llamar al comisario al oír lo relatado por Parvani sobre su marido. Emilia, de momento, guardaba silencio.

Al comisario no le gustó nada que interrumpiera la amigable charla, con vaso de *spritz* incluido, que mantenía con el doctor Aldo.

Entre protestas y reprimendas al carabiniere, salieron de su despacho y se dirigieron ambos hacia la entrada.

Cuando el comisario observó a las dos mujeres, inmediatamente cambió su actitud y se mostró mucho más amable.

—¿Señoras, qué puedo hacer por ustedes? —les preguntó en un tono bastante cordial, a la vez que las observaba de arriba a abajo.

Parvani, en el mejor italiano que podía, le contestó:

—Señor Castrati, le pido por favor que me deje ver a mi marido.

El comisario, casi interrumpiéndole y con un tono de voz más enérgico, se apresuró a decir:

—Señora, por favor, llámeme comisario Giuseppe, y con respecto a su marido, que supongo que será el detenido con sus mismos rasgos, le diré que

está a la espera de ser interrogado.

El doctor Aldo Galilei, que hasta ese momento se había mantenido en un segundo plano, comentó entonces:

—Giuseppe, podías dejarle ver a su marido a esta señora, no va a perjudicar la investigación, ¿no?

Parvani le sonrió amablemente y le dijo:

—Muchas gracias señor, solo quiero ver que está bien y si me lo pudiera llevar al hotel...

El comisario cambió de actitud, al oír que vivían en un hotel se interesó ahora con curiosidad por su historia, y decidió interrogar a solas a Parvani.

El comisario, Aldo (el doctor) y Parvani volvieron al despacho para escuchar la historia que, con detalle, les relató Parvani. Ambos estaban embelesados por la belleza y por los gestos tan dulces con que Parvani les relataba los hechos.

Al terminar su relato, ambos se quedaron impresionados por lo que les contaba, a pesar de lo cual, el comisario, haciendo honor a la fama que le precedía, se negó a que Anjay saliera del calabozo.

A pesar de que Parvani le mostrara, discretamente, un buen fajo de billetes.

—Señora, me temo que no puedo dejar en libertad a su marido, debe ser interrogado por el juez cuando llegue. Las autoridades están muy preocupadas por estas revueltas que se suceden con demasiada frecuencia últimamente.

A pesar de los ruegos de Parvani el comisario no cedió, aunque consiguió que le dejaran ver a Anjay y que dejaran pasar también a Emilia un momento.

Llegaron a los calabozos, y Parvani, al ver a su querido marido en aquel estado, incluso pudo ver más claramente el enorme hematoma que presentaba en la cabeza, estalló en lágrimas, aunque paró pronto y trató de mantener su entereza, debido a la educación que había recibido desde pequeña.

Anjay había recuperado la consciencia por fin, aunque permanecía acostado en el camastro y bastante obnubilado.

Al ver a Parvani se levantó y su rostro palideció aún más. Tambaleante se aproximó a los barrotes y acarició la mano tendida de Parvani, que luchaba por mantener la calma.

—Amor mío —le dijo Parvani muy bajito—, no te preocupes, te sacaré de aquí cuanto antes. ¿Te encuentras bien?

—Sí, estoy ya bien, tú tranquila que en cuanto sepan quién soy me soltarán enseguida —le contestó Anjay, con un hilo de voz.

—Me temo, mi amor, que tendremos que esperar un poco aún —le dijo

Parvani—, te quieren interrogar y tendrás que aguardar a que llegue un juez, por lo visto, mañana.

—¿Pero has hablado con el comisario?—le preguntó, ahora más nervioso Anjay.

—Sí, pero están empeñados en interrogarte —le contestó Parvani—, aunque le he enseñado la nota que me ha escrito el director del hotel para justificar nuestra estancia aquí y también un buen fajo de billetes, no me ha hecho mucho caso.

—Bueno, tendré que mentalizarme que voy a estar aquí algún tiempo, espero que ese juez no tarde mucho —continuó Anjay—. No me gusta nada como me mira esta gente.

Mientras tanto, el resto de manifestantes detenidos no se perdían ni un detalle de lo que pasaba con Anjay, las miradas que le regalaban no eran desde luego cordiales.

Emilia, desde los barrotes de la celda, llamó varias veces a Jon, que permanecía sentado en el suelo, con su cabeza vendada y sin levantar la vista.

Acto seguido, apareció un carabinieri acompañando al doctor Aldo Galilei y le abrió la puerta del calabozo. El doctor entró con su maletín en la mano y se dirigió directamente a Anjay.

—Voy a examinarlo un momento —le dijo a Anjay con tono amable—, he estado escuchando el relato de sus peripecias y no se preocupe, voy a hacer todo lo posible por usted y por su esposa.

Pero el comisario, aunque buena persona, es un poco terco y además, ha recibido órdenes de arriba, por lo que la situación es complicada.

—Gracias, doctor —le dijo Anjay—, yo estoy bien, cuide de mi esposa, por favor.

El comisario llegó entonces y desde la puerta superior que daba a los calabozos, dio la orden de que todo el mundo saliera de allí, ya.

Todos subieron las escaleras en dirección a la planta superior y Parvani, volviendo un momento la vista, no pudo reprimir soltar de nuevo unas lágrimas al ver a Anjay tras los barrotes.

El doctor se le acercó y le dijo:

—Su marido está bien, seguramente le quedará un buen dolor de cabeza y poco más, mañana volveré a ver cuál es su situación.

—Muchas gracias, doctor —le dijo Parvani.

—Sería conveniente que mañana, a primera hora, viniera usted aquí y trajera bastante dinero, para una posible fianza.

—Así lo haré —concluyó Parvani.

Emilia no había conseguido hablar con Jon, ni siquiera verlo de cerca, lloraba y se resignaba una vez más a vivir aquella relación frustrante con aquel hombre extraño.

Parvani se alejó, sola y compungida, en dirección a su hotel. Por lo menos la marea había bajado y con ella el nivel del agua de las calles, por lo que podía ir ya por el camino más corto.

Atravesó las calles desiertas, que poco a poco le iban resultando más familiares, y hasta la misma plaza de San Marcos, otras veces tan admirada, ahora le parecía triste y solitaria, y pronto llegó al hotel.

Se acurrucó en la cama de la habitación. El corazón le latía con fuerza y en su mente solo había una imagen: la de su amado Anjay en una hostil y lúgubre celda.

Su lecho, que hasta hacía muy poco había sido la fuente de su mayor felicidad en aquella ciudad, ahora era un lugar frío y solitario, y oyó como, de nuevo, comenzaba a llover con intensidad.

La luna, aquella noche fría y triste, no había hecho su aparición en ningún momento. Como si no existiera, como si todo lo vivido fuera un sueño del que Parvani deseaba despertar con todas sus fuerzas.

Mientras tanto en el calabozo los ánimos estaban cada vez más alterados. El comisario y el doctor habían abandonado ya la comisaria.

Los manifestantes proyectaban ahora toda su rabia en Anjay. Uno de ellos, el más robusto, con la cara desencajada, se le acercó:

—¡Oye, tú!, ¿tú que pintas aquí? —le gritó cogiéndole por la chaqueta—. Seguro que eres un espía, y vestido así, con ese color de piel, ¿has venido a espiarnos, eh!

—Yo no soy un espía —le dijo Anjay, tratando de disuadirle, pero no logró si no empeorar la situación.

—¡Y con ese acento!, tú eres un espía, seguro —le espetó otro detenido, a la vez que sacaba, no se sabía bien de donde, una navaja que relució al instante aun con la poca luz que había en la celda.

Anjay trataba en vano de razonar con aquella gente furiosa que la había tomado con él. Fue retrocediendo hasta una esquina de la celda, pero se vio rodeado por los detenidos, a cuya cabeza iba ahora el portador de la navaja.

Sintió que el mundo se le venía encima, tal vez fuera el último instante de su vida, y se acordó en aquel momento de su amada Parvani. ¡Qué sería de ella! No podía resistirse a pensar en el sufrimiento que por su causa tendría su

amada.

De repente, de las sombras, surgió una figura que por un momento, con la escasa luz del lejano candil, a todos les pareció gigantesca. Jon Macrty de un salto se interpuso entre los atacantes y Anjay.

—Apártate Jon, esto no tiene que ver contigo —le gritó el de la navaja.

—Tiene mucho que ver conmigo, este hombre está aquí por mi culpa —le respondió Jon, con energía.

Los atacantes, henchidos de furia y sin control, se lanzaron sobre Jon y sobre Anjay, de manera que en el forcejeo la navaja fue a parar al vientre de Jon que cayó al suelo sangrando profusamente.

Al oír el tumulto varios carabinieri se acercaron a la celda y entraron, repartiendo de nuevo mamporros a los detenidos.

Separaron a Anjay, que estaba sobre Jon, intentando detener la hemorragia con su propio pañuelo y se lo llevaron de allí arrastrándolo.

Gracias a la impresión que produjo en los atacantes el estado de Jon y a las advertencias de los carabinieri de que les iban a caer muchos más días de reclusión por aquello, los ánimos se calmaron.

Anjay vio como retiraban de la celda a Jon entre varios y se lo llevaban no sabía a dónde. Se refugió en un rincón del calabozo deseando con todas sus fuerzas que aquella horrible noche pasara cuanto antes. El pensamiento de su querida Parvani era lo único que le ayudaba a continuar luchando por sobrevivir.

Por fin, la noche más horrible en la vida de Anjay y también en la de Parvani, había llegado a su término.

La luz del alba comenzó a asomar por la ventana de la habitación donde Parvani había dormido, aunque muy poco, y había llorado mucho.

En la celda, Anjay, aún durmió menos si cabe, con un ojo abierto y el otro cerrado, acurrucado en un rincón del helado suelo y tiritando de frío, vio también el primer rayo de luz, que le pareció lo más hermoso de todas las cosas que había esperado ver nunca.

La tenue luz iluminó entonces la mancha de sangre seca que había dejado la navaja al atravesar el vientre de Jon.

Por lo menos, durante aquella horrible noche, los detenidos le habían dejado en paz.

Un carabinieri les trajo unos mendrugos de pan y recipientes con agua. Los reclusos se lo repartieron más o menos equitativamente, sin contar con él, aunque, de todas formas no lo hubiera probado.

Apenas había amanecido cuando Parvani llegó a la comisaría y ya estaba Emilia esperándola en la puerta.

Ambas entraron sin más, y lo que se encontraron fue un agente medio dormido y con pocas ganas de hablar que sin duda había pasado allí de guardia toda la noche.

Parvani se dirigió a él, con una leve sonrisa y con el mejor acento que podía entonar:

—Señor policía, venimos a ver a dos presos y a traerles algo de desayuno.

El carabiniere al verlas abrió de par en par los ojos, se espabiló y les habló:

—No pueden pasar hasta que venga el comisario —les dijo escuétamente.

Se resignaron ante la firmeza del agente y se sentaron en un banco próximo, sin ganas de hablar y con el corazón atenazado por la duda de cómo se encontrarían sus amados.

Pasaron varias horas sin que hubiera el más mínimo movimiento en la comisaría. El agente, sentado tras el mostrador, de vez en cuando daba una cabezada e inmediatamente volvía a su posición de espera, no hacía nada más.

Por fin, vieron abrirse la puerta y entrar al comisario acompañado por el doctor.

Se pusieron inmediatamente en pie, como impulsadas por un resorte y les salieron al paso.

—Señoras, por favor, tranquilícense —les dijo cortándoles el paso, a su vez, el comisario—, ahora, en cuanto veamos cómo está la situación, les informaremos.

El doctor Aldo se dirigió entonces a las mujeres intentando suavizar la aspereza del comisario:

—El estado del agredido es estable, dentro de la gravedad de las heridas, claro.

Las dos mujeres se pusieron, en ese momento, pálidas en extremo, se intercambiaron una mirada de espanto y Parvani se tuvo que sujetar al mostrador para no caerse.

La mujer, exclamó con un hilo de voz y con las lágrimas corriéndole por sus mejillas:

—¿Pero quién ha sido, de quién está hablando?

—Pues de ese joven, ese tal Jon, creía que lo sabían —contestó el doctor, un poco a la defensiva—, está en el hospital civil, anoche le dieron un navajazo en el vientre.

Ahora era Emilia la que se sintió desfallecer y se sentó de golpe, y a la vez Parvani no pudo ocultar un respiro de alivio.

—Sí, ya presentía yo algo malo, este desgraciado siempre se está metiendo en líos —dijo Emilia—, pero oiga, ¿cómo está, se morirá?

—Pues, ya le he dicho que está grave —se notaba en el tono de voz que Aldo Galilei, el doctor, no soportaba a aquella mujer—, pero están haciendo por él todo lo que se puede hacer, aunque perdió mucha sangre.

Inmediatamente, sin despedirse, Emilia salió deprisa por la puerta de la comisaría. Parvani la perdería de vista durante bastante tiempo y no es que, en verdad, le importara mucho su destino.

El comisario ahora tomó la palabra:

—Me alegro que se haya ido esa fulana, a usted señora no le conviene nada su compañía. Pase a mi despacho mientras el doctor examina a los detenidos y hablaremos del caso que nos ocupa.

A Parvani no le hacía mucha gracia quedarse a solas con el comisario pero no tenía alternativa si quería que el caso avanzara.

En cuanto entraron en su despacho el comisario le hizo señas para que se sentara y le dijo:

—Señora, ¿desea usted tomar algo?

Parvani, intentando ser lo más amable posible pero sin mostrar excesiva confianza con el comisario, le contestó:

—No gracias, señor comisario Castrati, pero por favor, ¿me puede decir cómo está mi marido y cuándo lo dejarán libre? Él no ha hecho nada malo.

—Por favor, señora, llámeme Giuseppe; ahora veremos lo que nos dice el médico de su estado —respondió Giuseppe Castrati, a quien era evidente que le molestaba mucho que le llamaran por su apellido.

—Sí, señor Giuseppe.

—Y por otro lado, tendrán que esperar a que llegue el juez para interrogarlo, las autoridades están muy sensibilizadas con el tema este de los independentistas.

—Mire, yo tengo aquí una buena suma de dinero —le dijo Parvani mostrándole los billetes— si hace falta darlos...

El comisario miró con codicia la abultada suma abriendo de par en par los ojos, y pareció ahora interesarse más por su dinero que por la propia mujer.

—Bueno, eso lo tendremos en cuenta, sin duda, pero primero tendrá que esperar, insisto, claro que a lo mejor podríamos acelerar un poco el tema, la cuestión, es que...

Entonces se levantó de su silla y se aproximó lentamente hacia ella, insinuándosele e intentando cogerle la mano. Parvani la retiró de inmediato y puso tal cara de terror que paró en seco al comisario.

Afortunadamente, en ese momento alguien golpeó con fuerza la puerta y se oyó una voz grave y potente:

—Giuseppe, ¿puedo pasar? —era el doctor Aldo, e inmediatamente el comisario se sentó de nuevo.

Sin esperar la respuesta el médico entró de golpe:

—Los presos están bien —dijo—, incluido su marido señora, por eso no se preocupe.

Parvani respiró aliviada y enseguida se apresuró a decir:

—Gracias doctor, ¿pero puedo verlo, ahora?

—No va a poder ser, le repito, hasta que sea interrogado, y si ahora me hace el favor, tenemos mucho trabajo.

El comisario la invitó a salir, convencido por fin de que con aquella mujer había poco que hacer.

El doctor Aldo salió con ella acompañándola a la sala de espera y tratando de ayudarla.

—Si usted lo prefiere, puede esperar en su hotel y en cuanto sepamos algo más o llegue el juez, puedo mandar a avisarla.

—Se lo agradezco doctor, pero prefiero esperar aquí —le contestó resignada Parvani—, pero, si pudiera hacerle llegar esto. —Y le mostró unos bollos de desayuno que había cogido del hotel, envueltos en uno de sus suaves pañuelos de seda.

—No se preocupe, se los hará llegar un carabinieri —le dijo con delicadeza Aldo.

Mientras tanto en la celda, Anjay seguía en un rincón, intentando seguir pasando desapercibido, que se olvidaran de él.

Cuando llegó el carabinieri con los bollos los demás intentaron hacerse con ellos, pero les advirtió:

—¡Quietos, esto no lo vais a tocar ninguno de vosotros, perros! Es para el moreno indio ese, se los ha traído personalmente el doctor.

No hubo más problemas, Anjay se comió lo que le había traído Parvani y supo al instante que eso no lo había traído el doctor sino su amada Parvani. Presentaban una mezcla de aroma de comida y de ella misma, así que no lo dudó.

Por lo menos sabía que ella estaba allí y que, por tanto, había esperanzas de

que pudiera salir pronto de la cárcel.

Las horas pasaron lentamente, aquella mañana tampoco hacía muy buen día, no llovía pero el cielo estaba gris oscuro. Hacía frío y la humedad en toda la laguna era muy alta.

El doctor hacía horas que se había marchado, se suponía que a atender a sus pacientes en el cercano hospital.

En la comisaría, de vez en cuando, traían algún preso, normalmente vagabundos o gente pobre que habían detenido robando cualquier cosa.

Los policías, por turnos, se marcharon a comer y también el comisario que al irse apenas le dirigió una mirada, pero sin hablarle.

Parvani permaneció allí, inmóvil, esperando y sufriendo por su amado. No comió, no podría haber tragado el más mínimo bocado aunque la hubieran obligado.

Vio como les traían la comida también a los presos: arroz blanco y un trozo pequeño de tocino. Pensó: «el arroz aún, pero el tocino, no se lo comerá Anjay».

Casi se había quedado dormida por el cansancio acumulado, cuando se oyeron voces y ruidos tras la puerta de la comisaría.

Entonces, entró una persona muy bien vestida, algo gruesa y de edad madura, también con un bigote muy pequeño y muy negro como el del comisario, y dando órdenes a todo el mundo. Detrás y como haciéndole reverencias, entró Castrati.

Parvani comprendió enseguida que se trataba del juez del distrito. Por fin había llegado.

El juez fue interrogando a todos los presos durante varias horas más que se hicieron interminables. No veía salir a nadie de los calabozos por lo que se asustó bastante pensando que no estaban dejando a nadie libre.

Por fin, un carabiniere la llamó:

—Venga usted, el juez la reclama.

A Parvani le entró la sensación de que un millón de hormigas le corrieran por el vientre e inesperadamente sintió náuseas. Intentó sobreponerse y lo consiguió, y emprendió la marcha rápidamente tras el carabiniere.

Bajaron a una estancia al lado de los calabozos donde le esperaba el juez, Anjay y otro carabiniere que escoltaba a su esposo.

La estancia, también fría y húmeda, albergaba una mesa y bastantes sillas toscas, y al otro lado de la mesa, sentado en otra silla que parecía más cómoda, estaba el juez.

Le indicaron que se sentara al lado de su marido y ella al verlo, casi desfallece. Su aspecto era penoso, estaba sucio en extremo, temblaba de frío y presentaba un hematoma grande en un pómulo y otro, el ya consabido, en la cabeza.

Parvani se quedó mirándolo extasiada y compungida y Anjay la miró, a pesar de todo, con extrema dulzura. Luego le dijo:

—¿Cómo estás, mi amor?

Parvani comenzó a llorar desconsoladamente, y le respondió entre sollozos:

—Bien ¿y tú?

El juez, que no había querido interrumpirles sino todo lo contrario observar y así constatar que todo lo que le había contado Anjay era cierto, por fin dijo:

—Con ustedes se ha cometido una injusticia. Veo que es cierto todo lo que me han contado y debo decirles que este país no puede permitirse tratar así a sus visitantes. Y más siendo ustedes de tan alto rango.

Dicho esto salió con rapidez por la puerta y la dejó abierta. Parvani pudo ver ahora la celda donde estuvo Anjay, con sus presos dentro, y en ese momento le pareció una sala de tortura.

Luego comenzaron a oír gritos y amenazas, cada vez en tono más alto, que provenían sin duda del despacho del comisario.

Al poco rato salió Castrati con la cara enrojecida y sudando profusamente. Se acercó donde estaban ellos y con voz muy débil y entrecortada, les dijo:

—Mis disculpas, va a ser liberado de inmediato —y se retiró con la cabeza muy baja.

Un carabinieri los acompañó a la salida y les abrió la puerta, hasta con amabilidad, y ellos, sin mirar atrás, salieron rápidamente y se dirigieron hacia el gran canal; Parvani volvió a sentir náuseas pero otra vez se contuvo y no vomitó.

Anjay se paró en una esquina y mirando hacia atrás, percatándose de que ya no había peligro, besó a Parvani una y otra vez, y la abrazó como convenciéndose de que estaba allí, y la levantó con sus brazos, pero al instante casi cayeron los dos al suelo pues le fallaron las fuerzas y los dos, recobrando la vertical, rieron y volvieron a abrazarse.

La tarde seguía siendo muy fría y gris. Cuando llegaron a su hotel prácticamente había anochecido, por lo que decidieron asearse para cenar bien a gusto y después dormir a pierna suelta.



### 3. LO INESPERADO

La noche fuera del hotel había sido fría y desapacible. Habían oído caer la lluvia, a veces con insistencia, y eso les había hecho dormir más a gusto.

Amanecía lentamente y Anjay ya llevaba un buen rato despierto, pero no quería despertar todavía a Parvani, sabía que llevaba mucho sueño atrasado.

Luego, la oyó moverse varias veces y con la luz que se filtraba por la ventana, descubrió una vez más su hermosura.

Permaneció un buen rato observándola y pensando en todos los acontecimientos de los últimos días. En verdad que habían tenido en aquella ciudad una estancia nada aburrida.

Se habían dado cita acontecimientos muy desagradables y otros tan reconfortantes que hacían casi olvidar a los peores.

Al fin Parvani abrió los ojos y le miró fijamente. En el varonil rostro de Anjay todavía se percibían con claridad los efectos de las agresiones sufridas en la cárcel.

Eso le hizo recordar, al instante, lo mal que lo habían pasado ambos, pero sobre todo su amado. Eso le conmovía el corazón.

Acercó sus labios a los de él pero al instante tuvo que retroceder, de nuevo esas náuseas intermitentes habían hecho aparición.

—¿Amor mío, qué tienes? —le preguntó Anjay.

—Vuelven esas desagradables náuseas, pero no te preocupes no será nada importante —le contestó mientras se levantaba de la cama.

Anjay todavía se quedó un rato observándola mientras se alejaba, y le preocupó su estado.

No tenía fiebre y gozaba de buen apetito, cosa que le tranquilizó bastante pensar. No debía ser nada importante, tal vez fuera una indigestión, fácil de creer por todo lo que habían vivido los últimos días.

Hasta él se notaba cansado, le dolían todos los huesos y estaba un poco

afónico; era lógico después de su aventura carcelaria y eso que Anjay era una persona físicamente muy fuerte y resistente.

Aunque por otro lado, se sentía bastante animado, con ganas de hacer muchas cosas en aquella extraordinaria ciudad, cosas que todavía no habían podido hacer y que llevaba en su mente.

Del asunto de la cárcel, en un principio, pensó que lo mejor era, una vez más, pasar página, pues imaginaba que no podría sacar ningún beneficio por protestar ante su embajada o algo por el estilo, o tal vez sí, las cosas no podían quedarse así. Aún no tenía nada decidido.

La política y los políticos siempre daban palmaditas en la espalda y poco más. Lo sabía por propia experiencia en su país, y allí no debían de ser muy distintos. Con toda seguridad no le harían ningún caso, estaba acostumbrado a ello. Aunque no descartaba dejar por escrito alguna protesta formal si la ocasión se presentaba. Estaba en su derecho, faltaría más.

Bajaron sin prisas a desayunar y un delicioso aroma a café y a té recién hecho despertó en ellos un apetito voraz. El hotel se encontraba muy animado. Siempre, al aproximarse el fin de semana, se iba llenando progresivamente de gente de muy diversas nacionalidades, sobre todo del este y del centro de Europa.

Gentes que hablaban en idiomas extraños para ellos y con costumbres también muy extrañas.

Una de las que más le llamaba la atención a Parvani, y que por ello reía con frecuencia aunque con disimulo, era observar a las señoras tan distinguidas que portaban en su regazo a esos perritos tan pequeñitos y tan coquetos.

No podía entender la gracia de aquello. Le parecía en extremo extravagante y superficial. Ella pensaba que las mujeres debían llevar en su regazo a los niños no a los perros.

Pero al final siempre acababa riéndose con ganas al verlas tan serias, sujetando al animalito entre sus brazos, que a ella le parecía siempre que ponía cara de circunstancias.

Mientras desayunaban con tranquilidad se presentó inesperadamente ante ellos el doctor Aldo Galilei, sonriente y cordial.

Aunque su primera impresión al verlo fue de cierto temor y ambos, instintivamente, se pusieron serios.

—Buenos días, señores, me he permitido presentarme ante ustedes pues les traigo un importante mensaje —les dijo el doctor intentando ser amable.

Anjay, con lo poco que conocía a Aldo, ya sabía que podía confiar en él, y

le contestó poniéndose en pie:

—Buenos días doctor, ¿quiere sentarse y compartir con nosotros una taza de té?

Aldo contestó con una sonrisa al ver que era bastante bien recibido y se sentó.

—Gracias, tomaré si le parece bien una taza de café.

Anjay inmediatamente se la pidió al camarero y apuró su propia taza de té.

—Dígame doctor, ¿en qué podemos ayudarle?

—Pues verán —comenzó a hablar Aldo— ayer mismo recibí la visita, ya tarde, en el hospital, de un alto cargo político de esta nuestra ciudad. Como sabrán ustedes soy el director del hospital civil.

—No tenía ese conocimiento —le interrumpió Anjay—, pero me parece muy bien.

—El caso es que este señor me ha pedido expresamente que hablara con ustedes, en primer lugar, para presentarles nuestras más sinceras excusas por el trato dispensado a ustedes, que ha sido, desde luego, inaceptable.

Los dos esposos no podían dejar de estar bastante sorprendidos por lo que oían, y Anjay le contestó:

—Pues... les aceptamos sus disculpas, claro.

—Y en segundo lugar —continuó el doctor Galilei—, estaríamos encantados de que usted visitara nuestro hospital, ya sabe, para intercambiar opiniones y conocimientos.

—Sería para mí un honor —se apresuró a decir enseguida Anjay.

—Es más —continuó el doctor—, este servicio que usted va a realizar a esta nuestra ciudad, le va a ser remunerado.

—Perdone doctor, ¿qué quiere usted decir? —le volvió a interrumpir Anjay.

—Pues que por el tiempo que usted va a trabajar con nosotros —retomó la palabra Aldo —, si a usted le parece bien, claro, se le va a pagar un buen dinero.

—Se lo agradezco mucho doctor Aldo —habló Anjay—, pero no puedo aceptar ese dinero, por otro lado, aunque antes me gustaría hablarlo con mi esposa, ya le puedo decir que sería un orgullo y un privilegio para mí conocer su hospital.

Parvani, que no solía en absoluto inmiscuirse en las cosas de trabajo de su marido, aunque le daba su opinión sobre cualquier tema siempre que él se lo solicitara, le regaló una mirada de aprobación.

—Es más —continuó el doctor Aldo animado sin duda al ver la respuesta

positiva que estaba obteniendo—, en nombre de mi interlocutor, estoy capacitado para ofrecerle un trabajo, eventual o permanente, como usted prefiera, y durante el tiempo que usted desee en nuestro hospital.

Anjay, aunque visiblemente sorprendido por lo que estaba oyendo, comenzó de inmediato a valorar la oferta en su cabeza y, desde luego, le agradó la idea.

A Parvani, que sería en definitiva la más perjudicada por tener que estar mucho más tiempo a solas sin su marido, sabía que a él le gustaba mucho lo que estaba oyendo.

A Anjay le atraía mucho el conocer, como era lógico en un médico joven, la medicina que se practicaba en otros lugares y en especial en toda Europa.

El doctor Galilei, tras un breve silencio, continuó con sus propuestas:

—Y ahora, tengo una última propuesta que hacerles, esta es personal. Mi esposa y yo estaríamos encantados de que vinieran ustedes a cenar con nosotros esta noche, si a ustedes les parece bien.

—Desde luego que sí, no podríamos rechazar tanta amabilidad —dijo Anjay.

Parvani, en su corazón, no estaba tan contenta con la propuesta del trabajo, pero como buena esposa que era no se atrevería nunca a contradecir a Anjay ni en lo más mínimo, y por otro lado, como siempre, su curiosidad era una fuerza en ella muy poderosa, por lo que estaba al final, en conjunto, bastante conformada.

—Pues, si les parece bien, a las siete de la tarde les estará esperando mi criado para acompañarles a mi casa. Que tengan un muy buen día. —Se pusieron todos en pie y se despidieron cordialmente hasta la tarde.

Los dos esposos se quedaron un tanto sorprendidos por la visita del doctor y sus propuestas, y a la vez contentos de que, por fin, fuera de su ciudad natal se les considerase como lo que eran, gente culta e importante a la altura de la más alta ciudadanía de cualquier país.

Dada la hora que era ya decidieron pasear tranquilamente por las proximidades de su hotel y empaparse una vez más de la belleza sin par de todos los rincones de aquella ciudad, aunque sin alejarse demasiado.

Además, Parvani no acababa de encontrarse bien. Sentía de vez en cuando esas molestas náuseas, aunque su apetito, paradójicamente, casi era mayor de lo normal.

Aquella mañana brillaba el sol en lo alto del cielo, aunque la temperatura era baja todavía, iría subiendo a lo largo del día, como era lo habitual en aquel lugar.

Llegaron paseando al puerto próximo y una vez allí, se dieron cuenta enseguida de que su actividad era mucho mayor de lo normal. Inmediatamente se percataron de que era evidente que algo extraño estaba ocurriendo.

Se veía mucho ajeteo de gentes y de empleados del ayuntamiento que iban y venían cargados con maletas y con los carritos típicos de transporte repletos de bultos.

Y después estaban las góndolas, casi en fila india, trasportando a gente, que Anjay hubiera jurado que le parecían enfermos.

Volvieron pronto al hotel y comieron con relajación y con buen apetito, parecía que se estaban recuperando moral y físicamente de sus últimas desventuras, después, descansaron.

\*

A las siete en punto de la tarde un criado hizo su aparición en el hall del hotel. Los esposos ya le estaban esperando y acto seguido los tres emprendieron la marcha hacia el domicilio del doctor Aldo, no muy distante de su eventual residencia.

La tarde era agradable pero fría, y el ajeteo desmesurado de gentes que iban y venían era evidente, como ya habían observado durante la mañana, lo que continuó llamando mucho su atención.

—¿A qué se debe tanto movimiento en el puerto y por las calles? —le preguntó Anjay al criado.

El sirviente, sin atreverse a mirarle a los ojos, en voz baja y parando completamente su marcha, le contestó:

—No lo sé muy bien señor, pero todos dicen que han llegado dos barcos al puerto con gente enferma.

Anjay se quedó muy intrigado y a la vez bastante preocupado. Era consciente de que no era en absoluto extraño, ya que ellos mismos lo habían sufrido, que los barcos llegaran a puerto con algún enfermo, pero allí se veía demasiado movimiento.

En pocos minutos se encontraron frente al domicilio del doctor Aldo y llamaron a la puerta. Era una bonita mansión, grande y espaciosa, en una céntrica plaza de la ciudad.

El mismo Aldo les abrió la puerta y los saludó cordial y efusivamente. A Parvani le besó la mano.

Esperándolos, a pocos pasos, se encontraba una mujer esbelta y guapa, bastante joven, por lo menos más que Aldo, y muy sonriente.

Besó en ambas mejillas a Parvani y le tendió la mano a Anjay que la besó

con educación.

Tras las presentaciones de rigor se sentaron en una estancia muy acogedora, en unos sillones muy cómodos y muy bonitos y charlaron amigablemente.

Durante un buen rato trataron de cosas superficiales y de repente, en el salón apareció lo que, sin duda, era la criada de la casa que se ocupaba de los niños y que trasportaba en brazos a un pequeño de pocos meses de edad apaciblemente dormido.

Correteando junto a ella también hizo su aparición otro niño de unos pocos años.

Andrea, la mujer de Aldo, tomó entonces la palabra:

—Estos son nuestros hijos —todos se levantaron y se aproximaron hasta los niños—. El mayor, Dante y la pequeña, que tiene ahora tres meses, Renata.

—Son unos niños preciosos y además se les ve tan sanos...—intervino Parvani algo emocionada. En cualquier circunstancia que se relacionara con la maternidad se hacía presente enseguida su patente debilidad por los niños.

—Son realmente guapos —dijo Anjay—, nosotros estamos intentando tener, nos gustaría, por lo menos dos, también. —Y a Anjay se le notó, asimismo, una mezcla de felicidad y de debilidad con el tema.

—Seguro que ustedes tendrán pronto los hijos que desean, son aún muy jóvenes —se apresuró a decir Andrea con amabilidad.

—Eso espero —dijo Anjay con resignación—, ese es el motivo principal por el que hemos venido a Venecia, pues esperamos, con mucha ilusión, que esta ciudad nos ayude a conseguirlo.

—Pues sin duda, han venido ustedes al lugar idóneo. En esta ciudad, no sabemos bien por qué, los enamorados disfrutan de su amor más que en ningún otro sitio —se apresuró a decir Aldo sin poder contener su manifiesta satisfacción por ser veneciano.

—Está claro por qué, Aldo —contestó Anjay sin pensárselo mucho—, esta ciudad es tan bella y tiene tantos secretos que te cautiva inmediatamente, estamos realmente encantados por ella.

—¡Me alegro tanto de que les guste! —dijo ahora Andrea alentada por las palabras de Anjay—, después de todo lo que han sufrido ustedes por ese mal entendido, ¡qué horror!, cuando Aldo me contó lo que les había pasado no me lo podía creer. Espero que se hayan disculpado lo suficiente con ustedes.

—Sí Andrea, no se preocupe, para nosotros ese desafortunado incidente ya ha pasado y ahora lo que queremos es disfrutar del viaje, y en este momento de su grata compañía —dijo Anjay y a su vez Parvani asentía con la cabeza y

sonreía a sus anfitriones.

—Nos alegramos mucho de oírle decir eso, Anjay, pueden contar con nosotros para lo que precisen de ahora en adelante —dijo entonces Aldo; y la amistad entre las dos parejas empezó a incrementarse notablemente desde ese momento.

Acto seguido la doncella hizo de nuevo su aparición en la estancia y se llevó a los niños a sus habitaciones, tras darles Aldo y Andrea sendos besos de despedida en la frente a cada uno.

Parvani se quedó extrañada de que se llevaran a los niños de allí, por lo menos, en su país, los niños no se separaban casi nunca y sin motivo aparente de sus padres, pero bueno, pensó: «serían costumbres».

Pasaron al comedor y sin apenas pausa los criados comenzaron a servir la cena. Acostumbrados como estaban Anjay y Parvani a viajar, prácticamente les gustaba toda la comida, en especial, las muy especiadas que eran con las que más disfrutaban.

La comida italiana era una de sus preferidas, muy variada y a la vez sencilla, sobre todo a Anjay le entusiasmaba.

Durante la cena, Anjay, que estaba buscando el momento apropiado para preguntarlo, le dijo a Aldo:

—Doctor, ¿me puede decir qué está pasando con los barcos esos que nos han comentado que han llegado a puerto con problemas?

Aldo, al oírlo, cambió el semblante y se puso más serio, luego intentando ser amable con su anfitrión, se apresuró a decirle:

—Anjay por favor llámame Aldo. Pero con respecto a tu pregunta, debo decirte que el tema de los barcos es delicado. Es cierto que ha habido un problema con dos buques que han llegado a nuestro puerto hace poco, pero todavía estamos investigando.

Anjay, casi le interrumpió:

—Aldo, entenderé perfectamente que no puedas hablar del tema, quizás, mañana...

—Desde luego, Anjay —continuó Galilei—, mañana si te has decidido a venir a nuestro hospital, seguro que tendremos más datos sobre los barcos. Entonces, podremos hablar más tranquilamente.

—Sí, estoy decidido a visitar vuestro hospital y, si os parece bien, a trabajar con vosotros. Lo que no te puedo decir es por cuanto tiempo.

—Eso es estupendo, mañana celebraremos el que te hayas unido a nosotros —contestó Aldo, visiblemente contento. Seguramente sus superiores también

le recompensarían por haber conseguido traerse a su bando a Anjay y, probablemente, también el que hubiera evitado un posible incidente diplomático.

Ya avanzada la noche y, tras una muy agradable velada, los visitantes volvieron paseando a su hotel, contentos por la experiencia y animados a seguir relacionándose con la clase alta de aquella ciudad.

Anjay en su cabeza ya trazaba sus planes para cuando al día siguiente temprano acudiera al hospital civil.

Parvani, acostumbrada a los quehaceres profesionales de su marido, se encontraba más bien resignada, aunque como siempre, le gustaba ver las cosas en positivo. Pensó, con acierto, que aquello era una muy buena oportunidad para el desarrollo profesional de su marido.

\*

A la mañana siguiente, nada más amanecer, Anjay se levantó. Comenzaba una nueva semana y quería aprovechar el día. Parvani aún dormía a pierna suelta.

Procuró no hacer mucho ruido mientras se arreglaba. Por otro lado, le extrañó que Parvani no se despertara, pensó que habría dormido mal.

Durante toda la noche no habían parado de oír cantidad de ruidos en la calle, de gentes y de barcos, algo extraño, pues se notaba mucho ajeteo, bastante más de lo normal.

Antes de que Anjay bajara a desayunar, Parvani se despertó. Su marido se alegró de que así fuera pues se podría despedir de ella, y la besó tiernamente, y como le pasaba últimamente ella sintió náuseas y esta vez se levantó rápidamente para vomitar.

Vomitó poco y las náuseas no cedieron.

—¿Que tienes Parvani? ¿Qué te pasa?

—No sé, son esas náuseas tontas —le contestó.

—Pero no se te ve mal, no tienes fiebre, ni mal aspecto, ni nada —insistió Anjay.

—No, si me encuentro bien, solo son las náuseas —continuó Parvani—, hasta tengo un apetito voraz.

—Estás pensando lo mismo que yo, ¿verdad? —le dijo Anjay, con media sonrisa—. Puede que estés embarazada.

—Sí, eso creo —contestó Parvani con cara de susto.

Entonces Anjay se acercó a ella y la abrazó diciéndole:

—No te preocupes mi amor, es una buena noticia, verás como todo va a ir

bien esta vez —trató de tranquilizarla.

A causa de la experiencia que habían tenido hasta entonces con sus embarazos estaban muy sensibilizados y en sus rostros empezó a manifestarse una mezcla permanente de temor y de ilusión a la vez.

Parvani se quedó descansando un rato, aunque empujada por su sensación de apetito no tardaría mucho en bajar a desayunar.

Anjay, ahora con menos ganas y más preocupado, se dirigió al comedor y sin entretenerse mucho en desayunar, enseguida partió a buen ritmo hacia el hospital civil.

Durante todo el camino hacia el hospital y a medida que se aproximaba a él, cada vez más, pudo ver el gran ajeteo de la ciudad, mayor que de costumbre y sobre todo de personas que trasladaban a enfermos.

En el hospital no fue nada difícil encontrar a Aldo Galilei. A pesar de lo temprano de la hora ya estaba en pleno trabajo y parecía que a él ya lo estuvieran esperando. De hecho, Aldo ya había dado la orden a todo el mundo de que lo acogieran lo mejor posible.

Se sintió muy bien recibido y los celadores le acompañaron inmediatamente a la sala del hospital donde Aldo ya se encontraba visitando a los enfermos. El ajeteo en todo el recinto era manifiesto.

—Buenos días Anjay —le saludó el doctor Galilei, cordial pero con rostro serio—, ponte una bata de estas —Anjay se volvió y vio como un empleado, a su espalda, le ofrecía una—, y ven conmigo.

Anjay le siguió mientras Aldo continuaba examinando enfermos.

—Aldo, esto es grave, ¿no? Veo mucha gente con síntomas de disentería — se percató enseguida Anjay.

—Sí, se ha confirmado durante la noche. Los dos barcos nos han traído el cólera o el tifus, o ambas cosas, ahora veremos. La situación es grave.

Durante un buen rato ambos examinaron a las gentes de las salas del hospital; estaban afectadas personas de todas las edades, sexo y condición social, y con síntomas, en general, digestivos. De momento todos los afectados habían venido en los barcos.

Anjay y Aldo comenzaron a compartir sus conocimientos y era evidente que la medicina practicada por Anjay, de signo totalmente occidental, no distaba mucho de la de su colega.

Luego, ya a media mañana, se encaminaron hacia el despacho de Aldo. En la puerta les esperaban varias personas que Anjay reconoció enseguida como médicos del hospital. Eran unos cuatro o cinco galenos, todos con caras muy

serias.

Entraron y tras las consiguientes presentaciones Anjay se percató enseguida de que era muy bien acogido a pesar de lo serio de la situación.

Aunque de todas formas, en aquel momento, era incapaz de acordarse de los nombres de cada uno, esperaba tener tiempo para recordarlos, no quería ser descortés.

Aldo tomó la palabra y tras acomodarse todos alrededor de su mesa, comenzó la reunión:

—Anjay, como verás somos muy pocos médicos para atender a todo el hospital —comenzó hablando Aldo—, aunque enfermeras sí tenemos bastantes, por lo que te estamos muy agradecidos por venir.

—Desde luego, es un honor para mí poder ayudar aquí —contestó Anjay.

—Como ya habréis podido constatar —continuó Aldo—, la situación es preocupante.

—Sí —contestaron varios médicos a la vez—, estamos realmente desbordados.

—Y como podréis suponer tengo órdenes estrictas de las medidas urgentes a tomar —continuó Aldo—. Esta misma mañana, temprano, he estado hablando con el alcalde y hemos tomado la decisión de trasladar a los enfermos a la isla de Poveglia.

Se oyeron inmediatamente muchos comentarios al respecto, todos los médicos hablaban a la vez y no se entendía nada.

Entonces el doctor Galilei se puso en pie y gritó:

—¡Silencio! Ya sé que es una medida desesperada pero es que la situación es desesperada, señores.

Luego intervino otro médico, a quien llamaban Luca, muy joven y con el pelo engominado hacia atrás, alto y con el pequeño bigotito típico de allí. Habló poniéndose en pie como impulsado por un resorte:

—Me parece una crueldad llevar allí a los enfermos. —Y se sentó enseguida.

—Lo sé —continuó Aldo—, pero es primordial evitar que la epidemia pase a la población autóctona y me temo que ya ha empezado a ocurrir.

Anjay, aprovechando un momento de silencio, tomó la palabra:

—Es cierto, según las reglas más básicas de la epidemiología, lo primero es aislar a los enfermos para controlar la epidemia. ¿Por cierto, me pueden decir qué es esa isla? Aunque me lo imagino.

Aldo continuó:

—Es verdad, no tienes por qué saberlo Anjay, es una isla a la que llaman «maldita» pues allí llevaban, en el siglo XVI, a los enfermos de la peste, y luego incineraban y enterraban allí a todos los que morían en toda Venecia.

—Aunque allí es verdad que hay también un hospital y el convento para ocuparse de los enfermos —continuó Luca, visiblemente airado—, no me parece el mejor sitio para ejercer la medicina.

—Ahora de lo que se trata es de que la epidemia no se extienda —habló Aldo—. Está decidido, los enfermos se van a ir trasladando lo más rápidamente posible hacia allí desde hoy mismo y todos los que se vayan contagiando, también.

—Pues yo me ofrezco voluntario para atenderlos —dijo Luca—. Como médico, no puedo dejar a los enfermos sin atención —exclamó con decisión.

—Luca, te has adelantado —dijo Aldo—, iba a pedir voluntarios. Las enfermeras que se han ofrecido voluntarias esta mañana ya se están dirigiendo hacia allí.

Anjay estaba bastante sorprendido por la entrega y profesionalidad que estaba viendo en aquellos médicos, sobre todo en Luca, tan joven y no se lo había pensado dos veces.

Así estaba la situación en Venecia, con una epidemia devastadora que, como había sucedido en múltiples ocasiones a través de los siglos, llegaba de fuera, de la mano de los buques que atracaban en su puerto y provenían de todos los rincones del mundo habitado.

Las condiciones en los barcos eran muy precarias y como había podido comprobar Anjay personalmente, era fácil que en el mismo barco se declarara una epidemia. Se acordó entonces del pobre Salil, su criado, a quien había perdido en la travesía hasta Venecia.

Terminada la reunión, Aldo hizo una señal a Anjay para que se quedara con él en su despacho mientras los demás se encaminaban cada uno a su puesto a reanudar su trabajo.

Y Luca se preparaba rápidamente para acudir a la cercana isla de Poveglia. Sin duda, algún otro médico, más adelante, en unos días, le relevaría sin más problemas.

Aldo, ya a solas con su colega, le comentó a Anjay:

—Observo que tienes conocimientos de epidemiología, nos vas a ser muy útil. Como habrás podido observar tenemos muy buenos médicos, pero muy jóvenes, y me temo que ahora lo que más se necesita es un poco de sensatez y de coordinación. Ven, vamos a ver nuestro laboratorio.

Se dirigieron hacia una de las plantas más bajas del hospital y llegaron a una sala donde, junto a gran cantidad de material de curas y equipos médicos, se encontraban en unas mesas varios microscopios.

—Veo que tenéis microscopios —le dijo Anjay nada más verlos—, yo también tengo uno bastante bueno en mi consulta. Se lo hice traer a mi amigo Mitali aprovechando uno de sus viajes a Inglaterra.

Aldo sorprendido le miró fijamente a los ojos, tal vez para comprobar que no se estaba burlando de él y le dijo:

—Sinceramente, no pensaba que en tu país tuvierais de estos aparatos. Es estupendo que ya lo conozcas, creo que, de nuevo, nos vas a ser muy útil.

—Por supuesto —le contestó Anjay—, lo tengo desde hace bastantes meses y lo vengo utilizando con asiduidad, en verdad es un tema que me apasiona esto de lo microscópico.

—No sé si estás al corriente de los últimos descubrimientos sobre, lo que los médicos que se dedican a ello, llaman «gérmenes» —continuó Aldo—, y que por lo visto son los causantes de muchas enfermedades.

—Sí, estoy al corriente —contestó Anjay—, he leído sobre ello y además sé que, se supone, que son los causantes de que se propague la enfermedad de una persona a otra. Así sería que, los llamados «gérmenes» pasarían de una persona enferma a otra sana provocando en ella la enfermedad original.

—¡Efectivamente! —dijo Aldo, que no salía de su asombro y miraba sorprendido a Anjay—. Veo que estás al día.

—Sí, la consulta que tengo en mi ciudad, procuro que esté al día en todos los adelantos médicos y científicos y además estoy en contacto con colegas, amigos míos, con los que sigo teniendo una buena relación desde que cursé mis estudios en Inglaterra.

—Estupendo Anjay —le contestó Aldo con los ojos abiertos de par en par.

—Además, procuro, por lo menos una vez al año, acudir al hospital más grande de mi país durante varias semanas para ponerme más al día o para intercambiar conocimientos, más bien.

—No me cabe duda de que más bien, conociéndote, intercambias conocimientos —no pudo reprimir su pensamiento en voz alta, Aldo.

—Sí, eso es cierto, más bien intercambio, pero siempre hay que estar abierto a aprender cualquier cosa.

—Ven, te voy a enseñar algo que a lo mejor no conoces —le dijo Aldo, colocándolo delante de un microscopio y aproximándole una luz.

Anjay acercó su ojo derecho al tubo del microscopio y vio, emocionado,

como una especie de cintas muy pequeñitas se movían por todo el campo visual.

—Eso es el germen del cólera —le dijo Aldo, con aire triunfal—. Sabemos que es lo que está causando la epidemia, por lo menos en casi todos los pacientes, aunque no en todos. Otros tienen otro tipo mucho menos grave de dolencia.

—Estupendo, eso puede ser muy útil —dijo Anjay visiblemente implicado.

—Sí, así podemos aislar a los enfermos que tengan eso en su cuerpo y evitar que se extienda —contestó Aldo.

Durante todo aquel día, Anjay permaneció en el hospital, a media mañana había mandado a un criado a avisar a Parvani de que no volvería al hotel hasta la tarde. Ella lo comprendería, había una epidemia declarada en Venecia.

Alternaba su asistencia a los enfermos, que no paraban de llegar al hospital, con el diagnóstico a través de su microscopio, y así era más fácil separar a los enfermos que debían trasladarse a la isla de Poveglia para su mejor control.

El trabajo en el hospital era interminable pero ya muy cansado y además preocupado por su amada, Anjay decidió, ya anocheciendo, volver con su esposa.

Aldo continuaría en el hospital, junto con varios médicos más, hasta más tarde.

Al llegar al hotel encontró a Parvani en el hall, que a esas horas se encontraba bastante lleno de gente:

—Pero, amor mío —le dijo Anjay—. ¿Qué haces aquí?

—Estaba preocupada por ti y decidí bajar a esperarte —le contestó Parvani mientras le abrazaba sin importarle lo que los demás a su alrededor pudieran pensar.

Tras una buena cena, pues Anjay apenas había comido nada aquel día, no así Parvani, pues era lo único que hacía, aparte de unos largos paseos, se dirigieron a su estancia y descansaron abrazados.

Parvani, que estaba esperando el momento apropiado, cuando lo vio más relajado, le mostró a Anjay una carta que habían recibido de su familia esa misma mañana.

—Mira, ha llegado este medio día, creo que debes leerla tranquilamente —le dijo Parvani, muy seria.

Durante varios minutos que parecieron interminables, Anjay, con los ojos humedecidos, leyó con atención la carta.

Luego, respiró profundamente y haciendo un notorio esfuerzo, por fin habló:

—Las noticias son horribles, Parvani, habla de revueltas en nuestro país y de cosas tremendas. Mi padre está prácticamente arruinado y hemos perdido nuestra casa.

—Sí Anjay, mi amor —contestó Parvani muy angustiada mientras le apretaba con fuerza la mano—. La he leído varias veces. Por lo menos todos están bien pero la revuelta independentista ha sido cruel con ellos, los han tomado por traidores y todo, seguramente, por nuestra relación con los ingleses desde hace tanto tiempo.

—Pero eso es injusto, seguramente yo también apoyaría la revuelta, aunque admito que nuestra relación con Inglaterra ha sido estrecha, pero yo me siento el primero de los patriotas, creo que son cosas diferentes.

—Sí, pero la gente no lo entiende así. Están obcecados y no ven más allá de sus propios intereses. Miden a todo el mundo con la misma vara de medir —continuó Parvani.

—El caso es que, como dice mi padre, se han visto obligados a dejar la ciudad y a refugiarse en casa de un familiar bastante lejos de allí —apuntó Anjay—. Por lo menos ha podido salvar algo de su fortuna, me comenta.

—Sí, y según dice, Mitali viene ya de camino en un barco, me alegraré de verlo y de recibir noticias frescas, ojalá nos pueda tranquilizar algo —dijo Parvani.

Los dos esposos se quedaron, como es lógico, muy preocupados y tristes. Apenas si hablaron aquella noche dándole vueltas en la cabeza a todos los acontecimientos vividos, sobre todo Parvani que tardó mucho en dormirse.

Anjay, muy cansado, no tardó en roncar suavemente como solía hacer al quedarse dormido.

Amanecía, cuando Anjay se despertó de repente sobresaltado e inmediatamente, sin poder evitarlo, comenzaron a resurgir en su cabeza todas las ideas sobre los últimos acontecimientos vividos allí y en su ciudad natal, el día anterior.

Parecía que el mundo entero, hasta entonces conocido por él, se hubiera dado la vuelta completamente y se le presentara ahora como algo totalmente nuevo y desconcertante.

Pensó que, de momento, a la espera de nuevas noticias de su familia, ya tenía bastante con el trabajo que le esperaba en el hospital, debía centrarse en ello.

Por desgracia la epidemia en Venecia continuaba en aumento. A pesar de los esfuerzos de todo el personal y de las autoridades los días iban pasando y no

paraban de llegar enfermos al hospital. Los afectados eran perfectamente diagnosticados y enviados a la isla de Poveglia si era pertinente. Pero los muertos por cólera, en pocos días, ya se contaban por cientos.

Varios eran los médicos que se encargaban de atender alternativamente, por turnos, a los enfermos, en Poveglia y en el hospital.

Anjay se sorprendió bastante de que no le dejaran ir a la isla cuando, como uno más, lo solicitó, pero sin duda tenían otros planes para él y no le querían ver expuesto en exceso a un posible contagio.

A media mañana Aldo le mandó llamar para reunirse con él en su despacho.

—Anjay —le dijo—, estamos muy satisfechos de tu trabajo aquí en el hospital y hemos decidido, si estás de acuerdo, en nombrarte subdirector. Te creemos capaz de desarrollar muy bien este cargo y así me relevarás a mí de algunas funciones.

A Aldo se le notaba muy cansado, a pesar de la vitalidad que siempre demostraba ahora se le veía en extremo fatigado, casi extenuado.

—Está bien Aldo, acepto encantado. Es para mí un honor poder seguir contribuyendo a la salud de esta ciudad. Pero, ¿tú te encuentras bien? Se te ve pálido y sudoroso.

—Sí, es cierto, no me encuentro muy bien, pero no te preocupes, debe de ser solo cansancio. Ahora descansaré un poco antes de continuar. Por cierto, que no se me olvide, esta tarde iremos a ver una casa que el hospital os proporciona para vuestro alojamiento, si os parece bien.

—Estupendo —dijo Anjay, sin poder ocultar su alegría—, dadas las noticias que nos han llegado de nuestra tierra creo que pasaremos aquí mucho tiempo, bastante más del que suponíamos. —Y Anjay puso al corriente a su amigo de todas las novedades recibidas por carta.

Aldo se marchó a su casa pues no se recobraba de su cansancio, y Anjay continuó con su trabajo hasta bien entrada la tarde.

\*

Ya casi anochece cuando Anjay recogió a Parvani y ambos se dirigieron a casa de Aldo, como habían quedado por la mañana, para ver su nueva casa.

Los recibió un criado con órdenes expresas de acompañarles a su nuevo domicilio, pues, como les informó él mismo, su señor Aldo les pedía disculpas, pero continuaba descansando.

La casa no era demasiado grande aunque estaba muy bien situada, en el mejor barrio de la ciudad, y no les disgustó.

Bien era cierto que desprendía un olor a humedad desagradable, sin duda

había estado cerrada durante bastante tiempo, pero enseguida Anjay pensó que en cuanto comenzaran a vivir allí el olor a humedad mutaría sin duda a otro mucho más agradable, a especias y a curry.

—De momento nos quedaremos aquí y con el tiempo ya buscaremos algo mejor —dijo Anjay.

—No te preocupes amor —dijo Parvani—, está bien, a mí me gusta, no es tan grande como la nuestra pero vale.

—Tú, Parvani, siempre pones las cosas fáciles —Y Anjay le dio un espléndido beso cuando el criado no miraba.

Les sorprendió agradablemente que el balcón del dormitorio principal diera al gran canal, y al asomarse al exterior un escalofrío les recorrió a ambos todo el cuerpo. Desde allí se divisaba hasta el imponente puente Rialto y al mirar al otro lado, la vieron. Allí estaba, desafiante, como siempre.

—Mira, Parvani, desde aquí también se ve a la perfección la luna —dijo Anjay señalando con el dedo índice al reluciente astro que empezaba a asomar por el horizonte y que ahora estaba de nuevo en fase creciente. Parvani se sobrecogió al verla, sin poder evitarlo.

La sorpresa fue grande al llegar Anjay esa mañana al hospital civil.

Aldo, le comunicaron enseguida, se encontraba hospitalizado y aislado según las instrucciones del propio Anjay para los posibles infectados, en una sala especial.

Aldo había acudido de madrugada al centro con vómitos, diarrea y fiebre alta y su estado no era nada bueno.

De inmediato Anjay fue a visitarlo:

—¿Cómo estás Aldo?

—No muy bien Anjay, me temo que me he contagiado —dijo Aldo con bastante dificultad para hablar.

—Bueno, no te preocupes, te pondrás bien —contestó Anjay—, ahora mismo voy a analizar tu sangre y te pondré al corriente.

Sin perder tiempo Anjay se puso manos a la obra y en poco tiempo tuvo la respuesta, aunque no le gustó en absoluto.

No había duda, Aldo tenía cólera. Por mucho que Anjay se resistiera a creerlo, hasta los análisis lo acababan de confirmar.

Era lo peor que podía pasar en aquellos momentos, el director estaba enfermo y Anjay no tenía valor para comunicarle los resultados.

Permaneció sentado un buen rato en la mesa de su laboratorio, pensando y pensando en una posible solución, pero no era fácil.

De repente le vino a la mente un artículo médico que había leído poco antes de salir de su querida ciudad natal sobre un descubrimiento que un médico había hecho sobre unos hongos que eran capaces de destruir a las bacterias.

Había leído ese artículo seguro, lo había recibido en su clínica, y además recordaba su procedencia: Alemania. Venía publicado en una prestigiosa revista médica y, por cierto, nadie le había hecho mucho caso, a todos les parecía una fantasía. Pero ahí estaba y podía ser una solución o por lo menos valía la pena intentarlo. La vida de su amigo estaba en juego.

Trató de recordar el nombre del autor y la fecha aproximada. Con un poco de suerte el artículo también estaría en el hospital. Era fácil que en un hospital tan importante también lo hubieran recibido.

La fecha estaba clara, era pocos días antes de salir él de viaje y el autor, trató de recordar... Sí, era un tal Rudolf von...algo.

Estuvo revisando la bibliografía del hospital durante varias horas y de repente, como por arte de magia, allí estaba el artículo. Sí, era él, era Rudolf von Emmerich, el autor.

Lo leyó una y otra vez y cada vez estaba más convencido de que aquello se podía hacer. Solo era cuestión de tener fe y encontrar los materiales adecuados.

No podía ser tan difícil. Los hongos, por desgracia, en una ciudad como Venecia con tanta humedad abundaban por todas partes, solo había que encontrar los indicados.

Contento e ilusionado, con algo positivo que contarle a su amigo enfermo, se dirigió a ver al doctor Galilei a su encierro.

—Aldo, te traigo una noticia buena y otra mala —le dijo a su amigo.

—Tu siempre tan sincero —le contestó con un hilo de voz Aldo—, dime primero la mala.

—Pues, empezando por ahí, me temo que tienes cólera —le contestó Anjay.

—Ya me lo esperaba —contestó Aldo—. Pues, ahora la buena. Tiene que ser muy buena, ¿no?

—Sí, verás, creo que puedo tener una cura para la enfermedad —continuó Anjay.

—Eso me parece casi imposible. Pues esta enfermedad, me temo, es casi siempre mortal. Pero viniendo de ti, me lo creo todo.

—Se trata de un descubrimiento de un tal Rudolf von... algo, un alemán que ha ideado un tratamiento a base de hongos que combaten bacterias. Y voy a intentar reproducir su logro. Creo que puede dar resultado, ¿te imaginas las

vidas que podríamos salvar! —dijo Anjay.

—Me suena bastante lo que dices pero creo recordar que lo tomaron por loco o algo así, ¿no? —contestó Aldo, esforzándose por permanecer atento y despierto.

—Sí, creo que sí, pero no perdemos nada por intentarlo, tú ten fe —puso fin a la conversación Anjay, saliendo con prisa de la habitación.

Durante buena parte de los días siguientes, Anjay se dedicó a buscar el hongo especificado en el estudio del alemán y a preparar la dilución.

Mientras, Parvani, dejaba a punto la nueva casa con dedicación y ternura, cuando sus náuseas se lo permitían, y Aldo luchaba con tenacidad contra su cruel enfermedad.

La epidemia no estaba en absoluto controlada, aunque la organización impuesta por Anjay como director en funciones del hospital, era casi perfecta; lo que facilitaba mucho las cosas y permitía que, por lo menos, el número de personas infectadas fuera el menor posible.

Por fin, una noche, los dos esposos pudieron dormir en su nuevo domicilio. La casa había quedado satisfactoriamente arreglada para los gustos de Parvani.

Aunque quedaban muchas cosas por hacer en ella, sobre todo en lo concerniente a decoración, pero por lo menos tenía las comodidades básicas.

Una mañana más, Anjay, con la energía que le caracterizaba, muy temprano, se dirigió al hospital civil.

La noche había sido muy reconfortante, los esposos estaban muy contentos de su nueva residencia. Por fin habían podido abandonar el hotel, dejar de convivir a diario con esos visitantes tan extraños que no acababan de comprender y que era lo que más les molestaba de aquello.

Anjay mimaba si cabe más que nunca a Parvani, por su embarazo, ya bastante notorio, pues su vientre se destacaba ya perceptiblemente abultado. Aunque también se juntaba que había engordado algún kilo de más.

Esa mañana, a pesar de los problemas en que se encontraba inmerso, Anjay estaba feliz. Las cosas no pasaban por casualidad y estaba convencido de que el destino le deparaba en esa ciudad maravillosa, una nueva etapa apasionante de su nueva vida.

Pero, al llegar al hospital todos sus pensamientos se desvanecieron como por arte de magia. En la puerta el médico de guardia parecía que le estaba esperando:

—Anjay, Aldo ha muerto esta noche —le dijo, nada más verle.

—No me lo puedo creer —acertó a decir Anjay visiblemente afectado.

Era verdad, durante la noche, Aldo Galilei, a pesar de todos los esfuerzos del personal sanitario por mantenerlo vivo, había abandonado este mundo.

Anjay, durante toda la mañana se sintió muy deprimido. Su amigo, su buen amigo Aldo, el mejor que tenía en aquella ciudad, los había dejado.

Ahora ya no tenía tanto sentido seguir trabajando en buscar un remedio para el cólera.

Aunque luego recapacitó y decidió seguir investigando, por las vidas que, pensaba, podían todavía salvarse. Además, se lo debía a aquella ciudad que había creído en él.

\*

En la isla de Poveglia los enfermos seguían muriendo sin remedio. Los médicos de allí poco podían hacer por ellos, solo aliviarles el sufrimiento.

En Venecia, sin embargo, las cosas iban mejorando día a día y la epidemia parecía estar bajo control.

A medio día le comunicaron a Anjay que el entierro de su amigo Aldo sería a la mañana siguiente en la vecina isla de San Michele, el hermoso y próximo cementerio de Venecia.

El cortejo fúnebre partió a las doce en punto del mediodía hacia la isla de San Michele.

Las góndolas y los *vaporettos* en perfecto orden, parecían por ellos solos rendir un homenaje de despedida al doctor que tanto había hecho por su ciudad en las últimas décadas.

En tierra firme ya, Anjay estaba muy impresionado por la ceremonia que estaba observando. Allí había muchas cosas que nunca había visto ni experimentado, y el subdirector, sorprendido, no sabía bien adonde mirar.

Tras una ceremonia religiosa que Anjay apenas acertaba a comprender, una banda de música interpretaba temas fúnebres mientras avanzaba lentamente hacia el lugar destinado a la sepultura del doctor.

Tras ella las autoridades de la ciudad con sus mejores galas seguían de cerca a su pobre viuda y a sus hijos. Todos vestidos de un negro riguroso y bañados en lágrimas. Hasta la pequeña Renata, de pocos meses de vida, iba totalmente de negro.

Anjay tenía el corazón encogido. Parvani no le había podido acompañar. Esa mañana vomitaba bastante y no se encontraba muy bien.

De todas formas, pensaba Anjay, aquello le hubiera impresionado demasiado, sobre todo el ver a su viuda y a los niños, tan pequeños; sin duda

le hubiera causado una gran impresión.

Le sorprendió durante el camino por el cementerio, la cantidad de tumbas que había, casi todas llenas de flores, y pudo distinguir entre ellas algunas muy bonitas y bien arregladas donde ponía: LA PRINCESA RUSA. Y pensó para sí: «esta ciudad es única, vienen a morir aquí hasta los príncipes».

Ya de camino, de regreso a Venecia, el alcalde, a quien Anjay ya conocía de antes, se le acercó para comunicarle:

—Doctor Anjay, ¿tiene un momento? Desearía hablar con usted.

—Por supuesto señor alcalde —contestó Anjay—, ¿en qué le puedo ayudar?

—Pues verá, he tenido conocimiento de que piensan quedarse con nosotros durante bastante tiempo —continuó el alcalde.

—Sí señor, en vista de los acontecimientos que está viviendo nuestro país nos hemos instalado definitivamente en su ciudad —respondió Anjay.

—Además, me han informado de la extraordinaria labor que está usted haciendo con el control de la epidemia y le estamos muy agradecidos por ello —añadió el alcalde.

—Yo solo he cumplido con mi deber como médico, pero le doy sinceramente las gracias —habló ahora Anjay.

—Pues —el alcalde intentó acelerar su medio discurso—, yendo al grano y teniendo en nuestra mente la irreparable pérdida que hemos sufrido con la muerte de nuestro querido Aldo, le nombró director del hospital, si usted acepta, claro.

Anjay, se quedó estupefacto por un momento, no sabía qué decir. Al final pudo hablar:

—Esto, no sé... ¡Es para mí un honor y un privilegio, señor! —pudo al final exclamar Anjay visiblemente emocionado.

El jefe del consistorio no pudo reprimir en su cara la satisfacción por la respuesta obtenida y acto seguido se despidió de Anjay con unas palmaditas en la espalda, a modo de aprobación.

El nuevo director del hospital civil estaba eufórico. Nunca hubiera pensado cuando por primera vez pisó esa ciudad que los acontecimientos le llevarían tan lejos.

Antes de volver a su trabajo, Anjay decidió volver a su casa para almorzar y así poder contarle todas las buenas nuevas a su querida esposa.

Los dos lo celebraron a lo grande. Parvani, muy recobrada, comió como nunca Anjay la había visto comer; él estaba con la boca abierta al verla y ella entre mordisco y mordisco no hacía más que reírse.

Por fin parecía que las cosas funcionaban estupendamente bien para el matrimonio.

Anjay afrontaba con diligencia su nueva tarea como director del hospital y todo el mundo a sus órdenes, estaba encantado por su humanidad y por sus dotes de organización y de mando.

A pesar de su nueva responsabilidad continuó con su labor de investigación para tratar el cólera, aunque, la verdad, sin tanto interés. Además, la investigación se complicaba bastante porque cada vez quedaban menos enfermos con los que experimentar.

Los que no habían muerto todavía, se habían recuperado. Así que Anjay se limitó, eso sí, a publicar, en una novedosa y muy de moda revista científica, sus logros con respecto al tratamiento de las enfermedades infecciosas.

Ahora tenía ocasión y prestigio para hacerlo, y su trabajo, satisfactoriamente, fue reconocido a nivel mundial.

Aunque no sería hasta más avanzado el siglo, cuando Alexander Fleming daría el paso definitivo para descubrir la penicilina apoyándose en todos los estudios publicados anteriormente, entre ellos, los de Anjay.

Por fin, una espléndida mañana, se dejaron de enviar enfermos a Poveglia. Luca, el voluntarioso y vocacional médico, regresó definitivamente al hospital y oficialmente se dio la epidemia por terminada.

## 4. MALVADOS

Los días pasaban y Anjay y Parvani seguían más enamorados que nunca. Él no sabía ya como cuidarla, con más detalles y más mimos, y ella, se dejaba cuidar.

Lo mejor para Anjay era ver como el vientre de su amada Parvani iba creciendo día a día, y pensar que en su interior un hijo suyo, con todo lo que eso representaba, iba desarrollándose.

Hasta las náuseas de Parvani habían disminuido y casi habían desaparecido, y así, ella se mostraba en todo su esplendor, más bella y radiante que nunca.

En el hospital, con todas las modernidades que Anjay andaba introduciendo, el trabajo de cada día se hacía mucho más ameno y agradable.

Una mañana en que el día había amanecido gris y lluvioso, algo alteró la tranquila estancia de Parvani en su recién estrenada casa.

Una figura conocida llamó a su puerta. La reconoció enseguida al entreabrir la puerta, con una previsorá cadena.

Se trataba de Emilia, la novia del odiado Jon Macarty que tanto sufrimiento les había reportado no hacía muchos meses.

El primer instinto por parte de Parvani, fue cerrar la puerta sin más, pero al oír hablar a Emilia se detuvo.

—Señora Parvani, por favor, no cierre la puerta, le traigo noticias importantes —se apresuró a decir Emilia al ver la intención de Parvani.

—¿Qué es lo que quieres? —le contestó secamente la señora.

—Esto... pues verá usted, resulta que hay un niño, un bebé de pocos días, al que nadie quiere y he pensado que a lo mejor a usted le interesaría.

—Pero, ¿qué estás diciendo? ¿Qué hay un niño abandonado? ¿Y de quién?

—Parvani, sin poder evitarlo, empezó a interesarse por el tema.

—Es de la Obdulia, señora, que ha tenido un bebé y ahora no lo quiere; si usted lo quisiera. Es que a lo mejor lo van a matar.

—¿Cómo que lo van a matar? Eso no, no lo puedo permitir. Vamos a ver a ese niño —contestó Parvani sin pensar más allá, saliendo de su interior su lado más maternal, que en ella ejercía una extremada influencia.

Sin pensárselo dos veces, temiendo que al supuesto niño le ocurriera algo y ella no hubiera hecho nada por evitarlo, Parvani salió tras Emilia y se adentró, a buen ritmo y sin recapacitar, en las angostas callejuelas de la Venecia más oscura.

\*

Comenzaban a caer las primeras gotas de lluvia, cuando Parvani y Emilia se detuvieron ante la puerta de una casa vieja y desvencijada, en un callejón oscuro de la ciudad.

La sorpresa de Parvani fue enorme. Al entrar distinguió enseguida la figura siniestra de Jon Macarty. Ahí estaba, con su cínica cara, pero esta vez se le notaba aún más siniestro.

Parvani emitió un medio grito de sorpresa y de miedo. Allí no había ni niño ni mujer recién dada a luz ni nada que se le pareciera. Solo Jon y un hombre más, además de Emilia.

Se imaginó lo peor y, efectivamente, la realidad no presagiaba nada bueno conociendo lo que veía frente a ella.

Jon Macarty fue el primero en romper el silencio y con su asquerosa voz exclamó:

—Si colaboras no te haremos daño pero necesitamos dinero y a vosotros ahora os sobra, ¿no?

—Pero, yo no he traído mucho —contestó Parvani, mostrando en su mano unos cuantos billetes arrugados.

—¡No se trata de lo que tengas ahora, zorra! —contestó Jon elevando bastante el tono de su voz y cogiéndola por la muñeca—. A ver si te enteras, esto es un secuestro y vamos a pedir un buen dinero por ti. ¿Qué os pensabais? ¿Que os habías librado de mí? Pues no, un navajazo no va a poder con Jon Macarty.

La horrorosa figura de Jon Macarty de nuevo renacía ante ella. Aún recordaba perfectamente lo que les había hecho sufrir, sobre todo a Anjay, prácticamente desde que lo conocieron. Ellos no le habían hecho más que el bien y sin embargo, este sujeto indeseable, se aprovechaba cada vez más de ellos.

Cuando recibió el navajazo, tal vez actuando por remordimiento al interponerse entre Anjay y otro individuo que quería herirle, pensaron que tal

vez Jon volvería a ser su amigo, pero ahora se mostraba, más que nunca, como un desalmado traidor.

De nada sirvió que Anjay en el hospital se preocupara por él, visitándolo a menudo y hablando con el doctor que le atendía casi a diario. El monstruo que llevaba Jon dentro había resurgido más cruel que nunca.

Parvani se dio cuenta enseguida del estado de excitación que presentaba Jon. Nunca lo había visto así. Estaba pálido, sudoroso, agresivo y con el rostro descompuesto. Hasta con la poca luz que había el reflejo de sus pupilas dilatadas era notorio, por lo que trató prudentemente de no llevarle la contraria.

—Vale, vale, si lo que queréis es dinero seguro que Anjay os lo dará, solo tenéis que pedirselo, pero por favor no me hagáis daño.

El otro sujeto, cuyo rostro también le sonaba de haberlo visto con Jon en más de una ocasión, se acercó entonces a ella riendo y tocándole su vientre le dijo:

—¡Pero, fijaos en la señora, está preñada!

Parvani retrocedió instintivamente y apartó de un manotazo la mano de su captor.

—¡Déjala, Macarius! —le gritó Jon—. La señora es muy remilgada y no la vamos a molestar... de momento. Pero si no paga tu marido lo que le vamos a pedir puedes ir despidiéndote de este mundo.

Parvani, entonces, comenzó a llorar desconsoladamente y acertó a decir en voz baja:

—Por favor, os lo ruego, no me hagáis daño, Anjay pagará lo que le pidáis.

A continuación ataron a Parvani con fuerza con una cuerda desde las muñecas a la cabecera de la cama donde presumiblemente iba a permanecer, hasta que se pagara su rescate, vigilada por Emilia.

Se hicieron en seguida con el dinero que llevaba encima y le hicieron redactar una nota, dirigida a Anjay, con los detalles de su secuestro y los pasos a seguir si quería volver a verla viva. Desde luego, sin avisar a la policía. Y a continuación, cuando Parvani se descuidó un momento, sin previo aviso y en una maniobra rápida, Macarius con su afilada navaja seccionó un mechón de su negro pelo.

Parvani emitió un grito de terror e inmediatamente se cubrió la cara con sus brazos en un acto instintivo.

Una vez salieron los dos hombres, Parvani se relajó algo y permaneció un buen rato enroscada sobre sí misma en la cama.

Luego, más tranquila, pensó en qué podía hacer, e intentó pactar con la mujer.

—Emilia —le dijo—, ¿pero cómo te has metido en este lío? Acabaréis todos en la cárcel. Si me liberas seguro que mi marido, con su influencia, hará que a ti no te pase nada.

—No señora, eso no lo puedo hacer, Jon me mataría a mí. Además yo le quiero y haré lo que él me diga.

—Pero, ¿cómo ha cambiado tanto? ¿Qué le ha pasado? Es un problema que tiene con la bebida ¿no? —prosiguió Parvani.

—De eso nada, que mi Jon ya no bebe casi nada ahora, pero, eso sí, toma la «coca» esa, o como lo llamen, eso es de señores, ¿entiendes? —aseveró Emilia, muy orgullosa de su Jon.

—Pues me temo que eso es aún peor —no pudo impedir exclamar Parvani.

—¿Qué quieres decir con eso? —contestó Emilia.

—Que me temo que la «coca» esa es mucho más cara aún por lo que ahora se entiende mejor su actitud —dijo Parvani.

—Bueno, tú cállate ya, que no paras de hablar —terminó la conversación Emilia.

A mediodía, Anjay se dirigió, como todos los días a su casa, a comer con Parvani. La proximidad del hospital se lo permitía normalmente, y él nunca quería dejar pasar la oportunidad de verla.

Pero la sorpresa con la que se encontró fue mayúscula. Anjay preferiría cualquier cosa en este mundo antes que ver sufrir a su amada, y más ahora, en su estado, pero la realidad era esa.

Leyó la nota despacio, varias veces y cada vez que la releía el corazón se le aceleraba con más fuerza.

Tenía a la vez ganas de llorar y de golpear a quien fuera. Se sentía desfallecer y a la vez sentía una tremenda ira, como jamás la había sentido; la violencia afloraba por todos los poros de su piel.

Recapacitó e intentó calmarse. No había duda, aquella era la letra de Parvani y parecía que el secuestro iba en serio. Sino, allí estaba la prueba: el mechón de pelo de Parvani. Anjay no tuvo dudas en reconocerlo, hasta contenía algo de su inconfundible aroma.

No debía avisar a la policía, si no la vida de Parvani estaría en peligro, debía esperar, como decía la nota, nuevas instrucciones. Estaba dispuesto a hacer lo que le pidieran, pagaría un rescate o lo que fuera.

Pensó que lo mejor sería reanudar su vida, como de costumbre, para que

nadie sospechara nada. Volvería al hospital y trataría de que no se le notara.

Pero la realidad era que estaba demasiado nervioso y alterado, no podía ni comer ni hacer nada, ni dejar de pensar en su amada. ¿Qué le estarían haciendo? Su sufrimiento al pensar en ello llegaba a términos ilimitados.

En su despacho del hospital pospuso todas sus reuniones y el trabajo de visitar a los enfermos. No estaba para nada y corría el riesgo de equivocarse en algo importante, aduciría que se encontraba indispuerto.

Pero las horas no pasaban y se le hacía el tiempo insoportable. Se encontraba absorto en sus pensamientos cuando alguien golpeó la puerta.

Abrió intentando disimular, pero allí estaba su amigo Luca, el médico vocacional y afable con quien había establecido en los últimos meses una buena relación, hasta el punto de que se había convertido en su mano derecha.

—¿Qué es lo que te pasa, Anjay? —le dijo su amigo nada más verle la cara—. ¿Estás enfermo?

—No, no te preocupes, Luca, solo estoy algo indispuerto, pero no es nada, ya se me pasará —le contestó Anjay.

—Pero... a ti te pasa algo. Tienes muy mala cara, ¿se trata de Parvani? ¿Se encuentra mal o le pasa algo con su embarazo? —insistió Luca.

Al final, tal fue la insistencia de Luca que Anjay no pudo aguantar más y estalló en lágrimas: —¡Que han secuestrado a Parvani, Luca, a mi amada Parvani! Pero, por Dios, no digas nada a nadie, han amenazado con matarla.

Luca trató de estudiar la situación y pensó que como a él no lo relacionarían con la familia podría investigar por su cuenta, discretamente, a ver lo que podía descubrir.

Además, él conocía los barrios bajos de su ciudad, se había criado allí y todavía mantenía buenos contactos, sabía por qué ambientes se movían los delincuentes de allí.

Anjay, con mucho miedo, accedió, con la condición de que fuera muy cauto y no pusiera en peligro la vida de Parvani. Él esperaría, ansioso, nuevas noticias.

La tarde ya estaba avanzada y aunque las horas de luz poco a poco iban aumentando, todavía anocheía bastante pronto, así que Luca emprendió el camino, arropado ya por la penumbra, hacia las callejuelas más siniestras de la vieja ciudad.

Hacía ya horas que no llovía aunque el pavimento continuaba mojado por la gran humedad ambiente y el cielo dejaba entrever ya pocas nubes.

Trató de averiguar discretamente cosas del secuestro, pero nadie sabía

nada. Luca andaba muchas veces por allí ya que buena parte de su labor asistencial se centraba en atender a aquellas gentes marginadas muchas veces sin recibir nada a cambio, pero era su vocación.

Aunque a veces, todos lo sabían, visitaba además a algunas amigas de su juventud, tal vez con menos fortuna que él, y ellas se lo compensaban de otra manera.

Ya avanzada la noche, Luca, cansado, regresó al domicilio de Anjay:

—Me temo amigo que no he podido averiguar nada interesante. Nadie sabe, o no quiere saber, quien tiene secuestrada a Parvani.

Anjay palideció, si cabe, todavía más. Estaba desolado, parecía haber envejecido un siglo en pocas horas, no había probado bocado y su ánimo era en verdad muy bajo.

Tampoco allí se había recibido ninguna nota nueva ni nada por el estilo.

Luca trató de dar ánimos a su amigo, no sin dificultad, y se comprometió a continuar con sus pesquisas al día siguiente.

Mientras tanto Parvani permanecía atada y por lo menos, hasta el momento, no la habían lastimado.

Después de cenar frugalmente lo poco que le dieron aunque no tenía hambre, pero sabía que tenía que alimentarse por su hijo, se dispuso a dormir; como siempre atada y vigilada por Emilia.

De los hombres no había ni rastro. Seguramente, pensó, debían estar gastándose el dinero que le habían robado.

Anjay, como era normal, no podía conciliar el sueño. No hacía más que pensar en su amada Parvani. ¿Cómo estaría? ¿Le habrían hecho daño? Y el bebé, ¿no sufriría daños? No podía quitárselo de la cabeza ni un instante.

Pensaba que tal vez debería haber acudido a la policía, pero eso era un gran riesgo, no sabía qué hacer. Confiaba en su amigo Luca, él tenía buenos contactos, algo descubriría al día siguiente, seguro.

Desesperado, se durmió rendido al cabo de muchas horas, buscando instintivamente algún rastro del olor de Parvani en su lecho.

\*

De repente, con un sobresalto, se despertó y abrió los ojos. Por un momento pensó que había sido todo un mal sueño y extendió el brazo para sentir el contacto de su esposa, pero allí no había nada, solo el vacío, y lloró, lloró amargamente.

Y entre lágrimas acertó a ver algo conocido: la luna en su cuarto creciente, como burlándose ahora de él, se asomó por el gran canal, y por su ventana y

emitió su media luz como queriendo decirle: «pobre Anjay, hoy estás solo».

Se acordó entonces de su experiencia nada más llegar a Venecia, aquella que tuvo en Ca D'Oro luchando con sus propios fantasmas y todo lo que le dijeron al final.

Tal vez seguía sin entender la lección. Tal vez seguía sin escuchar lo que Dios, o el destino, o quien fuera, se empeñaban en decirle y que él no sabía interpretar en ningún caso. Pero, ¿qué era? ¿Por qué le pasaban esas cosas? ¿Qué debía escuchar? ¿Dónde estaba la verdad?

También Parvani se despertó de su liviano sueño asustada, casi a la vez que su amado pero, en su caso, lo que la despertó fue el ruido que estaban haciendo sus captores.

Llegaban borrachos o drogados, o las dos cosas. Cantando, riendo y dando grandes voces. Parvani sintió un miedo extremo y se acurrucó en su camastro, rezando como sabía, para que aquellos seres tan crueles se callaran y la dejaran en paz.

Pero por desgracia Macarius se aproximó a ella dando grandes voces:

—Mira, pero si está aquí la señora remilgada, y es guapa la condenada, vamos a hacerle un favor, ¿vale Jon? —Y se echó encima de ella sin más reparos.

Jon, al instante, saltó a su vez sobre él y lo arrancó de encima de Parvani que seguía acurrucada protegiéndose y llorando.

—¡Apártate de ella, insensato, no puedes estropear la mercancía! —le dijo lanzándolo contra el suelo.

Macarius se revolvió y sacó su navaja. Por un momento la tensión fue máxima. Los dos hombres enfrentados cara a cara y en la penumbra de la habitación se vio relucir perfectamente el brillo metálico de la navaja.

Al final, tras unos segundos en que todo pareció detenerse, Macarius se rio con estrépito y dijo:

—Tienes razón, no vamos a estropear nuestras ganancias —Y guardó su navaja tumbándose en su camastro y empezando a roncar casi en el mismo instante en que su voluminoso cuerpo tocaba el mugriento colchón.

Por fin amaneció, y Luca, como había prometido, salió con las primeras luces del día a buscar a su amiga Parvani por las callejuelas más angostas de Venecia.

También Anjay, haciendo un esfuerzo sobrehumano, se dirigió, con los ojos rojos de fuego e hinchados notoriamente, al hospital, como cada mañana, para no levantar sospechas.

En la casucha, ocupada por los captores y por Parvani, el silencio, a pesar de la hora, seguía imperando solo roto por los ronquidos de los dos hombres y por el lamento apagado de Parvani.

Por fin, tras una noche muy, muy larga para la secuestrada, Emilia se levantó a preparar el desayuno.

Miró atentamente a Parvani como quien mira a un animal enjaulado y, tras percatarse de que seguía bien, continuó en sus tareas.

Jon Macarty fue el siguiente en interesarse por ella, la miró de pasada y a continuación se dirigió a Emilia:

—Hoy irás a llevar una nueva nota a la casa de Anjay, le pediremos el rescate y él pagará, seguro, no la pondrá en peligro. Sé discreta y que no te vean, solo métela por debajo de la puerta y sal lo más deprisa que puedas.

—Vale, lo que tú digas, Jon.

Luca continuó, tras no conseguir ninguna pista en las calles, ya en el hospital, entre paciente y paciente, preguntando discretamente por algún dato que le condujera hasta Parvani. Pero nada, nadie aportaba nada de utilidad.

Solo al final de la mañana, una mujer llamada Obdulia, que había parido hacía unos días y que iba con su recién nacido, le comentó que la Emilia le había querido separar de su bebé por unas horas, para un asunto que tenían entre manos ella y Jon, pero que ella, conociéndolos, no había aceptado.

Aquello le pareció extraño a Luca y pensó que, sabiendo como era Parvani y su antigua relación con Macarty, ese podía haber sido el engaño para atraerla. Decidió acudir a la calle donde sabía que vivían los dos sospechosos, Jon y Emilia.

Mientras, Anjay, más cerca del otro mundo que del real, parecía un ánima en pena, y decidió dejar el hospital y volver a su casa, por si hubiera nuevas noticias. Y realmente, pronto, las iba a conocer.

La nota era muy clara. Debía dejar cien mil liras en un lugar en concreto, a las doce de la noche, sin decir nada a la policía ni a nadie, y la nota continuaba con las advertencias consabidas de matar a Parvani, si no cumplía a rajatabla sus órdenes.

A Anjay no le resultó difícil reunir el dinero en el banco. Eso no le importaba lo más mínimo, solo pensaba en el bien de su amada.

Luca, por su parte, tras conocer el relato de Obdulia, se dirigió al domicilio de Jon, pero estaba desierto, allí no había nadie ni el más mínimo indicio de nada.

Mientras preguntaba por allí, se le ocurrió que tal vez se encontraran

escondidos en la casucha de Macarius, a quien también conocía y sabía de su relación siniestra con Macarty.

Pero antes pasaría a ver a Anjay, por si tenía nuevas noticias.

Luca se encontró a Anjay en una situación penosa y tras ayudarle a levantarse, los dos partieron con el dinero hacia el lugar señalado por la nota.

Anjay temblaba de arriba abajo y Luca lo intentaba conducir por las angostas callejas.

Parvani, durante todo el día, sentía un dolor punzante en su vientre, y notaba, a ciencia cierta, que algo no iba bien.

Macarius había permanecido casi todo el día durmiendo, cosa que ella agradecía mucho.

No la habían importunado demasiado, y Emilia como presintiendo también que algo se salía de lo normal, hasta había sido amable con ella.

—Si tu marido es listo y paga ya verás como te dejarán ir y nosotros desapareceremos para siempre con el dinero, ya lo verás.

Siguiendo las instrucciones, Luca y Anjay depositaron el dinero donde se les había indicado, y se retiraron también, según la nota, a otro lugar a esperar la llegada de Parvani.

Pero las horas pasaban y Parvani no aparecía.

Entonces Luca decidió volver al lugar del pago del rescate y ver si el dinero seguía allí. Pero el dinero ya no estaba.

Temían lo peor a medida que iban pasando las horas. Al final decidieron ir a casa de Macarius y ahora, y cada vez más, Luca insistía en que, llegado a ese punto que parecía sin retorno, debían acudir a la policía, pero Anjay todavía se resistía. Prefirió todavía esperar un tiempo más por si, por fin, aparecía Parvani.

Macarius volvió con el dinero a la casa. Estaba como loco. En su vida había visto, ni de lejos, tanto dinero junto. Llevaba la cara desencajada y babeaba de entusiasmo.

En la casa, Parvani seguía encogida, sin moverse lo más mínimo, aterrada. Pero de repente notó algo húmedo entre sus piernas. No, no podía ser, otra vez no, por favor, pero la realidad se imponía irremediablemente, estaba sangrando.

La soltaron de sus ataduras y ella no se movió. Se dieron cuenta de que algo malo ocurría y también el miedo se apoderó de ellos.

Jon, por fin, tras algo de indecisión, decidió soltarla.

—Si vas a abortar lárgate bien lejos de aquí, nosotros ya tenemos el dinero

y lo que te pase ya no es culpa nuestra, tú te lo habrás buscado.

—Por favor, no podéis dejarme así —suplicaba Parvani—, llevadme al hospital, no quiero perderlo de nuevo.

—¡Lárgate de aquí furcia, no queremos verte más! —le espetó Macarius cogiéndola del brazo y lanzándola a la calle.

Los dos captores estaban como locos con el dinero. Se dispusieron a contarlo con rapidez y a repartirlo, sin pensar en nada más.

Parvani se levantó del suelo, enrollada sobre sí misma, sujetándose el vientre con las manos; dando tumbos y andando con extrema dificultad deambulaba por la calle sin saber a dónde dirigirse.

La poca gente con la que se cruzó a esas horas le huía, nadie quería saber nada de aquello. Al final, llegó a una gran plaza y cayó al suelo.

Pasó allí probablemente varias horas más, semiinconsciente, sin poder levantarse, con un fuerte dolor en su vientre.

Con las primeras luces del día, una persona bien vestida la vio y se apresuró a atenderla y al comprobar la situación llamó a un carrito e inmediatamente la llevaron al hospital.

Luca había convencido por fin a Anjay, ya en extremo desesperado, y ambos acudieron a la comisaría. Los carabinieri, acto seguido, organizaron el registro de la casa de Macarius, con precaución, pues lo conocían y sabían de su peligrosidad.

Pero en casa de Macarius, cuando llegaron, ya no había nadie. Anjay entonces vio en uno de los camastros un gran charco de sangre todavía fresca y su corazón le dio un vuelco. Si correspondía a Parvani sería lo peor que podía pasar.

Entonces decidieron inmediatamente acudir al hospital y sus peores presagios estaban a punto de cumplirse.

En efecto, en cuanto llegaron, les pusieron al corriente de que Parvani, en bastante mal estado, estaba ya en el quirófano.

Estaba siendo sin duda muy bien atendida por los médicos pero su estado era grave. Parvani había perdido el hijo que esperaba y también mucha sangre por lo que ahora, sin remedio, se debatía entre la vida y la muerte.

Luca, trató de consolar a Anjay:

—Verás como se pone bien. Parvani es muy fuerte y se recuperará sin problemas, ya lo verás.

—Pero Luca, he perdido lo que más deseaba en este mundo —contestó Anjay, sollozando como un niño.

—Sí, habéis perdido este niño, pero por otro lado las noticias son buenas, podrá seguir teniendo hijos, su maternidad no se ha visto en absoluto afectada.

Durante varios días en que Anjay no se movió ni un instante del lado de Parvani, su salud fue mejorando aunque no así su estado de ánimo.

Luca, como cada mañana temprano, acudía a la habitación de Parvani para interesarse por su estado, allí, siempre a su lado, lo recibía con lágrimas en los ojos, Anjay.

Pero esa mañana Luca traía noticias frescas.

—Anjay, tengo novedades sobre Jon Macarty que creo que te alegrarán. Lo han traído mal herido esta madrugada al hospital.

—Pues la verdad es que me alegro de que lo hayan capturado —dijo Anjay sin apenas levantar la vista de Parvani que continuaba adormilada.

—Los carabinieri que lo capturaron y lo trajeron al hospital me relataron que recibieron un aviso en la comisaría de una posible pelea en la que dos hombres se encontraban mal heridos —continuó hablando Luca.

—Ya me imagino de qué dos individuos se trataba y sinceramente, también me alegro de que esté mal herido —le interrumpió Anjay.

—El caso es que cuando llegaron al lugar —continuó Luca—, se encontraron al tal Macarius muerto, con un disparo en el pecho y poco más allá a unos pocos metros, a Jon Macarty, en un charco de sangre, con un navajazo en el vientre.

—Sí, se ve que es su especialidad, recibir navajazos —volvió a hablar con ironía Anjay.

—Junto a Macarty estaba, intentando socorrerle, Emilia, a la que también detuvieron —terminó de relatar los hechos Luca.

—No puedo decir que sean malas noticias, aunque eso no me va a devolver a nuestro hijo —aseveró Anjay, con amargura.

—Suponen que los dos hombres se pelearon por el dinero que, por cierto, ha desaparecido. Ellos no lo tenían y Emilia dice que no sabe dónde está —dijo Luca.

—O a lo mejor sí que lo sabe, pero no lo quiere decir, lo habrá escondido, conociéndola... —dijo Anjay—. Pero eso me importa ahora bien poco.

—El caso —continuó Luca—, es que Emilia está en los calabozos y Macarty está aquí, ingresado y muy grave. Ya le han operado.

Parvani, poco a poco mejoraba, pero los esposos continuaban sumidos en una fuerte depresión. Moralmente estaban muy afectados a pesar de las visitas de todos los amigos y conocidos que trataban de animarles.

Parvani, una oscura y triste mañana en la que el cielo aparecía de un negro intenso y amenazaba lluvia, se sinceró con su marido:

—Anjay, esposo, siento decirte esto, pero la verdad es que quiero decírtelo lo antes posible: no quiero volver a intentar nunca más tener otro niño. Ya no lo soportaría más —y comenzó de nuevo a llorar amargamente.

Anjay tampoco pudo soportar más la presión a la que había estado sometido en las últimas semanas y al oír aquello estalló. Su cara se descompuso más si cabe y sin decir palabra, lentamente, con el alma hundida en el más extremo de los sufrimientos, abandonó el hospital deambulando como un espíritu sin rumbo por las calles mojadas de su amada Venecia.

Deambuló durante horas, por plazas y calles y por puentes que no conocía, como un alma en pena, incapaz de superar su sufrimiento, desesperanzado y hundido.

Sentía, con una fuerza infinita, que hasta el propio mar le decía: «lánzate, lánzate bien lejos, que te acogeré gustoso en mis brazos y terminará todo».

Ya no le importaba nada en esta vida, lo había perdido todo. Todo por lo que había luchado tanto, y ahora, definitivamente, sabía que nunca conseguiría llegar al objetivo que constituía el sentido de su vida.

De repente se topó con la puerta de una taberna y, sin pensárselo dos veces, entró. Nunca había bebido licor para olvidar pero hoy estaba dispuesto a hacerlo.

Pidió un *spritz* y lo intentó beber de un trago pero le escoció en la garganta y le supo amargo; aun así lo apuró, y luego otro, y otro. Ya se sentía muy mareado, pero aun así, el dolor no se apartaba de él.

Permaneció allí, bebiendo, hasta que varios fornidos moradores habituales del bar se fijaron en él, se le acercaron y le increparon:

—¡Mirad, el señorito quiere emborracharse! ¡A lo mejor nos invita también a nosotros! —se reían a su costa y se burlaban de él.

—¡No, dejadme en paz, asquerosos, no quiero invitar a nadie! —les respondió Anjay sin pensar en las consecuencias.

—Pues ahora te vas a enterar, así a mí no me contesta nadie, estúpido —le respondió el más grande de todos, con el puño preparado para agredirle.

Por suerte, el tabernero, habituado a las peleas en su recinto, acudió en su ayuda blandiendo un garrote:

—¡Ya está bien!, dejadlo en paz u os las veréis conmigo; en mi bar no consiento peleas, ¡atajo de borrachos!

—Gracias, pero no necesito ayuda —respondió Anjay encarándose con el

que lo amenazaba.

Al final, recibió un puñetazo en el pómulo que le hizo caer rodando por el suelo, y a continuación, por fortuna para él, el tabernero lo levantó y lo acompañó a la salida.

—Váyase de aquí, hombre, y no vuelva, que estos son mala gente. No sé qué está haciendo usted aquí —y el tabernero lo despidió lanzándolo de un empujón a la calle.

Anjay también era una persona muy fuerte y el puñetazo no le afectó demasiado. Así que continuó su deambular solitario por las calles, más dolido en el alma que en el cuerpo, buscando un consuelo o un final a su angustioso sufrimiento.

Al final, mareado por la bebida, derrotado por el cansancio y destrozado por su sentimiento de dolor, cayó rendido en un rincón de una plaza, y se durmió.

\*

La primera luz del día lo despertó de su sueño. Le dolían todos los huesos del cuerpo y en especial la cabeza y la cara, que notaba hinchada. Estaba mojado y sentía un frío intenso, tiritaba de arriba abajo sin poderlo evitar.

Inmediatamente recordó y sintió en su interior que nada había cambiado. Solo sentía que se encontraba con todo su dolor ante un nuevo y lúgubre día.

Alzó la mirada y de repente, ante él, sin haber reparado nunca antes en ella, apareció una bella iglesia. No recordaba haberla visto nunca antes, pero allí estaba, como llamándole, como queriendo decirle: «Ven, acércate».

En su puerta pudo leer: IGLESIA DE SANTA MARÍA DE LA SALUTE, y pensó: «si es de la salud, seguro que me vendrá bien, nos hace tanta falta...».

La iglesia, a pesar de lo temprano de la hora, aunque era extraño, estaba abierta.

Entró y se sentó en uno de los bancos. Era realmente bella, sus pinturas en el techo, desde el primer momento, le admiraron por su esplendor, y la paz que en ella se respiraba tranquilizó casi al instante su agitado espíritu.

Anjay no era demasiado creyente pero sí había experimentado muchas veces, cómo aquellos lugares de culto, tan hermosos, de Venecia, le apaciguaban el espíritu.

Permaneció en aquel banco sentado durante horas, absorto en sus pensamientos, con la mirada perdida en ningún sitio.

La gente poco a poco fue llegando a la iglesia y cada vez había más ajeteo a su alrededor. Muchos se sentaban a su lado para luego levantarse y seguir su

camino, pero a él no le importaba lo más mínimo, continuaba sumido en sí mismo.

Hasta que un religioso con barba poblada, de mediana edad y vestido con un hábito marrón, se sentó a su lado.

Allí estuvo sentado junto a él un buen rato. Anjay, al contrario de lo que le había ocurrido con el resto de la gente hasta entonces, sí reparó en su presencia.

Al fin el religioso se dirigió a él:

—¿Te sucede algo, hermano, puedo ayudarte?

Anjay le respondió, sin apenas mirarlo.

—¿Por qué me llama hermano? Lo que me sucede a mí, no tiene solución.

—Todo tiene solución —le contestó el religioso con una voz dulce pero firme.

—No, tendría que nacer de nuevo y vivir otra vida para que me fuera mejor que en esta —dijo Anjay sin mucho entusiasmo.

—Sí, hace falta nacer de nuevo, es cierto, pero sin dejar nada de lo que ya tienes aquí —le contestó el religioso ahora en un tono más serio—. Si quieres ven conmigo a la sacristía y hablaremos tranquilamente. Comeremos algo, hay que alimentar el cuerpo y el alma, también.

Sin saber muy bien por qué, Anjay se dirigió tras los pasos de su barbudo amigo hasta el interior de la iglesia. Pudo apreciar la hermosura de las pinturas de Tintoretto que se encontraban también allí, y se admiró, sin poder evitarlo de nuevo, de su gran belleza.

Tomaron té, comieron y hablaron durante horas. Nadie les molestó. Anjay le contó, sin ningún reparo y con detalle, lo que oprimía su alma, y el religioso le escuchaba y le hablaba a su vez con sabiduría.

Anjay sentía como si a medida que pasaba el tiempo y abría su corazón, sus sufrimientos se iban descargando, como si aquel ser sabio y amable, recibiera, sobre sí mismo, todas sus penalidades, todo lo que él le iba contando.

Poco a poco se iba dando cuenta de todo lo bueno que tenía y que no había sabido valorar con plenitud, en especial a su amada Parvani. La había tratado, sin duda, sin ninguna consideración.

No había sabido valorar en absoluto el verdadero amor que los unía y la gran suerte que era el poseerlo. Ese amor real, sincero y profundo, que los hacía uno solo.

Se acordó entonces de la extraña experiencia vivida meses atrás en Ca D'oro y pensó que, seguramente, a aquello se referirían sus fantasmas. ¿Sería

posible que por fin encontrara el sentido a lo que le pasaba? ¿Que hubiera terminado su búsqueda?

Lo que estaba claro era que ahora se sentía infinitamente mejor, se sentía como un hombre nuevo, como le había dicho su reciente amigo.

Se despidió de aquel hombre amable y sabio, quedando en volver a verse lo antes posible allí mismo, pero esta vez acompañado de su amada Parvani.

Parvani permanecía en su habitación del hospital, aunque ya bastante recuperada en su estado físico, no así moralmente.

Además, desde el día anterior no sabía nada de Anjay y, en consecuencia, estaba muy preocupada. Se decía para sí misma que le gustaría mucho, en esos momentos, tener a su familia allí, o a alguien en quien confiar de verdad.

De repente, como una aparición, giró la cabeza y allí estaba su amigo Mitali. No lo podía creer, era como si sus deseos, en ese momento, se hubieran hecho realidad.

Mitali se acercó a ella sonriente y la saludó con mucho cariño:

—¿Cómo estáis Parvani? ¿Y Anjay, se encuentra bien mi amigo?

—Sí, estamos bien, eso espero —contestó Parvani—, pero tú, ¿cómo estás? ¿Cuándo has llegado?

—He llegado esta misma mañana, estoy bien —contestó Mitali, aunque en su rostro, muy pálido, se notaba un gran cansancio y en su cuerpo una gran delgadez.

—Pero dime, ¿seguro que estás bien? —insistió Parvani.

—Seguro, lo que ocurre es que el viaje ha sido muy duro, en no muy buenas condiciones, pero ya ha pasado —respondió Mitali con una amplia sonrisa que denotaba a las claras que estaba realmente feliz de verla.

—Pero, ¿cómo me has encontrado? —volvió a preguntarle Parvani.

—Pues siguiendo vuestras noticias relatadas en la última carta que recibí, me he dirigido directamente al hospital esperando encontrar aquí a Anjay trabajando, pero ya me ha puesto al día el médico este, amigo vuestro, de todo lo acontecido —contestó Mitali.

—Debe de ser Luca con quien has hablado —contestó Parvani.

—Pero dime, ¿cómo esta Anjay? ¿Se encuentra bien mi amigo?

—Eso espero, Mitali, solo sé que está muy afectado por lo sucedido, sobre todo por la pérdida, de nuevo, de nuestro hijo —dijo Parvani con lágrimas en los ojos—. ¿Podrías, por favor, ir en su busca? Estoy muy preocupada.

Mitali estaba muy preocupado también pues conociendo como conocía a Anjay, pensó que sí debía de estar muy afectado para obrar así, cosa rara en

él. Se dirigió en primer lugar al domicilio de los esposos, tal como le había indicado Parvani, por si hubiera pasado allí la noche.

Pero Anjay no se encontraba allí, así que, con mayor angustia aún si cabe, decidió buscarlo por la ciudad. Mitali conocía bien Venecia y buscaría alguna pista primero por los sitios más cercanos por donde pudiera habersele ocurrido acudir.

Nada más salir a la calle, por fortuna, se topó con Anjay y los dos amigos se fundieron en un abrazo.

—Mi querido Mitali, ¿cuándo has llegado? ¿Te encuentras bien? —le preguntó su amigo.

—Sí, bastante bien —le contestó Mitali a la vez que le daba un nuevo abrazo—. Y tú, ¿cómo estás, amigo? ¿Qué es eso? Tienes un golpe en la cara.

—Ah, eso, no es nada, ahora ya estoy mejor —le contestó Anjay—. He tenido una experiencia impresionante, Mitali, ya te la contaré con detalle, pero ahora vayamos rápido al hospital, deseo con todo mi ser ver cuanto antes a Parvani.

Ambos se dirigieron a buen paso al hospital, llegaron a buen ritmo y enseguida se encontraron ante Parvani.

Nada más llegar Anjay se abrazó a su amada, la besó efusivamente a pesar de la presencia de su amigo y le susurró al oído: —Ya te contaré lo que me ha pasado, pero ahora, en primer lugar, debo pedirte perdón amor mío.

Parvani no paraba de besarle, casi no le dejaba expresarse.

—No hables mi amor, no hace falta, no pasa nada, no te preocupes más.

En la misma estancia, intentando disimular, Mitali pensaba: «Qué suerte tiene Anjay, yo no sé si algún día podré encontrar a alguien como Parvani».

Era muy evidente la admiración que Mitali sentía por Parvani.

Los tres amigos acto seguido hablaron largo y tendido sobre muchas cosas. Sobre la situación que se vivía en su país, que era lo que más preocupaba a Anjay, sobre todo la inquietud que sentía por el estado de su familia, y de todos los acontecimientos que les habían sobrevenido desde que atracaron en Venecia.

Mitali no podía creer lo que le contaban. Sus ojos cada vez que oía una nueva aventura vivida por sus amigos, se abrían de par en par.

—Desde luego, veo que no os habéis aburrido en absoluto en todo este tiempo —les dijo medio en broma Mitali—. Es raro, esta ciudad precisamente es una de las más tranquilas que conozco y sobre todo sabe cuidar muy bien a sus visitantes.

De repente, interrumpiendo su amigable conversación, como si de una aparición se tratase, se presentó como siempre nervioso y sudoroso, un viejo conocido suyo, el comisario Castrati:

—Buenas tardes, perdonen la intromisión, pero me temo que debo darles una mala noticia: Esta misma mañana, en un descuido del carabiniere que le custodiaba, Jon Macarty se ha escapado del hospital.

El semblante de Anjay se descompuso, por momentos cambió y se puso pálido:

—¡Pero cómo es posible! —exclamó.

—Estamos convencidos que ha tenido un cómplice que le ha ayudado a escapar —continuó el comisario—, si no, no es posible que en su estado, todavía muy debilitado por sus heridas, haya podido escapar.

—Seguro que ha sido la Emilia —le interrumpió Anjay—. ¿Pero, esa mujer, no estaba en la cárcel?

—Sí, pensamos que ha sido ella, en efecto, dado que ya estaba libre, pues apenas había cumplido unas semanas de cárcel cuando el juez interpretó que había sido obligada a colaborar en el secuestro y la soltó sin más —aclaró Castrati.

—Pues no, comisario —intervino Parvani visiblemente enojada—. Emilia fue tan culpable como los otros dos, y ahora, por desgracia, se nos pueden venir encima las consecuencias de ese error.

—De todas formas, ustedes no se preocupen, que ya los están buscando y esperamos detenerlos de nuevo pronto —concluyó de hablar Castrati y acto seguido, intentando ser lo más amable posible, se despidió de todos.

Luego, con buen criterio, pensaron que lo importante era que Parvani se recuperara definitivamente lo antes posible. Así que esa misma tarde Anjay decidió que lo mejor era volver a su domicilio y que Mitali, por lo menos de momento, se quedara con ellos hasta que encontraran una residencia a su gusto para él.

\*

Anjay consiguió, por fin, tras bastantes esfuerzos, encontrar un buen criado, Tomaso, de su agrado, que sobre todo se iba a dedicar a cuidar de Parvani y así intentar evitar por todos los medios que nunca más le ocurriera nada malo.

Tomaso era un italiano de pura cepa, fornido, discreto y bastante educado. Así, Anjay podría irse a trabajar cada mañana más tranquilo.

Mitali continuó, ante la insistencia sobre todo de Anjay, narrando con todo detalle toda la información que tenía sobre lo acontecido en su país y, tras la

interrupción del comisario, les puso todavía más al corriente de la situación de su familia.

Por desgracia habían tenido que abandonar su país definitivamente. Las cosas no habían mejorado nada para ellos desde la última carta que recibieron con noticias que ya no eran muy alentadoras.

Los independentistas les habían expulsado de sus casas y suerte que no había habido ninguna desgracia personal.

Mitali trataba de suavizarles lo que podía las noticias, pensó que ya tenían ellos bastantes problemas:

—Tus padres, Anjay, seguro que viajan mucho mejor que yo. Tenían previsto coger un buen barco, mucho mejor que el mío, aunque también es verdad que saldrían unos días más tarde.

—Eso es una buena noticia, Anjay —trató de animarlo Parvani—. Seguro que el viaje ha sido muy grato para ellos, en un buen barco.

—Además de tus padres y de tu hermana Nirmala —continuó poniéndoles al día Mitali—, vienen con una persona que seguro que te alegrará ver. Se trata de tu enfermera Sunila.

—¿De verdad? —dijo Anjay—. Me alegrará mucho verla. ¿Y cómo es que viene también?

—Pues como no tiene allí familia cercana y no se encontraba tampoco muy a gusto ya que también la perseguían por haber sido tu enfermera, decidió salir también de allí.

—¿Y para cuándo se espera que llegue el barco? —preguntó Parvani.

—Pues, calculo que en unas semanas estarán aquí —contestó Mitali.

Los días pasaban y como la familia no llegaba, Anjay pensó que, sobre todo a Parvani, le vendría muy bien un cambio de aires; además el tiempo estaba siendo estupendo.

Así que, acompañados de su fornido Tomaso, se dirigieron a pasar unos días a la cercana playa del Lido, a uno de sus lujosos hoteles.

A Parvani no le gustaban mucho los hoteles, sobre todo por las gentes que allí encontraba, puesto que no las entendía, ni tampoco sus costumbres; las calificaba de extravagantes pero por otro lado su curiosidad, como siempre, le podía, y además no quería desairar a Anjay.

Así que, al final, con gusto accedió, y una soleada mañana se dirigieron todos a su hotel de vacaciones.

Parvani empezaba a encontrarse de nuevo radiante, había recuperado en gran parte su alegría y Anjay también, sobre todo cuando la veía a ella de

nuevo feliz.

Disfrutaban mucho de aquellas playas tan bonitas y también de contemplar el mar, como siempre para ellos, tan relajante.

A menudo Parvani se divertía mucho y se reía, discretamente, eso sí, al ver a aquellas señoras tan peripuestas y con los perritos aquellos tan diminutos en brazos. Siempre le había chocado y le hacía mucha gracia.

Y también le chocaba mucho el resto de visitantes del hotel. Aquellos señores tan estirados y los niños tan rubios y vestidos de encajes que no paraban de corretear y de jugar a su alrededor.

Al fin, tras una buena cena y un rato de paseo por la playa, los amantes subieron a su cuarto.

Parvani rebosaba belleza y dulzura y Anjay no se cansaba de mirarla y de atender a todos sus caprichos.

Se acostaron muy juntos el uno al lado del otro y Anjay la abrazó y la besó con todo su cariño. Pero notó inmediatamente que Parvani se distanciaba de él.

—Lo siento, mi amor —le dijo Parvani—, pero no me encuentro preparada para nada más, tengo mucho miedo de sufrir de nuevo.

—Amor mío —le contestó Anjay—, no te preocupes, no existiría en el mundo una fuerza capaz de obligarme a forzarte lo más mínimo.

Los esposos continuaron unidos pero solo en su espíritu, su cuerpo distante no podía todavía romper las barreras que los separaban.

Hasta que, de repente, sin esperarlo, una luz blanca y radiante, procedente del mar que los envolvía se coló entre las cortinas medio abiertas e iluminó el bello rostro de Parvani.

De nuevo la luna casi llena, brillando en todo su esplendor y buscando su similitud en un bello rostro de naturaleza humana, se hacía presente en la intimidad de su cuarto, para ayudarles, o tal vez para, simplemente, demostrar todo su poder cautivador.

Y Parvani, poseída por una fuerza extraordinaria e incontrolable y ya libre de todo temor, se posó, completamente desnuda, sobre su amado.

La noche para ellos fue un torrente de pasión y de amor.

Totalmente unidos ya en cuerpo y en espíritu disfrutaron del placer más absoluto una y otra vez, para caer rendidos al amanecer cuando los primeros rayos de luz hicieron desaparecer de la vista la otra luz, la de su luna llena.

Los días pasaron velozmente entre risas y juegos amorosos, como dos jóvenes amantes, y sin darse cuenta, fue ya tiempo de volver a sus quehaceres

cotidianos.

\*

Cumpliendo con lo prometido, una tarde calurosa, ya de verano, ambos se dirigieron a la Iglesia de la Salud, a cumplir un deseo antiguo y a visitar al religioso que tanto ayudó en su día a Anjay con sus palabras.

Parvani se admiró de la belleza de aquel lugar.

Disfrutó enormemente contemplando las hermosas pinturas de Tiziano y de Tintoretto y la grandeza de aquella Iglesia misteriosa y sublime, construida por los venecianos como agradecimiento a su Virgen por haber cesado la mortandad de la peste, hacía ya varios siglos.

Pero, el religioso no estaba por ningún lado. Lo buscaron por todas partes y al no verlo por allí, al fin, se decidieron a entrar en la sacristía.

Allí dentro se encontraba un hombre anciano, vestido de negro, que les acogió con amabilidad:

—¿Desean ustedes algo? —les preguntó el anciano.

—Pues sí, por favor, ¿podría usted indicarnos dónde está el religioso de barba abundante, de edad mediana y vestido con hábito marrón? Quedé con él hace unas semanas aquí mismo —contestó Anjay.

—Perdone pero aquí no hay nadie que se le parezca. Tal vez se confundió de iglesia —le dijo el anciano.

—No, fue aquí mismo, e incluso comimos algo sobre esa misma mesa. Hablamos aquí mismo, pero, la verdad es que no sé su nombre.

—Le digo a usted que aquí no ha habido nunca nadie con esa descripción, y yo llevo aquí cuarenta años. Además, jamás ha habido aquí comida. Pero si tiene usted algo en que yo le pueda servir de ayuda, estaría encantado.

—No, no se preocupe, quería solo, esto... hablar con él —dijo con pena y resignación Anjay.

Los esposos salieron de allí, sorprendidos de que nadie conociera a su enigmático amigo, y sobre todo Anjay, que se encontraba bastante malhumorado por no haberlo encontrado.

Ambos se dirigían ya hacia la puerta de salida cuando Anjay vio, a lo lejos entre la gente, una figura alta, delgada y de poblada barba, con vestidos oscuros que atravesaba la puerta de entrada dirigiéndose hacia el exterior.

Sin pensárselo dos veces corrió en su busca.

Parvani se asustó al verlo salir en estampida y le gritó:

—¿Anjay, por Dios, dónde vas?

Pero no obtuvo respuesta. Anjay llegó enseguida a la puerta y como pudo,

apartando a la gente, la atravesó, pero al otro lado, sorprendentemente, no había nadie. Giró en redondo y buscó su objetivo, ansioso, pero no obtuvo ningún resultado.

—No es posible, Parvani, estaba tan cerca y de repente es como si se hubiera esfumado, como si hubiera desaparecido —le dijo Anjay.

—No te preocupes, mi amor, lo importante es que yo te creo y que este hombre, sea quien sea, te ha cambiado la vida, además, he disfrutado mucho al conocer esta sublime Iglesia, me ha encantado.—le contestó Parvani.

Algo desilusionado y decepcionado Anjay se resignó a volver a su casa sin haber podido hablar de nuevo con aquel hombre santo que tanto había influido en su vida. Aunque pensó en su interior que no se daba por vencido y que otro día, sin duda, lo volvería a intentar. Eso también lo sabía Parvani a la perfección, aunque Anjay no se lo dijera.

El verano transcurría lenta y plácidamente. Anjay estaba cada vez más preocupado pues el barco con sus familiares se retrasaba mucho.

Parvani le consolaba como podía:

—No te atormentes mi amor, el barco se habrá retrasado en salir del puerto, pronto verás como llegan bien todos.

Mitali estaba ocupado al completo de sus negocios, aunque los visitaba a menudo y ya vivía en su propia residencia.

Los esposos se dedicaban, durante las calurosas tardes del verano, a navegar en góndola por ese mar que tanto les gustaba, disfrutando de su frescor y dejándose envolver cada tarde por su aroma reconfortante.

\*

Muchas veces, en *vaporetto*, visitaban las islas más alejadas, y pasaban allí el día. La isla de Murano, con su precioso arte del cristal, o la de Burano, con sus casas de pescadores de colores y la de Torcello, con su hermosísima y original basílica de Santa María dell'Assunta. Así se distraían y sobre todo Anjay dejaba por unas horas de pensar angustiado en su familia.

Pero, especialmente a Parvani le gustaba navegar por los alrededores del río de la Salute próximo a la Iglesia del mismo nombre, y le decía a Anjay:

—¿Sabes, mi amor? Aquí me encuentro más a gusto que en ningún otro sitio.

—Es verdad Parvani, cuando nos aproximamos a este lugar tu rostro se relaja y la belleza te envuelve todavía más de lo habitual.

Una hermosa tarde, cuando volvían de su paseo diario por el mar y los canales de su bella ciudad, Anjay notó en el ambiente un olor desagradable.

Levantando la vista observó a unos cientos de metros y entre las

edificaciones más nobles, un humo negro que subía hacia el cielo azul y que iba poco a poco en aumento.

Sin duda se trataba de un incendio, de lo peor que pedía ocurrir en Venecia dado que los bomberos solo podían acceder al incendio por mar. Los edificios más alejados de los canales, que solían ser los más pobres, siempre corrían un gran peligro.

En el muelle les esperaba Tomaso, como cada tarde, para acompañarles de vuelta a su domicilio.

—Señor Anjay, algo terrible ocurre, hay un importante incendio —les dijo Tomaso aprestándose a ayudar a Parvani a subir al muelle.

—Eso es peligroso tratándose de Venecia —apuntó Anjay—. ¿Sabes en que zona está?

—Pues, creo, me temo, que cerca de su domicilio, señor —añadió Tomaso.

—Vayamos pues rápidamente hacia allí Tomaso.

Anjay y Parvani, asustados y con el miedo en el cuerpo, se dirigieron hacia su casa cuya dirección coincidía bastante con la de la humareda, visible cada vez con mayor intensidad.

Tomaso, a pocos pasos, los seguía cargado con todos los enseres que los esposos habían dejado a su cuidado.

A medida que se aproximaban a su casa el humo se hacía más ostensible. Cuando llegaron frente a su domicilio, por suerte, comprobaron que este estaba libre del fuego, sin embargo justo detrás se veían las casas ardiendo.

La confusión era muy evidente, los bomberos desde los barcos, trataban de mojar las casas incendiadas y, con carritos de mano también trataban de aproximar el agua al foco del incendio.

La gente corría despavorida de aquí para allá, en todas direcciones, tratando de escapar de las llamas, y muchas otras personas, ya afectadas por el humo, eran conducidas al hospital.

Anjay, viendo lo complicado de la situación y presintiendo que bastantes personas pudieran estar todavía afectadas por el incendio, decidió acudir en ayuda de la gente.

—Parvani, vete a casa con Tomaso que yo me acercaré por si necesitan ayuda —le gritó a su esposa mientras se alejaba de ellos.

—Pero Anjay, por Dios, no vayas que es peligroso —le contestó Parvani, aterrada—. Y, por lo menos, llévate a Tomaso contigo.

—No, no te preocupes, tendré cuidado, pero debo ir —le chilló ya desde lejos Anjay—. Y que Tomaso te acompañe a casa, luego si quieres me lo

mandas aquí de nuevo.

Parvani lo vio alejarse en dirección a las casas en llamas y el miedo se apoderó de ella pero obedeció a su marido y pronto, con el alma en vilo, se resignó a esperarle en su morada.

Anjay oyó gritos de niños y de mujeres que provenían del interior de una casa y sin pensárselo dos veces se adentró en ella.

Encontró, entre el humo, a varias mujeres con sus niños en los brazos, gritando y tratando de encontrar una salida entre el humo, y junto a varios voluntarios más, los condujeron al exterior y allí mismo, en el suelo, los reanimó.

Volvió a entrar en la casa de nuevo en busca de más niños, pero esta vez el humo pudo con él. Se encontró de repente envuelto por todos lados.

Las llamas y el humo lo rodeaban, sentía que se ahogaba y que no podía respirar, y al final perdió el sentido y cayó al suelo.

Las llamas seguían avanzando y Anjay continuaba en el suelo, sin poderse mover. La situación era dramática, hasta los bomberos se habían retirado ya de esa zona por su extrema peligrosidad.

De repente, como salido de la nada, alguien a quien las llamas no parecían afectarle acudió en su ayuda.

Una figura con una poblada barba, alto y delgado, vestido de marrón, lo levantó del suelo y sujetándolo en sus brazos le insufló aire en los pulmones repetidamente.

Luego, lo sacó de aquel infierno y lo depositó con sumo cuidado en el suelo, a salvo.

Anjay, por un momento, abrió los ojos y lo miró. No lo podía creer, allí estaba de nuevo aquel hombre de Dios que siempre acudía cuando más lo necesitaba y cuando más desesperado estaba.

De nuevo lo había salvado. Pero esta vez, aunque obnubilado y respirando con dificultad, Anjay no quiso que se le escapara de nuevo la oportunidad y le preguntó con enorme dificultad: «Dime tu nombre».

Aquel misterioso ser, muy despacio, a paso lento, ya se iba alejando de él, como flotando en medio del humo que poco a poco, como impulsado por un viento imperceptible se iba disipando a su alrededor. Se volvió hacia él y le dijo con una voz potente y a la vez infinitamente dulce: «Yo soy».

Anjay volvió a perder la consciencia aunque sentía que interiormente se encontraba en una paz absoluta como nunca la había sentido. En ese momento no le habría importado morir. Sentía que lo tenía todo, no necesitaba de nada

más.

—Tomaso lo sacó de su sueño: «Señor, señor» —lo llamó con unas palmaditas en la cara—, ¿se encuentra bien?

Pero Anjay no le respondió y antes de perder de nuevo la consciencia, notó como Tomaso lo cogía en brazos y lo levantaba; y entre penumbras le pareció distinguir otra figura, también y por desgracia, conocida: Jon Macarty. Entre sombras, andaba por allí, saliendo y entrando en las casas medio derruidas, y sin duda, buscando algo ajeno de lo que apropiarse.

Aquella última visión lo hizo estremecerse antes de perder de nuevo la consciencia.

De repente un destello potente iluminó por completo la ya notoria noche veneciana y a continuación, un trueno ensordecedor sonó por encima del ajetreo de las gentes y comenzó una lluvia intensa y pertinaz.

Fue una ayuda inestimable, en pocos minutos la tormenta, como mandada desde las alturas, liquidó el fuego voraz y el incendio, gracias a los dioses, pasó a ser una crónica más de las vividas en aquella extraordinaria ciudad.

\*

Anjay se despertó sobresaltado y empapado en sudor. Notó algo raro alrededor de su cara y al instante reconoció que se trataba de una mascarilla aplicada en su rostro.

Ante sus ojos apareció Parvani con cara de angustia y pendiente de todos sus movimientos, y un poco más lejos Mitali, mirándole también fijamente.

Instintivamente Anjay trató de deshacerse de aquel artefacto molesto pero Parvani le detuvo:

—No te lo quites mi amor, es un poco de oxígeno para que puedas respirar mejor —le dijo con dulzura.

Aun así Anjay lo apartó para poder hablar:

—¿Qué es lo que me ha pasado?

—Llevas dos días inconsciente amor —le dijo Parvani—, pero por lo que veo ya estás mejor. Solo a ti se te ocurre meterte en medio del fuego, pero, en fin, ya pasó —le contestó Parvani, con resignación.

—Es verdad Anjay, eres un loco —le habló ahora Mitali un poco en tono enfadado—, pero lo importante es que estás mejor.

Durante aquel día Anjay fue mejorando bastante, de modo que al final de la jornada ya le retiraron la mascarilla.

Anjay pudo hablar al fin con libertad pues tenía muchas ganas de contarle a Parvani su nueva experiencia.

—Sé que es una suerte que esté vivo, pero lo que más siento es lo que te hago sufrir a ti, amada mía.

Y le contó con detalle todo lo que había pasado en aquella casa en llamas, y ambos, después, pudieron sentirse más unidos y compartir con mucho deseo sus besos y caricias como si de dos colegas se tratara.

Siempre que aquel misterioso personaje se cruzaba en sus vidas era extraño, pero a continuación sentían que se amaban más que nunca.

No llegaban a comprender el misterio de aquel ser enigmático que siempre estaba dispuesto a ayudarles en los momentos claves de sus vidas y que desaparecía de repente, sin dejar rastro.

Por la noche, Mitali volvió al hospital y acompañó a Parvani a su domicilio, aunque les costó mucho convencerla para que se fuera a descansar a su casa pues Anjay ya estaba muy recuperado y Parvani llevaba varias noches sin dormir apenas, siempre a su lado, por lo que al final accedió.

Durante el camino, Parvani le comentó a su amigo:

—Es extraño Mitali que todavía no hayas encontrado una mujer con la que compartir tu vida. Eres apuesto, simpático y no te falta el dinero.

Mitali cambió de repente el semblante y se puso muy serio. Tal vez aquella fuera la ocasión que había estado esperando durante toda su vida para sincerarse con ella, puesto que cada vez más, como un ácido, aquellos sentimientos incontrolables le corroían por dentro.

Mitali se paró en seco y mirándole a los ojos le dijo:

—No podría haber en el mundo ninguna mujer, Parvani, yo solo tengo ojos para ti.

Parvani inmediatamente miró al suelo y su rostro enrojeció. No estaba enfadada, solo anonadada y no podía creer lo que oía.

—¡Mitali, no, por favor! —solo estas palabras pudo articular Parvani desorientada.

Sabía que Mitali la apreciaba mucho y que, sobre todo, en los últimos días en los que Anjay había estado tan enfermo, no se había separado de ella, pero pensaba que solo era amistad; ahora todo se complicaba desagradablemente.

Mitali continuó desahogando su corazón:

—Te he amado siempre, Parvani, desde el día en que te vi. Cuando estábamos en nuestra tierra y después solo deseaba venir a Venecia para verte una vez más.

—No me esperaba esto de ti —Parvani continuaba con la mirada clavada en el suelo ruborizada en extremo.

—Eres para mí el único sentido de mi vida, aunque sé que nunca te tendré —Mitali continuaba con su declaración—, pero, por favor, no le digas nada a Anjay, no soportaría también perder su amistad. Te garantizo que no tienes nada que temer de mí, me quitaría la vida antes que causarte voluntariamente el más mínimo sufrimiento.

Sin pronunciar una sola palabra más, Parvani entró en su casa, bajo la atenta mirada de su criado Tomaso, y Mitali, con lágrimas en los ojos y con el corazón destrozado, se dirigió cabizbajo a su morada, no muy distante de la de sus amigos.

Parvani se acostó sola aquella noche y recordando los acontecimientos vividos y a su amado Anjay, lloró.

Debía haberse quedado con él en el hospital, pensaba, así todo aquello con Mitali no habría sucedido. Ahora se sentía sola y vulnerable y, al fin, lloró de nuevo con amargura, y la espléndida luz de su luna llena, como todos los meses, se le acercó para decirle: «hoy no puedes desahogarte con nadie, deja que yo lo haga y te consuele» y Parvani, rendida, se durmió al instante.

Afortunadamente, Anjay se recuperó estupendamente de sus pulmones y a los pocos días ya estaba perfectamente bien y en su casa.

Parvani no le contó nada de su conversación con Mitali, no quería que, en definitiva, se perdiera su amistad.

Aunque Anjay le llegó a comentar varias veces:

—Es extraño que no haya venido por aquí Mitali en varios días.

—Seguramente habrá estado muy ocupado con sus negocios —le contestó Parvani intentando quitarle importancia.

Pero lo cierto era que Mitali estaba desesperado, apenas si había salido de casa desde su conversación con Parvani. Más bien parecía un alma en pena, apenas si comía y estaba sumido en una gran depresión.

Pasaron los días y Anjay se reincorporó, totalmente recuperado, a su trabajo en la dirección del hospital.

Luca había sido durante ese tiempo su mano derecha ocupándose con diligencia de la dirección del hospital mientras Anjay había estado ausente.

El hospital funcionaba a pleno rendimiento, a la vanguardia de las últimas técnicas médicas y de personal gracias al buen hacer de Anjay que siempre estaba en contacto con sus colegas ingleses y alemanes, lo cual propiciaba su destacada actuación.

Un día caluroso, por la tarde, Mitali, con bastante buen aspecto aunque con semblante muy serio, se presentó en casa de sus amigos. El tiempo transcurrido

parecía que había aminorado algo su sufrimiento.

Parvani se asustó al verlo, aunque trató de disimular y Anjay se alegró mucho de que, por fin, supieran de él.

—¡Mitali! —le dijo, mientras le daba un fuerte abrazo—. ¿Dónde te habías metido? Hace días que no sabíamos de ti.

—He estado ocupado, además no me he encontrado muy bien físicamente —le contestó su amigo.

—Es verdad —le contestó Anjay, mirándole de arriba abajo—. Pareces cansado y, ¿por qué no nos has dicho nada? Hubiera mandado a Tomaso para que te cuidara, hombre.

—No quería molestaros, Anjay —contestó Mitali sin mucho entusiasmo.

—Tú no molestas nunca Mitali, eres como un hermano para nosotros, ¿verdad, Parvani? —le respondió Anjay, mirando a su vez a Parvani.

—Claro que sí, lo apreciamos mucho —contestó Parvani, que se mantenía a cierta distancia de ellos.

—Si te parece bien, vamos a un sitio que quiero que conozcas, Anjay, y hablaremos —le dijo Mitali, dirigiéndose hacia la puerta.

—Estupendo, amigo —le dijo Anjay siguiéndole de cerca.

Parvani se quedó sola y muy preocupada dándole vueltas en la cabeza a la conversación que mantuvo con Mitali, y deseando, con todas sus fuerzas, que a Mitali no se le ocurriera decirle nada a Anjay con respecto a sus sentimientos. Conociendo a Anjay, las consecuencias podrían ser imprevisibles.

Los dos amigos se dirigieron hacia la zona portuaria y al cabo del rato Anjay, algo desconcertado, le preguntó a Mitali:

—Pero, ¿a dónde vamos? Me tienes intrigado.

Pero Mitali, en contraposición a como era él con normalidad, continuaba muy serio y sin pronunciar palabra, solo se limitaba a andar, más bien deprisa, junto a su amigo.

Llegaron a un establecimiento y ya antes de entrar un sutil aroma a café, embriagador y reconfortante, los envolvió.

Anjay había tomado buenos cafés dado que su padre, como mercader, los conocía bien y estaba acostumbrado a tomarlo y se los ofrecía a menudo a Anjay, aunque él, hasta la fecha, siempre había preferido un buen té. Pero lo cierto era que nunca había estado en un local donde se exhibieran tal variedad de ellos y tan apetecibles.

—Sé que te gusta el café Anjay, y hoy quería mostrarte uno de los lugares más sorprendentes que se esconden en esta ciudad —le dijo por fin Mitali—,

además, deseaba hablar contigo de un tema muy delicado.

—Sabes que puedes hablar conmigo abiertamente de lo que quieras, Mitali, te ayudaré en lo que pueda, amigo mío —le respondió Anjay intentando ayudar con su comprensión a su acompañante.

Mitali estaba muy nervioso, sudaba profusamente y no era solamente por el calor que hacía. Ambos degustaban un delicioso café, delicadamente personalizado para cada uno, y mientras, Mitali se preparaba para contar a su amigo lo que no podía ocultar más.

Anjay, rompiendo de nuevo el silencio, le dijo:

—En verdad este café es delicioso, había oído a menudo hablar de estos sitios que se están haciendo muy famosos en Venecia, pero no había estado todavía en ninguno de ellos, así que te lo agradezco de verdad. Pero dime, ¿qué era eso tan importante que querías contarme, amigo?

Mitali, sudoroso y balbuceante, entrecortándose, tragó saliva y por fin habló:

—Pues, verás, yo, resulta que...

En ese preciso momento se oyeron gritos y fuertes voces por varios sitios a la vez: «¡El barco, el barco de las Indias ha llegado!».

—Mi querido amigo, sea lo que sea, va a tener que esperar, creo que el barco que tanto anhelábamos, ha llegado —dijo Anjay.

Se dirigieron con rapidez al exterior y casi sin dar más que unos cuantos pasos pudieron ver a lo lejos un gran barco de vapor, con sus grandes chimeneas echando un humo muy negro y espeso que el viento se encargaba de elevar y de dirigir hacia popa.

Era un buque muy grande y algo destartado. Sin duda la larga travesía había hecho mella en él pues se podían apreciar, aun a distancia, partes del barco oxidadas e incluso trozos de madera arrancada que dejaban al descubierto zonas de su estructura interna.

Pero allí estaba por fin. Anjay después de tantos días de espera lo tenía a la vista. Así que sin atender a nada más se apresuraron a dirigirse nerviosos y con celeridad hacia el muelle próximo.

La espera fue interminable. Mientras el gran barco de vapor maniobraba, más bien de manera torpe, para poder largar amarras, los dos amigos expectantes, casi sin hablar, no se perdían detalle.

Un joven con un carrito pasó junto a ellos.

—Ven muchacho, acércate a esta dirección y dile a la señora y a su criado que vengan aquí cuanto antes —le dijo Anjay al chico dándole unas liras.

Partió el muchacho, diligente y contento a avisar a Parvani y así los dos compañeros pudieron continuar en su lugar privilegiado, atentos y sin perderse detalle.

Acababa de maniobrar el buque definitivamente cuando llegó Parvani junto a Tomaso, siempre vigilante, a su lado.

Los ojos de todos permanecían clavados en la pasarela de desembarque, a la más próxima distancia que el gentío les permitía estar, pero todo era gente desconocida la que salía por ella.

De repente, Anjay dijo:

—¡Allí, allí está mi padre, Narsi, y detrás también veo a Nirmala, mi hermana!

—¡Sí, y también está Sunila! —gritó Parvani emocionada.

—Pero, a quien no veo es a mi madre, —dijo Anjay, levantando el cuello y forzando la vista todo lo que podía.

—Igual está indispuesta por el viaje o algo así, y no ha bajado todavía, vayamos hacia ellos —dijo ahora Parvani, algo preocupada.

Se acercaron a donde estaban parados sus familiares reuniendo todos sus bultos del viaje, y nada más verse todos se fundieron en abrazos y besos. Las lágrimas corrían por sus mejillas y todos estaban como locos de contentos al volverse a ver después de tanto tiempo.

Anjay enseguida preguntó a su padre:

—Padre, ¿dónde está mi madre?

Narsi comenzó de nuevo a llorar abiertamente y todos, al instante, supusieron lo peor:

—Tu madre, la buena de Sundai, por desgracia, falleció durante el viaje.

—¿Pero cómo, cómo sucedió, cayó enferma o qué pasó?

—Sí, cayó enferma, nadie sabía de qué, pero tenía fiebres altas, que iban y venían, hasta que un día ya no se despertó —relató Narsi, el padre, entre sollozos.

—Debió contraer el paludismo por lo que me cuentas —recapacitó Anjay—. No es raro por la zona por donde transcurre el viaje, y ¿no había más gente enferma?

—Hay, sí, mucha. Muchos murieron y otros no —respondió Narsi.

—Pero los demás, ¿estáis bien, no? —preguntó ahora Mitali, mientras se apresuraban entre todos, y sobre todo Tomaso, a cargar con los bultos y alejarse de allí.

—Estamos bien —contestó Nirmala, la hermana, a quien se le veía muy

delgada y decaída—, pero ha sido un viaje muy largo y pesado, creía que nunca llegaríamos, además, la muerte de madre nos sumió en una gran tristeza.

—Bueno, lo importante es que ya estáis aquí y que ahora os vais a recuperar muy bien, ya lo veréis, os vamos a tratar como a reyes —trató de animar la situación Anjay.

De momento permanecerían todos en casa de los esposos, había sitio de sobra, y luego, ya verían lo que hacían.

A pesar de la tristeza por la muerte de Sundai, la madre, todos estaban contentos de estar juntos y de que la pesadilla vivida en los últimos tiempos, fuera por fin desapareciendo de sus vidas.

Mitali pensó: «por algo habrá sido que no he podido hablar con Anjay», y poco a poco, con los nuevos acontecimientos y el tiempo, se fue sintiendo mejor y decidió con firme propósito no contar nunca más a nadie su sufrimiento.

Eso debía llevarlo él en su corazón, y sufrirlo en silencio. El mismo amor que sentía por Parvani, debía ayudarle a no cometer más estupideces, o así lo pensaba.

En pocos días, los recién llegados se encontraron bastante mejor. Aunque no obstante, Anjay decidió llevarlos a todos al hospital para examinarlos a fondo y someterles a pruebas para comprobar que su salud estaba a la perfección y en orden.

Narsi, que había adelgazado mucho, contó a su hijo toda la aventura vivida en su tierra y como aun habían tenido suerte pues los independentistas, después de arrebatárles todas sus posesiones, habían respetado milagrosamente sus vidas.

Tenían mucha suerte de haberlo podido contar y también suerte por el dinero que habían podido rescatar del escarnio. Muchos de sus amigos y conocidos habían sido ejecutados por los independentistas y otros se habían quedado en la más absoluta ruina.

Pasaría mucho tiempo hasta que a su amado país pudiera volver la normalidad.

—Hermana mía, te veo muy cambiada —le dijo Anjay a Nirmala—, parece que en este tiempo has madurado mucho, te has convertido en una mujer.

—Sí, es verdad —le dijo también Parvani mientras la besaba de nuevo.

—¡Bueno, sí, estoy muy mayor, pero, dejadme en paz! —les dijo Nirmala nerviosa y con la cara roja como un tomate.

Todos se rieron a la fuerza, al final, a pesar de que, de momento, todavía no

tenían muchas ganas de fiestas.

Poco a poco fueron recuperando la alegría, sobre todo Nirmala, que aunque más calmada, volvía a revolucionar toda la casa con su dinamismo.

A Sunila, la enfermera de Anjay de toda la vida, la contrataron en el hospital sin problemas ya que por su valía y su experiencia era una estupenda adquisición.

Además, Anjay personalmente le encargaba, como hacía en su país, que contactara con sus más directos colaboradores de otros países para estar al día en todo lo concerniente a los últimos adelantos médicos.

\*

Toda la familia había acudido por la mañana temprano a realizarse los análisis y las exploraciones necesarias para comprobar que su estado físico, después de todas las penalidades sufridas, era el correcto.

Nirmala, nada más llegar al hospital, vio de lejos a Luca y se sintió de inmediato atraída por él. Le hacía gracia su bigotito diminuto y su pelo engominado hacia atrás, a la moda, típico de aquella ciudad.

Así se lo comentó al oído a Parvani:

—Que gracia el bigotito de Luca y qué guapo es, es tan simpático.

Parvani asintió y las dos se rieron con discreción.

También Luca, nada más verla, se sintió atraído por ella. Le encantaba lo gracioso de su aspecto y su manera de comportarse, tan alegre, aparte de su notoria belleza.

Su alegría y desparpajo contrastaban con la seriedad de su hermano Anjay, y su vestimenta seguía siendo tan graciosa... muy oriental.

Todo ello le daba un toque enigmático y muy atractivo.

La mañana transcurría con tranquilidad en el hospital, todos estaban bastante relajados.

El personal se mostraba extraordinariamente amable con ellos, pues tenían gran aprecio por Anjay y toda la familia disfrutaba con las atenciones.

Además, todos estaban bastante sanos, las exploraciones no mostraban ninguna anomalía de salud importante.

Anjay se dirigía a su despacho a emitir informes, cuando un grito desgarrador, cuyo tono le resultó muy familiar, le distrajo de sus pensamientos y le sobresaltó.

Sin duda, lo reconoció enseguida, se trataba de Sunila que estaba profiriendo gritos de terror. De inmediato se dirigió hacia donde oía que provenían los chillidos y una sorpresa desagradable le esperaba.

En uno de los cuartos donde guardaban el material, Sunila, su enfermera, se encontraba sujeta por detrás por un individuo que enseguida identificó como el viejo conocido, Jon Macarty.

La tenía sujeta por los brazos y la amenazaba con una navaja puesta sobre su cuello.

Anjay pensó enseguida que Sunila le habría sorprendido robando o algo así y no se equivocaba.

Al instante acudieron varios empleados más, incluido Luca que, con buen criterio, decidió una vez comprobada la situación, ir a buscar a Tomaso que también andaba por allí pues había acudido junto a la familia aquella mañana.

Anjay intentando tranquilizar a Macarty e intentando que su enfermera no saliera mal parada, le dijo:

—Jon, ¿qué es lo que quieres? Dímelo y te lo daremos pero no le hagas daño a la enfermera.

Jon se mostraba sudoroso y agitado, su respiración rápida y entrecortada y sus palabras balbuceantes denotaban con claridad su estado.

Con absoluta probabilidad estaba pasando «el mono» a causa de la falta de drogas. Sabían a ciencia cierta que estaba muy enganchado a la cocaína.

—Dadme enseguida alguna droga, sedantes o lo que tengáis, si no mataré a esta zorra.

—Vale, tranquilo Jon —le dijo Anjay—, te lo daremos ahora mismo pero debes calmarte.

Rápidamente Luca trajo varias ampollas de tranquilizantes, preparados para inyectar, a la vez que apareció en escena el hercúleo Tomaso. Jon, cuando lo vio, apretó más a Sunila sobre sí mismo y le acercó más si cabe la navaja al cuello.

—¡Ni se le ocurra a ese acercarse a mí, eh, si no queréis ir de entierro hoy! —les gritó Macarty, sin dejar de mirar a Tomaso y amenazando todavía más a Sunila con la navaja.

Jon alargó la mano para coger las jeringas,ç al tiempo que mantenía la navaja en el cuello de Sunila. Pero esta no pudo más con la tensión e intentó zafarse de su agresor con tan mala fortuna que hizo un movimiento con su cuello hacia delante y casi que ella sola se rasgó las venas.

Al instante comenzó a brotar de su cuerpo una catarata de sangre que lo salpicó todo. Todo el mundo comenzó a gritar y a tratar de socorrer a Sunila.

Jon Macarty, con las jeringas en su mano, aprovechó la confusión para escapar. Tomaso salió tras él pero Jon era más rápido y en poco tiempo le

había cogido una buena ventaja.

Cuando ambos salieron a la calle, la ventaja de Jon era manifiesta, de modo que Tomaso, aunque corría todo lo rápido que podía por las callejuelas por donde se había metido Macarty, pronto le perdió la pista.

En el hospital Sunila era intervenida sin demora en el quirófano. Las heridas eran muy profundas y la cantidad de sangre perdida hizo que la intervención fuera inútil.

Luca salió del quirófano para dar la noticia a todos que esperaban ansiosos, aunque, en realidad y por desgracia ya se imaginaban lo peor.

A los pocos minutos, a pesar del empeño de los cirujanos, Sunila dejaba de respirar.

Todos estaban destrozados ante la experiencia vivida. Parvani y Nirmala, abrazadas, lloraban sin consuelo.

Anjay, todavía con su bata llena de la sangre de Sunila, con las manos sujetándose la cara, sentado en un rincón de la sala, no paraba de darle vueltas a lo que había sucedido, todavía no se lo podía creer.

En su corazón sentía un odio inmenso a Jon Macarty. Era como una terrible pesadilla que de vez en cuando aparecía en sus vidas para dejarles un rastro de dolor. Un dolor sin sentido ni razón que le hacía pensar en la maldad del mundo.

¿Cómo podía haber en el mundo gente tan malvada y tan ruin que solo pasaba por la vida de los demás para herirles en sus más profundos sentimientos?

Sunila, había sido como de la familia y ahora, después de la dolorosa pérdida de la madre, le sucedía la de la amada enfermera.

Pobrecilla, había tenido que hacer un viaje inmensamente largo, para morir en una ciudad extraña para ella.

Los días siguientes fueron muy tristes. Luca visitaba, ahora más frecuentemente, a la familia y todos sabían por qué era.

Luca y Nirmala pasaban muchas horas juntos conversando y contándose con confianza sus problemas, y poco a poco, Nirmala fue recobrando la alegría perdida y ambos comenzaron a disfrutar mucho de su mutua presencia.

El comisario Castrati, tras los nuevos hechos acontecidos, también visitó a Anjay en el hospital para informarle que estaban haciendo todo lo posible para detener a ese criminal.

—Perdone comisario, pero es siempre la misma canción y el único hecho cierto es que ese sujeto sigue en libertad y haciendo de las suyas.

—Doctor Anjay, le aseguro que estamos haciendo lo imposible para detenerlo, incluso han venido varios carabinieri más de otros lugares para reforzarnos y aumentar la zona de búsqueda.

—Cosa que deberían haber hecho hace ya mucho tiempo —le contestó visiblemente enfadado Anjay.

—El problema, perdone que le insista doctor, es que el asesino este posee muy buenos contactos y sabe muy bien donde esconderse —le contestó el comisario Castrati.

—Pues precisamente por eso deben poner más medios para detenerle de una vez, comisario.

Los días pasaron ahora sin más sobresaltos. Luca y Nirmala hicieron oficial su relación amorosa y por fin dieron la noticia esperada desde hacía tiempo: eran formalmente novios y pronto se casarían, aunque no tenían todavía fecha para la boda.

Todos, en general, estaban contentos con la futura boda, aunque Anjay, en su interior, sentía que tal vez fuera demasiado precipitada; Nirmala era todavía muy joven y Luca, aunque parecía de verdad enamorado, seguía teniendo, él lo sabía, unas amistades femeninas un tanto comprometedoras.

Narsi superaba satisfactoriamente su duelo por su mujer Sundai. Poco a poco iba recuperando su voluminoso abdomen y se iba impregnando de su característico olor a especias y a curry lo que demostraba que estaba mucho mejor y que la comida italiana la incorporaba sin ningún problema a la suya propia.

## 5. PARA SIEMPRE

El invierno llegó, y con él el frío que, aunque no era desconocido para la familia, si era bastante más intenso de lo que estaban acostumbrados.

Anjay recibió una invitación formal del alcalde para acudir con todas las autoridades de la ciudad al teatro La Fenice. Eran los carnavales y allí se iba a representar una importante y bella obra de Giuseppe Verdi.

Por su puesto también estaban invitados Luca, como subdirector del hospital civil, y su prometida Nirmala.

Era obligado, por los carnavales que ya se estaban celebrando, acudir por lo menos con máscara, y si alguien quería acudir vestido de época pues mejor. Así rezaba la invitación recibida para cada uno.

Parvani y Nirmala estaban muy ilusionadas y nerviosas, nunca habían visto el carnaval y su curiosidad, sobre todo la ya conocida de Parvani, le superaba.

No obstante, por precaución y dado que se sospechaba que el malvado Jon Macarty podría andar todavía merodeando por la ciudad, les acompañaría, bien atento, Tomaso.

Con suficiente tiempo, se prepararon para acudir al teatro. Por la calle casi todo el mundo, portando sus respectivas máscaras, era un completo desconocido.

Las dos parejas disfrutaron mucho de la ópera, sobre todo las mujeres que portaban sus mejores galas y estaban deslumbrantes. Mientras, Tomaso permanecía vigilante en el exterior.

Una vez terminada la representación operística, que fue un rotundo éxito, las principales autoridades de la ciudad compartieron una recepción y un animado baile.

Anjay no era muy partidario de fiestas aristocráticas pero sabía que a Parvani le encantaban, y Luca y Nirmala también lo estaban pasando colosal.

Lo divertido era que tras las máscaras casi nadie sabía quién era quién. Las

risas y bromas se sucedían al tratar de adivinar las identidades.

Nirmala le comentaba al oído a Parvani:

—Nunca lo había pasado tan bien, al final va a resultar que aún me voy a alegrar de haber dejado nuestro país.

—Seguro, esta es una ciudad sorprendente y apasionante —le contestó también, muy animada, Parvani.

\*

En un momento de la fiesta, alguien se acercó a Parvani aprovechando que se había quedado un momento sola puesto que Anjay se encontraba un poco más alejado conversando con el alcalde.

El misterioso personaje le dijo, tratando de ocultar su verdadera voz, con un timbre extraño:

—Es usted la más hermosa de la fiesta, sin duda. Si quisiera venir conmigo la colmaría de riquezas y le complacería en todo lo que usted quisiera.

A pesar de que trataba de disimular su voz y de la máscara que le tapaba totalmente el rostro, al instante Parvani reconoció a Mitali.

—Pero ¿qué estás diciendo, Mitali? ¿Estás loco? —le interrumpió Parvani mientras le quitaba de un manotazo la máscara.

Anjay, de momento, continuaba ajeno a lo que pasaba a sus espaldas, y los dos novios tampoco se enteraron, muy ocupados en sus risas y devaneos no se percataban de nada.

Mitali, aunque plenamente descubierto, insistió en sus intenciones:

—Parvani, estás más bella que nunca —le dijo mientras la sujetaba por los brazos y trataba de besarla aproximándola bruscamente hacia sí.

—¡Suéltame Mitali, no quiero nada contigo! Por Dios, ¡estás loco! —le gritó Parvani, intentando zafarse de él.

Se oyeron perfectamente los gritos de Parvani, y Anjay se dio cuenta entonces y acudió corriendo, desconcertado, donde ellos, no sabiendo bien que pensar.

Mitali se acercó al recién llegado Anjay y le gritó, frenético:

—¡Tú quieres a Parvani solo para ti y eso no es justo, yo también la amo y mucho más que tú!

Anjay, aunque le costó, acabó dándose cuenta de lo que pasaba y le dijo:

—¡Estás borracho, Mitali! Nunca me hubiera esperado esto de ti —Y acto seguido le propinó un puñetazo en la cara que le hizo rodar por el suelo.

Inmediatamente acudió más gente, entre ellos el comisario Castrati. Mitali se levantó del suelo tambaleándose y sujetándose la cara con la mano, la cual

empezaba a hinchársele ostensiblemente.

—¿Doctor, quiere que lo detengamos ahora mismo? —le dijo Castrati a Anjay.

—No, no será necesario, el señor Mitali ya se marchaba —contestó Anjay mientras se frotaba el puño de su mano derecha enrojecido.

Mitali, con el dedo amenazante dirigiéndolo hacia Anjay y hacia Parvani, les espetó:

—¡Os vais a arrepentir de esto, a mí nadie me trata así, ya nos veremos! Y dando media vuelta, todavía algo tambaleante, desapareció por la puerta del teatro en dirección a la calle.

Anjay abrazó ahora a Parvani que temblaba de arriba abajo y no paraba de llorar y le dijo, todavía muy impactado por los hechos:

—Tranquilízate Parvani, pero ¿tú no sabías nada de esto, o es que me lo has ocultado hasta ahora?

Pero Parvani no dejaba de llorar, solo al cabo de un rato, abrazada a Anjay, le pudo susurrar:

—Yo solo te quiero a ti mi amor.

Los cuatro dieron por terminada la fiesta. Todo el mundo los miraba extrañado pero nadie, sabiendo la reputación y la alta estima de que gozaba ya Anjay en Venecia, se atrevió a decirles ni una palabra.

El alcalde los despidió y también el comisario. Ambos le dijeron a Anjay que podía estar tranquilo, que aquella desagradable situación que habían vivido, sin duda, se trataba de un exceso de alcohol de un mal amigo y no había más que hablar.

Pero lo cierto era que Anjay y Parvani estaban muy afectados. Nunca, en sus más negativos pensamientos, hubieran sospechado que Mitali, a quien conocían desde siempre y consideraban un buen amigo, se hubiera portado así con ellos.

Aunque el amor tenía esas cosas y realmente Mitali debía de estar muy afectado con respecto a lo que sentía por Parvani para actuar de aquella manera. Sin duda habían perdido, probablemente para siempre, a un buen amigo. Pero desde luego no era en absoluto culpa suya.

Nada más salir al exterior se percataron de que el frío era muy intenso y se abrigaron bien. Pero bajo sus pies algo blando y crujiente se notaba. Estaba toda la ciudad de Venecia nevada.

Al principio no se dieron cuenta del hecho, sin duda, todavía impactados por la desagradable aventura vivida.

Pero inmediatamente Nirmala gritó:

—¡Mirad, está todo blanco, ha nevado mientras estábamos dentro!

Todos profirieron una exclamación de admiración al ver nevar tan copiosamente y también al observar la calle totalmente blanca iluminada por las luces del teatro.

Anjay trató de sujetar bien del brazo a Parvani que con sus zapatos de fiesta no andaba muy segura, pero al intentar asistirle fue él quien resbaló y, tras dar una media vuelta en el aire cayó, de culo en medio de un montón de nieve que los empleados del teatro habían ido apartando de la entrada.

No se hizo daño, pero la caída fue muy graciosa y se mojó totalmente el trasero. Ninguno pudo aguantar la risa y así, de paso, todos descargaron la tensión acumulada.

Estuvieron un buen rato riendo, sobre todo Nirmala y Luca, mientras Anjay se levantaba cubierto de nieve y totalmente empapado, parecía, en verdad, con su atuendo de fiesta, un muñeco de nieve que hubiera tomado vida de repente.

Rápidamente Tomaso acudió a ayudarle aunque ya no hizo falta. Anjay solo decía:

—Estoy bien, estoy bien, no ha sido nada. —Pero hasta él mismo acabó riéndose de su acrobática caída.

Nirmala ahora intentó alegrar a su hermano y le lanzó una bola de nieve que, por su mala puntería, acabó impactando en la cara de Tomaso que ni se inmutó. Solo relamió la que le había caído cerca de la boca y siguió su camino, vigilante, tras los pasos de Parvani.

Luca y Nirmala, a corta distancia, volvieron a reírse a carcajadas y así continuaron todo el camino hasta llegar a casa.

No era muy frecuente ver nevar en Venecia pero sí solía hacerlo algunos días al año cuando, en pleno invierno, el aire del norte traía el frío glacial desde los cercanos Alpes.

Toda la ciudad, con sus bellos palacios y sus puentes, con su manto blanco, presentaba un llamativo contraste de colores, y las góndolas cambiaban su negro color y sus asientos rojos, por otro nuevo color, blanco y negro, muy hermoso.

Anjay y Parvani, ya más relajados, pudieron hablar sobre lo sucedido con Mitali. Anjay estaba molesto con Parvani por no haberle dicho nada de los sentimientos confesados por Mitali hacía ya algún tiempo.

—Ahora sé lo que me quería contar Mitali —le dijo Anjay a Parvani—. Aquello que le preocupaba tanto cuando estuvimos en el café y que no pudo

contar pues nos interrumpió la llegada del barco.

—Sí, con seguridad quería hablarte de ello —le dijo Parvani.

—Tal vez debería haberle preguntado más adelante qué es lo que quería contarme, pero se me olvidó —recapacitó en voz alta Anjay.

—No te atormentes mi amor —le contestó Parvani—, probablemente no hubieras solucionado nada, Mitali estaba realmente obsesionado.

—Sí, obsesionado contigo, con tu gracia y tu belleza Parvani —se sinceró ahora Anjay —, y no me extraña —continuó—, pues cada día que pasa estás más hermosa.

Los dos amantes, ya sin pronunciar palabra alguna, sin más reproches, se fundieron en un abrazo amoroso, inmenso, y sus labios se juntaron para compartir su amor, una y otra vez.

Sus cuerpos desnudos se fundieron en uno solo para tratar de demostrarse una vez más mutuamente su amor incondicional y que nadie iba jamás a poder romper.

Durante toda la noche los amantes se fusionaron en un solo ser y gozaron de los placeres de los más altos grados del amor humano posible sobre la tierra.

Y detrás de las nubes, la luna, atenta y envidiosa, no podía más que observarlos, deseando participar algo en ese gran acto de amor, pero impedida esta vez por otros poderes tal vez más potentes que ella misma: el que mandaba las nubes, la lluvia y la nieve.

Los días fueron pasando con languidez y llegó por fin el día de la boda de Luca y Nirmala.

La ceremonia religiosa se iba a celebrar en la bella Iglesia de Santa María de Frari, con su precioso *campanile* de 83 metros de altura y la impresionante pintura de Tiziano en su interior, dedicada a la asunción de la Virgen. Lo habían decidido así los novios y todo el mundo estaba encantado.

Poco antes de la ceremonia, Parvani ayudaba a Nirmala a vestirse con su espléndido vestido de novia.

Estaba realmente hermosa, con un traje precioso con toques orientales, como ella lo había querido, que le daba una gran elegancia y originalidad, y en su frente, justo entre los ojos, se había dibujado el «chakra o tercer ojo», como homenaje a sus creencias, aunque Nirmala había abrazado por amor a su marido la fe cristiana.

Nirmala le dijo al oído a Parvani:

—Menos mal, me queda estupendamente, temía que el embarazo me hubiera estropeado el vestido —y se rió toda nerviosa.

Parvani, al oírlo, instintivamente retrocedió, y su cara, hasta ahora distendida, se mudó en seriedad y preocupación, luego reaccionó.

—¡Pero, Nirmala! —le dijo mientras seguía ajustándole el vestido—, no me habías dicho nada.

—Es que estoy solo de dos meses, espero que nadie sospeche —le dijo Nirmala mientras volvía a reírse.

Parvani se alegraba mucho por Nirmala, pero aquello, sin poder evitarlo, la puso triste. Pensaba que era muy desgraciada y que hasta su querida amiga y hermana, era mucho más afortunada que ella. Sin ningún esfuerzo su hermana se había quedado embarazada, con lo que ella sufría para conseguirlo.

Desde luego, no le diría por el momento nada a Anjay, ni a nadie, solo faltaba eso.

La boda fue extraordinaria. Allí se habían dado cita todas las autoridades de Venecia. Narsi, el padre, estaba feliz de ver casada a su pequeña, y durante toda la ceremonia no pudo reprimir sus lágrimas. Con su abultado vientre y su vestido de llamativos colores, al estilo oriental, aparecía siempre, sin remedio, por en medio de toda la ceremonia.

Tras una succulenta y abundante cena en el mejor local de Venecia, el animado y ostentoso baile se prolongó durante varias horas.

Ya al final, Nirmala deleitó a todos los presentes con una danza típica de su tierra ya que, como era costumbre en su país entre la gente acomodada, ella la había estudiado, entre otras muchas cosas. Y así, su gracia y su elegancia dejó con la boca abierta a todos los asistentes.

Al final, el alcalde se acercó a los novios y les dijo:

—Ha sido una boda fantástica, la recordaré siempre, y como colofón, ese baile cautivador de usted. Ha sido memorable, podría dedicarse si lo quisiera, con gran éxito, a la danza, no me cabe la menor duda.

—Muchas gracias, señor alcalde —le contestó Luca—, pero de momento, Nirmala se dedicará a cuidarme a mí y a mis hijos —respondió con una risita Luca—. Aunque, también puede danzar cuando quiera, para mí, claro, pero no públicamente, y volvió a reírse.

Nirmala se puso algo seria, esa respuesta no se la esperaba de Luca. Aunque se le pasó pronto y pensó que luego, con más tranquilidad, hablaría con su marido del tema, y pronto volvió a reír y a divertirse con todo el mundo.

Ente los invitados, Anjay se dio cuenta enseguida de que había un personaje que no conocía y que andaba siempre con el alcalde y su séquito. Era alguien,

sin duda, importante.

El alcalde se acercó a Anjay, aprovechando que también se encontraba a su lado Luca. Junto al alcalde, se acercó también el extraño personaje.

—Doctores... —empezó a hablar el alcalde, como solía hacer, como si comenzara a dar un discurso—, les presento a una persona muy importante que va a ser, sin duda, un pilar fundamental en esta nuestra sociedad. El nuevo comisario, Giulio Manfredi.

El nuevo comisario, en contraposición al destituido Castrati, era un hombre bastante joven y alto, muy delgado, con una prominente nariz y un aspecto, desde luego, avisado.

Anjay y Luca, uno tras otro, le tendieron la mano, y enseguida notaron que a pesar de su delgadez era un hombre fuerte y decidido.

La fuerte presión de su mano la siguieron notando durante un buen rato más.

El nuevo comisario habló sin reparos:

—Es un placer conocerles a los dos y debo comunicarles que desde el primer momento de mi toma de posesión, que será mañana mismo, voy a dedicarme en cuerpo y alma a perseguir a ese criminal que ustedes ya conocen y que lleva burlándose de la justicia tanto tiempo.

—Se refiere usted a Jon Macarty, ¿no? —le interrumpió Anjay.

—Desde luego, pueden estar ustedes seguros de que el tal Jon Macarty, pronto estará entre rejas.

—Pues se lo agradeceremos mucho señor comisario —volvió a hablar Anjay—, realmente nos ha causado mucho daño.

—Tengo entendido que el tal Macarty antes no era así, ¿no? Que antes era una persona bastante normal —habló el alcalde, ahora.

—Sí, es cierto, pero el alcohol y las drogas lo han cambiado, y mucho, para convertirlo, por desgracia, en un asesino —dijo Anjay.

La boda por fin terminó y todos los asistentes, aunque cansados, se mostraron muy satisfechos con la celebración, y Nirmala y Luca se retiraron, en cuanto pudieron, a su nuevo domicilio.

El embarazo de Nirmala, sin más contratiempos, continuaba adelante, y Parvani no podía evitar el sentirse desgraciada.

Anjay, más conformado ahora que ella, trataba de consolarla:

—Parvani, ¿no te es suficiente nuestro amor? No estés triste, buscaremos otra solución.

Pero Parvani seguía triste, no lo podía evitar, cada vez que veía a Nirmala, sí, se alegraba por ella, pero su corazón entristecía a la vez.

Una mañana espléndida de primavera, en que el sol comenzaba a calentar, como era típico allí, al mediodía, Anjay recibió una visita en su despacho. Luca apareció acompañado de una mujer.

La mujer esperó en la puerta y Luca entró solo para comentarle el caso. Anjay la vio fuera y en un principio no la reconoció, pero luego cayó en la cuenta de quien era.

—Esta señora, la Obdulia, a quien recordarás, ha insistido en venir a verte —habló Luca—, le he preguntado qué quería, pero me ha respondido que solo te lo diría a ti en persona.

—Está bien Luca, no te preocupes, hablaré con ella, pero tú, si puedes, quédate también, no sé por qué pero presiento que será mejor que seas testigo de lo que me tenga que decir.

—Desde luego, Anjay —contestó Luca mientras abría la puerta y la Obdulia entraba en el despacho.

—Señor, yo, pues, verá... resulta que, sabe usted que la vida está muy dura y yo, pues... —comenzó a hablar Obdulia, a quien se veía muy nerviosa, raro para como era ella, y meciendo sin parar al bebé de pocas semanas que llevaba en su regazo.

—Tranquila, Obdulia, habla sin reparos —le dijo ahora Anjay tratando de que por fin se aclarara.

—Pues que quiero darle yo a este niño para usted, para que me lo críen bien —le dijo por fin la Obdulia, y de una vez, como si con un esfuerzo final hubiera vuelto a parir.

Anjay y Luca se quedaron por un momento petrificados, aunque en seguida Anjay reaccionó y tomó las riendas de la situación:

—Pero Obdulia, ¿tú sabes lo que significa eso? ¿Te lo has pensado bien?

—Sí señor, que este es ya el quinto niño que tengo y mi Francesco, pues no trabaja mucho, ¿sabe? Así que no me lo puedo mantener a este, ya.

—Está bien, lo hablaré con mi mujer y mañana mismo, a esta misma hora, le daré una respuesta —le contestó todavía algo confuso Anjay—, pero tiene usted que saber que tendrá que firmar unos papeles oficiales, como que renuncia a su hijo, hay que hacerlo todo legalmente.

Obdulia se despidió de ellos, asintiendo con la cabeza y le cogió la mano a Anjay con intención de besarla aunque él no lo permitió y la retiró enseguida.

Luca, una vez estuvieron solos, le comentó:

—Anjay, creo que es una buena oportunidad para que adoptéis un niño. Aprovechando que lo ha traído, lo he examinado a fondo y está bastante sano,

aunque parece algo enclenque, seguramente no está bien alimentado, pero eso tiene fácil solución y creo que Parvani, dadas las circunstancias, lo aceptará gustosa.

—Sí Luca, pero yo deseaba tanto tener un descendiente de mi sangre que me cuesta tomar esa decisión —contestó Anjay—. Por otro lado, Parvani está tan triste que tal vez acceda y todo cambie. Lo hablaré con ella.

Nada más llegar a casa Anjay comentó con Parvani las nuevas noticias y ella enseguida se alegró:

—Yo creo que me gustaría mucho tener un hijo aunque fuera adoptado, pero lo que tú decidas estará bien —le contestó con su sencillez habitual, Parvani.

—Entonces no hay más que hablar. Si tú estás de acuerdo mañana mismo firmaré los papeles para la adopción, amor mío —concluyó la conversación Anjay.

Por la noche, muy juntos como siempre, los esposos se notaban raros. Anjay estaba algo triste y sentía que Parvani también.

Al cabo de un rato Anjay la oyó llorar y enseguida la abrazó.

No cabía duda de que era un apaño a su problema, pero no lo que llevaban tanto tiempo esperando y por lo que habían luchado tanto. Pero tal vez aquella fuera la única solución.

Estaba decidido, era un mal menor y Anjay pensaba que con el tiempo, como solía pasar en esos casos, lo querrían como a un hijo propio.

La luna, aquella noche rara de sentimientos contradictorios, no andaba por allí para consolarlos ni para mostrar su esplendor. No podía aparecer plena todavía, no podía ni alegrarse ni mostrar ningún efecto. Pero su tiempo, sin duda, llegaría pronto.

En cuanto Obdulia firmó con una cruz los papeles de la adopción y recibió gustosa un buen fajo de billetes que Anjay le ofreció, por los gastos generados por el niño hasta la fecha y que ella no rechazó, el niño se lo llevaron a Parvani que estaba esperando en el despacho de Luca.

Parvani estaba bastante nerviosa, y esperaba ansiosa, junto a Nirmala, que ya presentaba un embarazo avanzado, conocer a su hijo adoptivo.

El niño no era muy agraciado pero el instinto maternal de las dos mujeres salió a la luz y, nada más verlo, le sonrieron y le acunaron.

Rápidamente le prepararon un biberón con leche del banco de leche del hospital donada por madres que habían dado a luz no hacía muchas fechas, entre ellas la misma Obdulia, y el niño pareció recuperar el color e incluso emitió al final una leve sonrisa.

—¿Y, cómo se llama el niño? —preguntó Nirmala—. Le han puesto Ovidio, pero la verdad es que es un nombre horrible —le contestó Parvani—. A mí me gusta Oscar.

—Qué bonito, Oscar, suena bien —le contestó Nirmala y ambas se rieron con nerviosismo.

Permanecieron un buen rato llamándole por su nuevo nombre e intentando sacarle una sonrisa, pero la verdad es que Oscar no era muy simpático, aunque Parvani comenzó rápidamente a tomarle cariño.

Los días siguientes fueron poco a poco más felices para Anjay y Parvani. Por fin podían presumir de descendencia, aunque fuera adoptada. Paulatinamente fueron adaptándose a la nueva situación.

Aunque el niño era en verdad muy llorón y les daba unas noches muy moviditas, ellos estaban bastante felices. Todas las mañanas Parvani acudía al hospital para recoger la ración de leche destinada a su bebé. Luego le daba el biberón con mucho cariño y Oscar se tomaba lo que le apetecía, que muchas veces no era demasiado, ya que le costaba bastante comer.

También Nirmala, tras un parto bastante fácil para ser primeriza, dio a luz a una preciosa niña, Alessia, que se le parecía mucho y era muy guapa. Una mezcla de los dos padres, decían unos, o más bien, era toda su madre, aseguraban otros.

Alessia, con un peso de más de tres kilos, en cuanto vio la luz, pidió de comer, y su madre, muy feliz por la niña, aunque bastante dolorida, la amamantó de inmediato.

Las buenas aptitudes de la recién nacida presagiaban que sería una niña sana, con buen apetito y sin grandes problemas.

Estaban muy contentos con la pequeña, tanto Nirmala como su padre Luca, a quien Nirmala había puesto ya en su sitio y él, realmente asustado por las quejas sobre su comportamiento, intentaba ser más comprensivo y colaborar en todo lo que ella le pedía.

Nirmala estaba contenta con el cambio de actitud de su marido, realmente lo estaba enderezando, o eso pensaba ella.

Definitivamente, estaban intentando, y consiguiendo, integrarse totalmente en la sociedad veneciana. Prueba de ello eran los nombres que habían elegido para sus hijos, claramente italianos.

Como decía Parvani, no habían renunciado a sus orígenes, en absoluto, pero sus hijos, sin duda, eran italianos y habían adoptado para sí todo lo bueno que se iban encontrando en aquel extraordinario país.

Las dos amigas, aprovechando el buen tiempo primaveral, todas las mañanas daban largos paseos con sus bebés, bien guapos y con sus trajecitos de volantes, por las principales plazas y calles de su ciudad.

Estaban, en verdad, muy felices con la nueva vida que el destino les había deparado.

Nirmala, una mañana, cuando vio de lejos a su amiga Parvani empujando el carrito de su bebé y acercándose a ella, reparó en un detalle que hasta entonces le había pasado desapercibido.

—¿Parvani, has engordado bastante, no? —le dijo nada más verla.

—Sí, ¿te has dado cuenta? —le contestó Parvani—, además tengo un hambre atroz, si no me reprimiera me pasaría el día comiendo. Lo mejor, sin duda, es que apenas tengo náuseas, esta vez espero que eso sea un buen augurio.

Su hermana se quedó en un primer momento paralizada, luego reaccionó:

—Pero Parvani, eso significa...

—Sí, que casi seguro que estoy embarazada —le contestó, interrumpiéndola Parvani.

—Bueno, pues eso es bueno, ¿no? —le contestó Nirmala, no muy segura de lo que decía.

—Pues, no lo sé, Nirmala. Me hace ilusión, como siempre, pero a la vez me da un miedo espantoso, llevo ya tantos abortos que no sé qué pensar.

—¿Anjay lo sabe? ¿Qué opina? —le preguntó su amiga.

—No, no se lo he dicho, no me atrevo. La última vez lo pasó tan mal que me da terror el decírselo —contestó Parvani, con voz afectada—. Lo que me extraña es que no se haya dado cuenta todavía, claro que está muy ocupado últimamente con su trabajo.

—¿Y a ti, como te va la relación con Luca? —Parvani se animó, dadas las circunstancias, a hablar esa mañana en un tono más serio que de costumbre, que solía ser muy trivial.

—Pues, bien,... bueno, Luca está siempre muy ocupado con su trabajo, ya sabes, así es que últimamente hablamos poco.

—Quieres decir que os relacionáis poco, ¿no? —le dijo Parvani—, incluyendo las relaciones sexuales, ¿no?

—Pues sí, es cierto, eso también incluido —le contestó Nirmala, algo sorprendida por la pregunta—. Es que me da miedo volver a quedarme embarazada, la verdad —se sinceró Nirmala con su amiga, mientras continuaban su largo paseo empujando ambas sus carritos y con los bebés

plácidamente dormidos, sin molestar.

—Eso es muy peligroso, Nirmala, el hombre necesita mucho de esa relación y no puedes privarle de ella, ¿pero él te la pide?

—Sí, claro, casi todos los días, aunque últimamente menos, parece que se ha conformado —le contestó Nirmala, con un tono un poco triunfalista.

—No te fies —le dijo Parvani—, en eso los hombres no se conforman, yo hablaría con él e intentaría encontrar una solución.

Ambas amigas continuaron durante un buen rato más su largo paseo. Parvani se quedó bastante preocupada al conocer los detalles de la convivencia de sus amigos, pero no era para ella un problema directo, en cualquier caso, lo hablaría con Anjay, él sabría si había que hacer algo al respecto o no.

\*

Ya se dirigían ambas hacia sus respectivos domicilios de regreso, cuando vieron de lejos a Tomaso corriendo en dirección hacia ellas.

Normalmente nunca las perdía de vista, las vigilaba, sí, pero con discreción, por su seguridad. Pero hoy era extraño, se aproximaba hacia ellas muy rápido.

Poco antes de llegar donde estaban Tomaso le gritó a Parvani con tono asustado:

—¡Señora, señora, su suegro... está muy mal!

—¿Qué le pasa, le ha sucedido algo? —le dijo Parvani, asustada y con la voz entrecortada.

—Dice que se encuentra muy mal, que le duele delante —le contestó Tomaso señalándose el pecho.

Inmediatamente se dirigieron hacia su casa y Parvani con sensatez le dijo:

—Creo que lo mejor será que te adelantes y que lo bajes en brazos y lo lledes hacia el hospital. Nosotras vamos también para allá.

Tomaso obedeció al instante y enseguida lo perdieron de vista.

Anjay estaba pasando consulta por las salas del hospital cuando le avisó una enfermera: «Doctor, han traído a su padre enfermo, está en urgencias».

Se dirigió hacia allí presuroso pero confiado en que, como otras veces, al bueno de Narsi le habría dado una indigestión o algo parecido pues solía comer demasiado.

Pero esta vez, nada más verle la cara, Anjay supo que se trataba de algo más grave. Narsi había sufrido un ataque al corazón.

Todo el mundo corría de un lado a otro intentando reanimarle. Las enfermeras, los médicos de urgencias y ahora también Anjay, que trataba

además, sin éxito, de encontrar a Luca, pero este había desaparecido.

Tras varias horas de esforzado trabajo consiguieron por fin estabilizar a Narsi, pero su estado era muy grave. Permanecía el pobre todo lleno de tubos y de cables, aunque de momento le habían salvado la vida.

Anjay, con la situación ya más calmada, decidió subir al despacho de Luca a buscarlo, ya que seguía desaparecido.

Llamó a la puerta y en un primer momento no oyó nada, luego, forzó la puerta para entrar y se detuvo ya que fue desde dentro por donde se abrió, apareciendo por sorpresa Patrizia, la rubia y voluptuosa enfermera de sala, con los pelos revueltos y arreglándose la bata.

Tras ella se dejó ver también Luca, con la cara congestionada, echándose el pelo para atrás y abotonándose.

Al ver a Anjay en la puerta palideció y no supo qué decir en un primer momento, luego, tartamudeando intentó aclarar la situación.

—Esto, es que, resulta... que había venido para hablar de un caso.

Anjay le interrumpió con brusquedad:

—¡Cállate, Luca!, no intentes engañarme, estás haciendo el ridículo aún más.

Al final, Luca se sentó en una silla dejándose caer, como si se desplomara.

—Lo siento Anjay, pero las cosas no van nada bien con tu hermana. Sé que no tengo excusa, pero si puedes escucharme un momento te lo explicaré.

Anjay oyó con paciencia, aunque con cara de pocos amigos, las explicaciones que Luca le quiso dar sobre su estado de ánimo y sobre las frustrantes relaciones que mantenía con su hermana...

—Pero eso no te da derecho a engañar a Nirmala —le dijo Anjay claramente disgustado—. No tienes excusa que valga, si había problemas entre vosotros podrías habérmelo dicho o haber intentado solucionarlo de otra manera, pero esto, esto es lo último que yo me esperaba de ti.

—Pero, en realidad no ha pasado nada Anjay, esa chica no significa nada para mí, ha sido solo un «calentón» sin importancia. Pero, por favor, no le digas nada a Nirmala, te juro que no volverá a ocurrir.

Anjay permaneció pensativo un momento, tenía el presentimiento de que Luca le estaba mintiendo y que Patrizia era algo más que un simple desahogo para él.

Al final dejaron el asunto pendiente y bajaron con rapidez a ver el estado de su padre. Anjay quería que Luca se ocupara de él, pues era el más indicado del hospital para tratar problemas cardíacos.

Anjay estaba muy afectado por la enfermedad de su padre y Parvani y Nirmala también, aunque todos trataban de consolarse y de darse ánimos en la medida que podían.

Su estado de salud seguía muy grave y aquella noche Luca, en un gesto que le honraba, se había ofrecido voluntario para estar toda la noche con él e intentar mejorar su estado. Anjay también, dado el estado tan grave en que se encontraba, junto a Luca, le velaría toda la noche.

Luca podía ser un tanto mujeriego y peculiar, pero no cabía duda de que era un médico vocacional extraordinario.

Parvani contó a Anjay la conversación que mantuviera esa misma mañana con Nirmala y a su vez Anjay le contó como lo había sorprendido con Patrizia en su despacho.

La cosa no pintaba bien pero de momento esperarían nuevos acontecimientos. Ambos cónyuges les habían asegurado que tratarían de solucionar su problema. Tampoco querían involucrarse más, aunque podían ayudarles sus consejos, al fin y al cabo debían resolverlo ellos mismos.

A la mañana siguiente, muy temprano, en el hospital, Anjay por desgracia fue testigo de la muerte de su padre. Narsi no había recobrado la conciencia en ningún momento, por lo que Anjay estaba aún más afectado si cabe, pues no había podido despedirse de él como le hubiera gustado.

Lloraron todos juntos dispuestos alrededor de la cama de Narsi, y Parvani le dijo a su marido, abrazándole y sollozando:

—Ahora ya está junto a su amada Sundai. Descansarán los dos juntos para siempre.

Nirmala también, como era lógico, estaba muy afectada y no paraba de llorar sin consuelo, aunque la presencia familiar la reconfortaba.

—Es curioso —recapacitó Anjay en voz alta mientras se enjugaba las lágrimas—, de los cuatro que vinisteis solo quedas tú, Nirmala, la vida es así, unos mueren y otros nacen, también tenemos dos nuevos miembros en nuestra familia.

Trataban de consolarse mutuamente cuando un personaje inesperado apareció por la puerta de la habitación. De repente, estaba ante ellos Mitali.

Parvani, que era la más cercana a la puerta, nada más verlo, retrocedió y se acercó a Anjay, y todos los demás mudaron su semblante a un tono de mucha más tensión.

—No podía dejar de venir a ver a Narsi en cuanto me he enterado, pero, por lo que veo, he llegado tarde —dijo Mitali, en un tono amable y triste a la vez,

mientras se aproximaba a la cama de su amigo.

—¿Qué es lo que pretendes Mitali? ¿Vienes a reírte de nosotros? —le dijo Anjay muy serio y desconfiando todavía de sus palabras.

—Nada, no pretendo nada, de verdad, y entiendo vuestras reservas para conmigo —continuó hablando Mitali, en tono conciliador—, pero os aseguro que estoy muy arrepentido de lo que pasó en los carnavales y quiero pedir os disculpas, de verdad.

—Está bien —le contestó Anjay, pero comprenderás que no podemos estar muy contentos con tu actitud y con tus hechos.

—Sí, lo entiendo, pero aceptarás que tú te excediste también conmigo al agredirme de aquella forma.

—Bueno, si has venido a pedir explicaciones, no es el mejor momento, y además, no tengo nada más que decirte —le contestó Anjay tajante.

—No, de verdad, con toda sinceridad, he venido a ver a Narsi y a pedir os que olvidemos lo que sucedió, si queréis. No deseo seguir así, sin disfrutar en adelante de vuestra amistad, como antaño. Os aseguro, y vosotros lo sabéis, que ha sido muy importante para mí. Además os he hecho mucho de menos. Os juro que no volveré a molestar a Parvani nunca más.

Los presentes no sabían qué pensar y menos envueltos en el dolor que sentían en aquellos momentos por la muerte del padre.

Desconfiaban todavía de las verdaderas intenciones de Mitali, pero a la vez, en lo profundo de su corazón, deseaban una reconciliación.

Parvani era la que más desconfiada estaba. Ella era la que había oído de primera mano la declaración amorosa que le profiriera Mitali en su día, y sabía que, en un hombre, esos sentimientos no se difuminaban así como así.

En cualquier caso tendrían que pasar primero el duelo por Narsi y superar su pérdida y hasta entonces a ninguno le apetecía enfrentarse de nuevo con los demás problemas que, desde luego, seguirían allí.

A Mitali no lo iban a rechazar de nuevo. En verdad había sido un buen amigo y les había ayudado mucho cuando lo habían necesitado en un tiempo no muy lejano y, en el fondo, todos deseaban la reconciliación. Y desde luego, ante el dolor por la pérdida, todos estaban muy susceptibles.

Durante el funeral por Nasri y los días siguientes, Mitali siempre andaba por allí. Todos, pero sobre todo Parvani, se mantenían todavía a cierta distancia de él.

El verano, caluroso, se mostraba ya en su pleno apogeo. Luca y Nirmala parecía que estaban mejor.

No discutían, nunca lo habían hecho, aunque eso tampoco era en absoluto una buena señal.

Las verdaderas relaciones amorosas están compuestas por un poco de todo. Amor y odio, reconciliación y discusión y era evidente que a ellos les faltaban muchas de ellas.

Anjay propuso irse los cuatro a pasar unos días de descanso veraniego a la playa del Lido. Pensó que les vendría muy bien a todos, sobre todo después de las desagradables experiencias vividas con las muertes de Sunila, la enfermera, y de Narsi, el padre.

Y especialmente, pensaba, podría ser un buen revulsivo para Nirmala y Luca.

Parvani le pudo asegurar ya definitivamente a Anjay lo de su embarazo aunque él ya lo sabía a la perfección, pero lo hablaron y ella pudo comprobar que Anjay estaba, por sorpresa, muy tranquilo con el tema.

En el hotel lo pasaron muy bien y disfrutaron del mar, dentro y fuera de él, de la estupenda comida y de las extraordinarias vistas.

Esta vez Parvani se reía a gusto con Nirmala compartiendo los comentarios sobre las señoras con sus enormes sombreros y sus ridículos perritos y los niños maleducados que desobedecían a sus madres y se burlaban de ellas.

Anjay y Luca hablaban largo y tendido, sobre medicina en particular, sobre sus ideas con respecto al hospital y sobre la vida en general.

A los niños se les veía muy a gusto y bien atendidos por las nodrizas, aunque Oscar seguía siendo un niño bastante enclenque que de vez en cuando enfermaba y que seguía comiendo con dificultad.

Alessia, a pesar de ser niña y de menor edad, ya era notoriamente más grande que él.

Una tarde, ya casi de noche, cuando estaban llegando al hotel tras un largo y refrescante paseo por la orilla del mar, algo les sacó de su tranquilidad.

Oyeron gritos, no muy lejos, y fuertes ruidos, como de detonaciones. Todos se asustaron y trataron de proteger a los niños.

Tomaso se aproximó inmediatamente a Parvani y a Oscar y enseguida intentó averiguar lo que sucedía para ponerlos a todos a salvo. Pero los ruidos de disparos y los gritos cada vez se oían más cerca.

Presos del pánico se refugiaron en una de las próximas y múltiples casetas de la playa que servían para guardar las pertenencias de los que hasta allí se dirigían a disfrutar de ella por el día.

Allí estuvieron un buen rato, tratando de que no se notara demasiado su

presencia, pero eran demasiada gente y los niños asustados no paraban de llorar.

Tomaso guardaba la entrada cuando por la puerta entreabierta y aún con la escasa luz exterior, se divisó un objeto metálico y brillante. Jon Macarty apareció entonces, empujando con brusquedad la puerta, como la pesadilla hecha realidad que perseguía en sueños tan a menudo a Anjay.

Amenazándolos con una pistola, allí estaba, como un ser demoníaco que les persiguiera intermitentemente y que se les hubiera vuelto a aparecer una vez más como un fantasma:

—¡Atrás, no os acerquéis a mí! —les gritó Macarty fatigado y sudoroso, y les apuntó a todos con la pistola; todos retrocedieron, aún más si cabe, apretujándose contra el fondo de la caseta.

Entonces Tomaso, instintivamente, saltó sobre él, pero Jon era diestro con las armas y le dio tiempo de sobra para descerrajarle un disparo en el pecho.

El criado cayó redondo al suelo sangrando profusamente.

—¡Os he dicho que os estéis quietos! —les gritó el malvado Jon al tiempo que cogía por los pelos a Nirmala y la aproximaba hacia sí apuntándole en la cabeza con la pistola. Nirmala profirió un grito aterrador.

—Si no os movéis y me dejáis ir no le pasará nada, si no, mataré a otro — exclamó mientras se retiraba, siempre apuntándole con la pistola en la cabeza.

Todos pudieron oír los llantos y gemidos de Nirmala alejándose en la oscuridad y aterrados, al tiempo que salían, se tropezaron con el comisario Gulio Manfredi.

—¿Están ustedes todos bien? —les gritó al verlos en la penumbra.

—No —gritó Anjay—, se ha llevado a mi hermana como rehén y ha disparado a mi criado.

El comisario, en un momento, se percató de la situación y dijo:

—¿Hacia dónde ha ido?

—Hacia allá —le señaló con el dedo Anjay, y al instante pudieron verle correr en la dirección apuntada, seguido por tres o cuatro carabinieri bien armados.

En la caseta el llanto y el miedo se mezclaban con la sangre y los gemidos de Tomaso que seguía en el suelo.

Anjay trató de poner orden indicando a Luca y a Parvani que se dirigieran con los niños, sin perder tiempo, hacia el hotel. Pero Luca, presa del pánico, prefirió quedarse. No quería irse solo sin Anjay así que atendieron entre los dos a Tomaso.

Luca argumentó que, por si aparecía de nuevo por allí con Nirmala el malvado Jon, mejor sería que estuvieran juntos.

Anjay se extrañó un poco de la actitud de Luca pero no era momento de discusiones así que, entre los dos, le examinaron y luego con suma cautela reemprendieron todos la vuelta al hotel.

Todos, como era lógico estaban muy afectados. Parvani estaba temblando de arriba abajo.

Estaban muy preocupados por Nirmala y en su interior, cada uno, no cesaba de rezar todo lo que se le ocurría para que no le sucediera nada malo.

Anjay avisó al director de hotel para que acudieran varios empleados y trajeran a Tomaso allí y poder así atenderlo mejor.

Luca le acompañaba sin querer separarse de él. La bala tal como había entrado, había salido, pero le había perforado un pulmón. Era grave.

Lo mejor, pensaron, sería trasladarlo al hospital para operarlo.

Una vez taponada lo mejor posible la herida para que no siguiera sangrando, lo trasladaron al hospital con rapidez. Allí lo operarían de urgencia. Afortunadamente, Tomaso era muy fuerte y confiaban en que sobreviviera.

—Este desgraciado nos tiene siempre que amargar la vida —dijo Anjay, tapándose la cara con las dos manos y en un tono que expresaba una rabia extrema.

—Esperemos que no le haga nada a Nirmala, por Dios, Anjay —exclamó Parvani con un hilo de voz, totalmente angustiada.

Mientras tanto, Luca, permanecía distante, como obnubilado y abstraído ante unos acontecimientos que, sin duda como a todos, le superaban.

Deseaban con todas sus fuerzas que no se oyeran más disparos, eso podría ser muy peligroso para la integridad de Nirmala.

Pero, por desgracia, se oyeron nuevas detonaciones, dos o tres, y luego el silencio. Un silencio intenso y sepulcral.

Parvani, aterrada, comenzó de nuevo a llorar y Anjay permaneció con una expresión de pavor intenso en su rostro, inmóvil, esforzándose al máximo, tratando de oír algún sonido más.

Luego, durante bastantes minutos, que se les hicieron eternos, no pasó nada.

La gente del hotel, conocedora de lo sucedido, permanecía en silencio, asustada, intentando molestar lo menos posible, hasta los niños estaban muy callados.

Luego el director, con amabilidad, se acercó a ellos:

—Desean ustedes tomar algo, tal vez un té u otra infusión, les vendría bien, les podría reconfortar...

Anjay en tono muy irritado le dijo:

—¿Ustedes no sabían que este individuo andaba por aquí?

—Esto... realmente sí, el comisario nos dijo que le estaban siguiendo la pista por estos lugares cuando denunciarnos unos robos cometidos hacía unos días en el hotel.

—¿Y no podían habernos puesto sobre aviso? Son ustedes unos incompetentes, señor —le dijo, interrumpiéndolo Anjay, muy enfadado.

—Perdone, señor, nosotros solo dimos cuenta a la comisaría cercana de los robos que se estaban produciendo, pero no sabíamos nada de que fueran obra de ese hombre tan peligroso —le contestó el director con el rostro enrojecido y visiblemente afectado.

—Déjalo, Anjay —intervino Parvani—, tampoco es culpa suya, esto no era previsible para nadie.

De repente, otra detonación, esta más alejada, los sacó de su discusión y luego, otra vez el silencio.

El tiempo pasaba lentísimo sin que nada se notara, ni una hoja se movía, ni un pájaro emitía el menor ruido, en absoluto silencio. Anjay oía solamente el latido potente de su corazón desbocado.

En el hall del hotel solo quedaban ellos y el personal del turno de noche. El director había desaparecido discretamente de escena.

Luca seguía como ausente, abstraído, sin saber qué hacer ni qué decir, inmóvil, sin mostrar en su rostro, en contraposición con los esposos, ninguna expresión, con la mirada perdida en el infinito.

Anjay y Parvani estaban muy juntos, con sus manos sudorosas entrelazadas, con su respiración agitada y acompasada. De vez en cuando los labios de ambos se movían intermitentemente, en silencio, con seguridad estaban rezando todo lo que sabían.

De repente la puerta del hall del hotel se abrió de par en par y apareció el comisario Gulio Manfredi sujetando por la cintura a Nirmala, que andaba titubeante, con los cabellos totalmente desordenados, de manera que no se le veía ni la cara.

De un brinco Anjay y Parvani se levantaron y se dirigieron, con una mirada todavía de terror, hacia ellos. Luca, se levantó también, aunque con más lentitud y se dirigió asimismo hacia la puerta.

Anjay, antes de llegar a ellos les gritó:

—¡Nirmala!, ¿estás bien?

El comisario, se apresuró a decir:

—Tranquilos, parece que se encuentra bien, no se preocupen.

Anjay ahora se hizo cargo de su hermana, sujetándola él mismo por la cintura y sentándola en una silla del hall. Su aspecto no era demasiado malo aunque si parecía agotada y extasiada.

—¿Estás herida o te ha hecho algún daño? —le preguntó Parvani, pero Nirmala no contestó. Solo comenzó a llorar con amargura y a gemir sin decir palabra.

Entonces el comisario se acercó a ellos y les dijo:

—Lo cercamos y a pesar de que él nos disparaba de vez en cuando, pudimos verlo de cerca.

—¿Pero le hizo algo a mi hermana? —insistió Anjay.

—Creo que no, no parece tener ninguna herida, solo el shock propio de lo que ha vivido. Pero se recuperará poco a poco, he visto muchos casos como este, solo deben darle su apoyo y esperar.

—¿Y cómo la liberaron de ese asesino? —continuó Anjay.

—Al final lo teníamos bien acorralado, él estaba tras un árbol, sujetando a Nirmala frente a sí, y en un descuido lo tuve a tiro y disparé de modo que la bala le dio en la cabeza.

—¿Entonces, está muerto? —pregunto Anjay.

—No, la bala no le dio de lleno, aunque le hizo una buena herida en la frente, cayó al suelo y nos dio tiempo suficiente para desarmarle y rescatar a su hermana —dijo el comisario.

—Y ahora, ¿dónde está? —preguntó con preocupación Parvani.

—No, pueden estar tranquilos, lo detuvimos y se lo han llevado a la comisaría. Allí ya lo curarán, la herida no le podría decir si era muy grave o no, pero sangraba bastante.

—Perdone que le diga comisario, pero, tengan mucho cuidado con él, es un experto en fugas, no quisiera que volviera a escaparse —le dijo Anjay visiblemente preocupado.

—Perdone usted, doctor, pero a mí no me tiene que decir cómo hacer mi trabajo, este señor no volverá a escaparse, se lo aseguro —contestó el comisario con su ya conocido aire de superioridad.

Mientras tanto, Parvani se había hecho cargo de su amiga. Le hablaba dulcemente al oído, diciéndole que ya había pasado todo, que se tranquilizara, pero Nirmala, todavía muy afectada, solo hacía que llorar y llorar.

Luca se mantenía cerca pero no decía ni una palabra. Seguía como ausente, como si aquello no fuera con él.

Al final, Anjay se le acercó y en un tono recriminatorio, aunque en voz bastante baja, le dijo:

—¿Se puede saber qué es lo que te pasa, Luca? Tu mujer te necesita, ve enseguida a consolarla.

Luca se acercó y Parvani, entonces, se alejó un poco, pero Nirmala comenzó de nuevo a llorar más fuerte y cogió de nuevo la mano de Parvani rechazando abiertamente a Luca.

Al final, Nirmala y Parvani durmieron en la misma habitación, pues Nirmala no quería, bajo ningún concepto, separarse de su amiga.

Antes de retirarse, Parvani, con educación, se dirigió al comisario:

—Le estamos muy agradecidos por habernos devuelto sana y salva a nuestra hermana Nirmala.

El comisario hizo un gesto de aprobación, bajando levemente la cabeza y cerrando los ojos.

Luego Anjay también le estrechó la mano como señal de agradecimiento.

Luca permanecía sentado en un rincón del hotel, como hasta entonces, ajeno a todo y abstraído en sus pensamientos.

A Anjay no le atraía nada la idea de dormir solo, sin Parvani a su lado, le costaba mucho amoldarse a esa situación, y más cuando pensaba que Parvani estaba a pocos metros de él, en la habitación contigua. Pero lo entendía. Era lo mejor para que Nirmala se recuperara cuanto antes de su shock.

Por lo menos no había tenido que compartir la habitación con Luca, de hecho no había aparecido por allí en toda la noche, no le apetecía nada verlo.

Mejor que hubiera desaparecido, su comportamiento había sido penoso. Desde luego no daba nada por ese matrimonio, le parecía acabado.

Por la mañana, Parvani, que no había tardado mucho en bajar a desayunar pues como era últimamente su estado habitual, se moría de hambre, le comentó a Anjay que Nirmala había dormido bien, aunque había hablado en sueños bastantes veces y otras tantas la había oído llorar.

Pero por la mañana parecía tranquila, aunque no había querido levantarse de la cama todavía.

Anjay le enseñó entonces una nota que le había entregado el recepcionista de parte de Luca, escrita la noche anterior. Decía simplemente que se volvía a Venecia, a su domicilio, y que ya hablarían.

Parvani y Anjay comentaron lo mal que veían a ese matrimonio, mientras

Parvani devoraba varios bollos con mantequilla sin ningún remordimiento.

Anjay le dijo, mientras le cogía dulcemente la mano:

—Amor mío, cómo te he echado de menos esta noche, cada día estás más bella, el embarazo te sienta divinamente.

—Pues no sé qué decirtenAnjay, estoy más gorda, ¿no te importa? —le contestó Parvani.

—Me gustas más así, estés como estés, cada mañana te veo más hermosa — le dijo Anjay mientras le besaba en los labios y sentía el agradable olor de la mermelada de fresa que tenía todavía en ellos. Todo el mundo a su alrededor les miraba con curiosidad, pero a ellos no les importó en absoluto.

De regreso a la isla de Venecia, Nirmala, poco a poco, fue recobrando su estado de normalidad, pero pidió por favor ir con sus hermanos a su casa, no quería volver a ver de momento a Luca.

Ya por la tarde, visitaron al criado Tomaso en el hospital. Estaba ya consciente y mejor aunque seguía grave. Le dijeron que había tenido mucha suerte, pues la bala no había tocado ninguna arteria importante, si no, hubiera muerto allí mismo desangrado.

Luca apareció entonces por allí con el rostro muy serio y visiblemente nervioso y se dirigió directamente a Anjay:

—Me parece bien que Nirmala se quede con vosotros, yo no puedo darle el amor que vosotros le estáis dando y que necesita en estos momentos para superar lo que ha pasado —le dijo.

—Pero Luca, ¿tan poco la quieres? —le preguntó Anjay.

—Con todos estos últimos acontecimientos que hemos vivido y todo eso, me he dado cuenta de que no la amo, siento reconocerlo. Creo que nunca la he querido, por mucho que me cueste reconocerlo, y creo que ella se ha dado cuenta de lo mismo. Lo nuestro fue un error. Creo que nos casamos demasiado jóvenes o tal vez impulsados por su embarazo, no lo sé. Nos hemos convertido, con el paso del tiempo, en dos extraños.

—¿Y esto, en realidad, no tendrá nada que ver con lo de Patrizia? —le dijo Anjay, siempre tan sincero, poniendo el dedo en la llaga.

—La verdad, Anjay, es que creo que sí. Creo que amo a Patrizia desde hace mucho tiempo y que ella me corresponde. Pero, siendo ella una persona un tanto especial, nunca me he atrevido a establecer con ella una relación seria, tal vez por el qué dirán.

—Bueno, tu verás —continuó Anjay que cada vez estaba más enfurecido, sin poder ocultarlo—, pero por lo menos creo que deberías hablar

abiertamente con Nirmala y decirle toda la verdad, creo que ella se lo merece y no olvides además que tienes una hija. ¿Qué piensas hacer al respecto?

Anjay trataba de controlarse y de mostrarse algo comprensivo, para, en último caso, no enemistarse demasiado con Luca y que Nirmala y Alessia salieran lo menos perjudicadas posible. Pero a la vez no podía ocultar su malestar e incomodidad con Luca.

—Desde luego, voy a seguir ocupándome de mi hija Alessia, la quiero mucho y no eludiré, en ningún momento, mis responsabilidades para con ella.

—De todas formas, llegados a este punto —continuó Anjay, ahora sin poder ya evitarlo en un tono más agresivo— creo que Patrizia y tú deberíais abandonar este hospital lo antes posible. Hablaré con otros colegas directores y no tendréis problema en encontrar un nuevo puesto de trabajo.

Entonces, Luca se quedó pálido. Esto sí que no se lo esperaba, ser expulsado del hospital que tanto amaba y que le había formado profesionalmente, ese era otro tema.

—No, eso no me lo puedes hacer Anjay —le respondió con voz entrecortada Luca—. ¿Lo haces por vengarte de mí? Creo que no tiene nada que ver mi situación personal con mi trabajo, no puedes apartarme de aquí.

Luca estaba realmente muy afectado, lo peor que le podía pasar era tener que renunciar a su trabajo en el hospital, era un castigo demasiado fuerte para él.

Casi sin despedirse, muy malhumorado, Anjay le dijo dándole la espalda:

—Ya te comunicaré nuevas noticias.

Parvani, que había seguido de lejos la conversación sin querer inmiscuirse en ella, al ver a los dos médicos tan enfadados y sus actitudes, le dijo a Anjay:

—¿Qué ha pasado para que Luca esté así? ¿Qué le has dicho?

—Nada, me ha dicho que no la quiere y que quiere a Patrizia, ¡el muy sinvergüenza!, nos ha engañado a todos, claro que yo se la he devuelto, lo he echado del hospital y a Patrizia también.

Parvani, conociendo a Anjay como lo conocía, sabía que no era el momento de contradecirle, aunque, ante aquello, no podía permanecer quieta. No iba a consentir lo que le parecía injusto, pero con sabiduría esperaría el momento oportuno para hacer recapacitar a Anjay.

Por fortuna, Tomaso se iba recuperando sin problemas de sus heridas; Nirmala continuaba en casa de Anjay y de Parvani, y Luca no había tenido nuevas noticias sobre su despido.

Luca estaba muy amable y colaborador con Anjay, siempre presente y atento

a todo lo que le ordenara, y no volvió a ser visto en público por el hospital con Patrizia.

Mitali continuaba dejándose ver muy a menudo por casa de los esposos y ahora pasaba bastante tiempo hablando con Nirmala.

Poco a poco Nirmala recuperaba su alegría perdida y de vez en cuando, cada vez con más frecuencia, se volvían a escuchar sus risas por la casa.

Eso era muy buena noticia, estaba recuperándose bien de su desagradable aventura.

Sin duda también había madurado mucho, ya no parecía tanto la muchacha superficial y coqueta que había sido, aunque su carácter no lo podía cambiar, pero era evidente que cada día estaba más bella y sensata y eso parecía no pasar desapercibido para Mitali.

Una noche, casi al amanecer, un ruido muy potente, como un trueno, los despertó. Aunque se oyó más bien lejano parecía con suficiente potencia como para despertar bruscamente a toda la ciudad.

Anjay y Parvani se sobresaltaron, pero como era día de fiesta y a continuación no se oyó nada más, volvieron a dormirse, muy juntos, como siempre, aunque la abultada barriga de Parvani ya la hacía chocar a menudo con Anjay.

Anjay tenía unos planes muy especiales para aquella soleada mañana, así que le dijo a su amada, nada más despertarse:

—No desayunes demasiado amor mío que hoy te voy a llevar a un lugar mágico.

Parvani desayunó y bien, aunque juró que hubiera comido mucho más, pero se guardó algo de apetito para luego. Le encantaban las sorpresas y ver lugares nuevos, su curiosidad siempre la sobrepasaba.

Ambos se dirigieron acto seguido hacia la plaza de San Marcos dando un agradable paseo.

Parvani, por su embarazo, ya se encontraba bastante pesada y andaba más bien despacio en comparación a como ella lo solía hacer con normalidad.

Pero la sorpresa inesperada con la que se toparon nada más entrar en la bella plaza fue mayúscula. Allí había muchísima más gente que de costumbre. Multitud de carabinieri y de empleados municipales trataban de poner orden.

Casi a la vez, a los dos les llamó algo la atención. Ambos levantaron la vista y la visión fue impactante. El *campanile* de la plaza había desaparecido. En su lugar solo había un montón de escombros.

Sin duda, el estruendo que habían escuchado de madrugada había sido,

ahora lo comprendían, el ruido producido por el desplome del campanario.

Alrededor de los escombros, flanqueados por la policía y varios empleados municipales, muchos venecianos curiosos se habían dado cita.

Con la boca abierta, sin creer todavía lo que veían, unos comentaban el hecho dando grandes voces y discutiendo acaloradamente y otros lloraban ante tal desgracia. Era muy triste ver solo los cascotes de lo que antes había sido tan bello. Los venecianos estaban consternados.

Allí se comentaba que unos días antes, algunas personas habían denunciado que se habían visto importantes grietas en los muros, pero que nadie hizo el menor caso, aunque a ciencia cierta, tal vez, tampoco se podría haber hecho mucho más al respecto.

Anjay, preocupado, preguntó a uno de los empleados municipales:

—¿Sabe usted, si por desgracia, ha habido víctimas mortales o heridos?

—No señor, por fortuna no ha habido que lamentar desgracias personales —le contestó el empleado. Luego guardó un momento de silencio, como reflexionando sobre su propia respuesta y añadió—: aunque, por mejor decir, sí ha habido una víctima mortal, un gato muerto por la caída de escombros.

A pesar de la tristeza que sentían por lo sucedido, Anjay y Parvani no pudieron evitar reírse ante la respuesta, aunque rápidamente intentaron disimular pues los presentes a su alrededor les miraron con cara de recriminación.

Por desgracia, el *campanile* no volvería a ser reconstruido hasta muchos años más tarde.

—Pero ¿esta es la sorpresa que querías darme? —le preguntó Parvani.

—No, que va, esto no estaba previsto, no tiene nada que ver. Ahora te voy a llevar a un sitio muy especial —le contestó Anjay.

Tras andar unos metros, ante ellos apareció un local extraordinariamente bello, ya desde la puerta se podía apreciar el aroma embriagador del café.

—El café Florián, mi amor, verás que bueno está aquí el café que tanto te gusta —le dijo Anjay.

—Pero aquí no pueden entrar las mujeres ¿no?

—Sí, en este local sí, no te preocupes —le contestó Anjay.

Entraron en el café y al instante la belleza y sublimidad de las pinturas de sus paredes, los espejos dorados, junto al propio e intenso aroma del café, hicieron que Parvani permaneciera casi extasiada.

Cómo se alegraba de haber podido estar en un sitio como aquel. No sabía que aquel era el único café donde se admitían mujeres y a ella le gustaba tanto

el café... Y más desde que estaba embarazada, no sabía por qué, pero cada día le apetecía más tomarlo, aunque se controlaba bastante no fuera a ser malo el exceso para el bebé.

Se sentaron en una de sus pequeñas mesas, uno delante del otro, y pudieron ver como a su alrededor la gente más aristocrática de Venecia se les unía en una armonía de olores y de sabores y de hermosa belleza, que acentuaban al unísono todos los sentidos de la persona.

De repente, una melodía muy hermosa se unió a los otros sentidos, como si la música envidiara no estar presente también en aquel local. La música, una obra reconocida de inmediato por los esposos, inundó, si cabe, aún más, sus sensaciones.

La orquesta, en el exterior, comenzó a tocar *La primavera* de Vivaldi y todo el mundo pronunció para sí mismo o abiertamente, una exclamación de sorpresa y de placer.

Allí permanecieron durante un buen rato, gozando de su amor y de la exaltación de todos sus sentidos.

Estaban tan a gusto que hasta su espíritu se benefició de aquello y una sensación de bienestar los inundó en plenitud.

Tras disfrutar de aquel momento sorprendente durante bastante tiempo, ambos se dirigían ya hacia la puerta de salida del café cuando se tropezaron con el alcalde.

—Buenos días, doctor y señora —les dijo el personaje nada más verlos, inclinando levemente la cabeza de lado y tocándose el ala de su sombrero de copa con la mano.

—Buenos días señor alcalde —le contestó Anjay a la vez que le tendía la mano para estrechársela.

—¿Cómo se encuentra señora? —le preguntó ahora el alcalde a Parvani al tiempo que fijaba su mirada en su abultada barriga.

—Muy bien, gracias —le contestó Parvani.

—Aprovechando la ocasión, me gustaría preguntarle por Jon Macarty, alcalde. ¿Qué sabe usted de él? —le dijo Anjay, obligando al alcalde a detenerse definitivamente y a hablar sobre el tema.

—Pues, sé que se encuentra ya en la prisión municipal, a buen recaudo —contestó el alcalde—. Creo que ese individuo, por fin, no nos causará más problemas.

—Estupendo —contestó Anjay sin poder ocultar su satisfacción—, la verdad es que es un alivio, y espero que no salga nunca más de allí.

—Creo que ahora ya pueden estar ustedes bien tranquilos con ese sujeto.

—¿Por qué lo dice señor alcalde? —pregunto Anjay algo intrigado ante la contundencia de la respuesta.

—Al parecer, el tal Macarty sufrió una herida en la cabeza que resultó más perjudicial para él de lo que se pensaba en un primer momento. Fue atendido en la propia cárcel y su estado físico, según me comentó el doctor que le atendió, fue empeorando por días, de manera que actualmente se encuentra, digamos, fuera de combate.

—¿Se refiere a que está atontado o algo así? —preguntó Anjay cada vez más intrigado.

—Efectivamente, el doctor calificó su estado de como... a ver si me acuerdo exactamente, sí, «estado pseudovegetativo» dijo —añadió el alcalde, con notoria satisfacción por haber recordado exactamente el diagnóstico.

—Seguramente la bala, aunque no penetró en el cráneo, le pudo ocasionar un traumatismo cerebral importante —añadió Anjay como reflexionando en voz alta.

—Fue un acierto la venida del nuevo comisario —continuó animado el alcalde a dar más detalles y como siempre en tono de discurso—. Yo tenía muchas esperanzas puestas en este hombre, por su capacidad y su dotes de mando. En ningún momento dudé que debía ser él el que capturara definitivamente a ese asesino.

—Pues muchas gracias por la información, señor alcalde —le dijo Anjay, prácticamente interrumpiéndole pero intentando que no se le notara mucho—. Ha sido estupendo y muy clarificador hablar con usted.

El alcalde se despidió de ellos volviendo a inclinar levemente la cabeza y tocando el ala de su sombrero y ambos se dirigieron directamente hacia la puerta.

Ya mientras salían, Parvani tuvo que hacer grandes esfuerzos para que no se le notara la risa que le entraba cada vez que oía hablar al alcalde con aquel tono suyo de discurso.

—Menos mal, Parvani, cualquier día se va a dar cuenta de tu risa —le dijo Anjay algo sofocado.

—Si es que no lo puedo evitar, cada vez que lo oigo hablar, y más desde que estoy embarazada —le contestó Parvani aún medio riéndose.

—Bueno, la verdad es que me alegro mucho de que Jon Macarty se pudra para siempre en la cárcel y en ese estado, así no hará más daño a nosotros ni a nadie. Desde luego son muy buenas noticias.

Estaban en verdad felices, el día estaba siendo estupendo, todo funcionaba bien, el embarazo de Parvani iba a la perfección y se encontraban tan a gusto juntos... Podían disfrutar con intensidad de todo lo que se encontraban.

A la mañana siguiente Anjay estaba en su despacho cuando alguien golpeó la puerta, y una figura esbelta, elegante, y muy bien vestida, con un bello sombrero en lo alto de su estilizado cuello, apareció ante ella.

Anjay la reconoció enseguida. Se trataba de Andrea, la viuda de Aldo Galilei, el que fuera su amigo y anterior director del hospital tristemente fallecido durante la devastadora epidemia de cólera que asolara Venecia no hacía mucho tiempo.

En un momento, cantidad de recuerdos le vinieron a la mente y supuso que ya habrían pasado los días del luto y que ,desde luego, Andrea estaba realmente hermosa, como renacida de sus propias cenizas. Recordó enseguida a la perfección cuando la había visto por última vez. Había sido en el entierro de su amigo. Vestida toda de negro y muy afectada por la muerte de su marido.

—¡Estimado doctor! —le dijo mostrando una bella sonrisa que la hacía parecer todavía más hermosa y deslumbrante al tiempo que le ofrecía su suave mano.

Anjay se levantó al instante y besó su mano con delicadeza. Estaba bastante sorprendido y un tanto nervioso, no se esperaba para nada verla aparecer por allí y menos de aquella manera tan cautivadora.

Haciendo un esfuerzo por permanecer tranquilo le dijo:

—Mi querida señora, como me alegro de verla, ¿cómo se encuentra?

—Muy bien doctor, venía a comentarle un tema que me es de mucha importancia en estos momentos —le contestó Andrea yendo directamente al grano.

—Usted me dirá, ¿en qué puedo ayudarla? —le dijo Anjay.

—Como podrá comprobar ya han pasado los días de luto por la muerte de mi marido y ahora me veo en la necesidad de ocuparme del bienestar de mis hijos, sobre todo.

—Desde luego, lo comprendo —le contestó Anjay—. Aldo fue para mí más que un amigo, fue el que me introdujo en un primer momento en la sociedad veneciana por lo que le estaré por siempre agradecido.

—El caso es que lo que usted me está diciendo —continuó la viuda—, está muy relacionado con lo que vengo a pedirle.

—Si está en mi mano, delo usted por hecho, Andrea —le respondió Anjay.

—Pues desearía concretar con usted la mejor manera de volverme a

introducir en esta sociedad que tanto anhelo, sobre todo pensando en el futuro de mis hijos, desde luego —dijo Andrea.

—¿Y cómo puedo yo ayudarle en eso, señora? —le preguntó intrigado Anjay.

—Pues muy sencillo doctor, invitándome a todos los acontecimientos que tengan que ver con las celebraciones sociales a las que usted vaya.

—Perdone, pero, no acabo de comprenderlo, ¿por qué no se lo ha pedido al alcalde o a otra persona tal vez más influyente que yo? —dijo Anjay.

—Pues, porque a nadie le interesa ya una viuda solitaria con dos hijos pequeños, señor —le respondió Andrea, con aire triste y enfadado a la vez—, tal vez yo tenga mucho más que ofrecer de lo que ellos se imaginan, pero no me dan la oportunidad de manifestarlo, además, ahora mismo usted y su señora son, sin duda, de las personas más de moda en nuestra ciudad.

Todavía estaba hablando Andrea, cuando tras golpear en la puerta, Luca entró directamente en el despacho, como lo hacía con normalidad.

—Perdón, no sabía que tenías visita. —Luca, se disculpó, al tiempo que, en un escaso segundo, procedía a explorar a la bella visitante de arriba a abajo y emitía un certero diagnóstico.

—¿Te acuerdas de Andrea, la viuda de nuestro querido Aldo? —le dijo Anjay, percatándose al instante del impacto que Andrea había causado también en Luca.

—Por supuesto —le dijo Luca al tiempo que le cogía la mano y la besaba con delicadeza, con una leve reverencia.

—Tengo muy en cuenta su petición, Andrea, no se preocupe —le dijo Anjay, mientras se despedía de ella.

—Yo la acompañaré hasta la puerta de entrada —se ofreció al instante Luca sin apartar un momento su mirada de los bellos ojos azules de Andrea que no parecía en absoluto molesta con aquella actitud.

Anjay entonces recapacitó. Podría solucionar de una vez dos problemas. Si Luca se dedicaba a Andrea, olvidaría a Patrizia y Nirmala estaría más conformada y él mismo también, dado que su matrimonio ya no tenía ninguna solución.

Y a la vez Andrea ya tendría su oportunidad con Luca de establecer las relaciones sociales que tanto deseaba. Y se alegró bastante de los nuevos acontecimientos.

Por otra parte, Tomaso, ya completamente restablecido, se había reincorporado a la perfección a sus funciones como criado y protector de

Parvani y Oscar.

Aquella tarde Anjay volvía a casa contento. Parecía que iba pudiendo día a día ir solucionando con satisfacción todos los problemas que la vida familiar y profesional le presentaba.

Deseaba como nunca llegar cuanto antes a su casa para estar con su amada y con su hijo Oscar y contarle a Parvani las buenas nuevas, seguro que se alegraría mucho, sobre todo por Nirmala.

A Oscar cada día le profesaban más cariño, a pesar de que no era un niño muy simpático, pero ya comenzaba a andar, con retraso eso sí, pero estaba muy gracioso dando sus primeros pasitos.

Pero Parvani recibió en su casa a Anjay con cara de susto.

—Que te sucede, amor mío —le preguntó inmediatamente Anjay dándose cuenta enseguida de que algo no iba bien.

—Algo le pasa a Oscar, no sé... —le respondió Parvani comenzando a llorar.

Anjay acudió con rapidez donde se encontraba el niño, en su cuna, y lo exploró al instante. Oscar presentaba un aspecto azulado y apenas sí podía respirar. Tenía fiebre alta y tosía con mucho esfuerzo emitiendo un grito apagado cada vez que lo intentaba.

—Pero, ¿por qué no me lo has dicho antes Parvani? El niño está muy mal —le dijo Anjay visiblemente preocupado y malhumorado.

—El niño estaba dormido hasta hace un rato, ha sido al despertarlo para comer cuando me he dado cuenta de cómo estaba. No me digas eso, Anjay, por favor —y Parvani comenzó a llorar más fuerte.

—Bueno, tranquilízate, no conviene en tu estado que te pongas así —le pidió Anjay a la vez que tomaba al niño en sus brazos y se dirigía corriendo hacia el hospital.

Él y el niño llegaron pronto, a buen paso, seguidos a cierta distancia por Tomaso que acompañaba a Parvani, con sus dificultades ya consabidas para andar deprisa, pero muy angustiada y con la cara empapada en lágrimas.

Cada vez el bebé estaba más azul y apenas sí se movía. En urgencias, Luca, que allí se encontraba, los recibió y entre los dos médicos trataron de reanimar a Oscar pero todo fue inútil.

—¿Piensas lo mismo que yo, verdad? El niño tiene difteria y no hay nada que hacer —dijo Anjay.

—Por desgracia, no —le respondió Luca—, si fuera un niño fuerte y sano podría haber superado la enfermedad pero me temo que no es el caso.

A los pocos minutos, a pesar de los esfuerzos de todo el personal sanitario, Oscar dejaba definitivamente de respirar.

—Lo peor es ahora decírselo a Parvani —dijo Anjay, muy afectado—. En su estado, tal disgusto puede tener en ella resultados desastrosos.

—Esperemos que lo pueda superar cuanto antes, Anjay —le dijo Luca—. Debes insistirle en el hecho de que lleva en ella una nueva vida y que debe hacer todos los esfuerzos posibles para que no salga perjudicada.

Anjay estaba muy consternado. En su cabeza revivían sin querer viejos fantasmas terribles. Con respecto a su descendencia todo había sido caótico, y ahora hasta su hijo adoptivo, Oscar, había dejado de estar con ellos.

Se sentía muy angustiado y no podía dejar de pensar que no debía de fallarles su última esperanza: el hijo que Parvani llevaba en sus entrañas.

Salió de la estancia recorriendo muy despacio los escasos metros que le separaban de donde estaba Parvani, arropada por Nirmala, que también había acudido al hospital nada más enterarse de lo sucedido en cuanto tuvo noticia del hecho, y Tomaso, le esperaban.

Parvani, en cuanto lo vio llegar en aquella actitud, y vio el semblante descompuesto supo que el niño había muerto.

Comenzó de nuevo a llorar con mucha amargura. Anjay, abrazándola, trataba de consolarla, pero él mismo no podía evitar que se le saltaran las lágrimas.

—No entiendo las desgracias que nos vienen continuamente —dijo Anjay—, y ahora esto; tal vez el destino o Dios o quien quiera que sea, no quiere que tengamos un hijo —repetía Anjay abrazado a Parvani.

—Tenéis que ser fuertes, Anjay, hermano mío —trató de animarle Nirmala—, y solo debéis pensar ahora en el hijo que Parvani lleva dentro.

—Sí, tienes razón Nirmala, debemos sobreponernos y luchar por el hijo que viene —razonó Anjay, pero Parvani continuaba desolada, no había consuelo posible para ella.

También Mitali en cuanto se enteró acudió a consolar a sus amigos.

Sobre todo a consolar a Nirmala, que no parecía rechazarle, todo lo contrario, cada día pasaban más tiempo juntos y Mitali daba la impresión de haber superado, por lo menos en apariencia, sus antiguos sentimientos para con Parvani.

Anjay trataba de sobreponerse y así poder ayudar a la vez, a su amada.

—Parvani, debemos superar esto cuanto antes y pensar en el niño que llevas, por su bien y por el nuestro —le repetía Anjay con el máximo cariño

que era capaz de mostrarle en esos momentos.

—Sí mi amor, tienes razón, es cierto, debemos concentrar ahora todos nuestros esfuerzos en el bebé que pronto llegará —le dijo Parvani intentando sobreponerse a su dolor.

Aquella noche, ya en casa, ambos amantes contemplaron la luna casi llena. Pero su color, recién aparecida por el horizonte, era apagado con un leve tono rojizo.

Algunos comentaban: «la luna está roja pues va a hacer calor», pero los esposos sabían perfectamente que aquella noche la luna se unía a su dolor y su apagado resplandor rojo no podía ser más que un reflejo profundo de sus propios sentimientos.

Los días pasaban con lentitud y sin demasiada alegría y entre el trabajo y las preocupaciones por el pronto alumbramiento de Parvani, el otoño, con sus tristes días de lluvia, se les echó encima.

Todavía con el corazón encogido por la pena, una tarde lluviosa, Anjay le dijo a Parvani:

—Amor mío, he pensado que mañana podríamos ir a la basílica de la Salute, el tiempo parece que mejorará bastante. Creo que el cambio de aires y aquel bello lugar nos podría ayudar.

—No tengo muchas ganas Anjay, pero si es tu deseo iremos —le respondió Parvani.

Anjay pensaba que les vendría bien distraerse y de paso buscaría en la Iglesia al religioso que tanto le había ayudado anteriormente. Se sentía tan débil y vulnerable que cualquier ayuda la recibiría con agrado.

Al día siguiente, sin mucho ánimo pero con algo de esperanza, los esposos se dirigieron a la Iglesia de la Salute.

Parvani no podía andar ya nada de prisa, así que previéndolo habían salido con tiempo tras la comida del mediodía. Tenían toda la tarde por delante.

Era una tarde espléndida, con una temperatura ideal, y ya desde el primer momento, al embarcar en la góndola y recibir en la cara la fresca brisa del mar, Parvani se sintió mejor y se animó un poco.

En cuanto se alejaron del muelle, Parvani cogió de la mano a Anjay y este se la apretó suavemente, luego apoyó su cabeza en el hombro de Anjay y su mutuo amor les consoló una vez más.

Por las inmediaciones de la basílica el bullicio de gentes a esas horas era tremendo. Nunca habían visto tantos turistas, sobre todo ingleses, que cada vez acudían en mayor número a Venecia.

Seguramente acudían atraídos por la fama de la bella ciudad. Buscaban, sin duda, lo que a ellos les faltaba: la elegancia, la espontaneidad y la alegría de la diversión que allí siempre se encontraba.

A Anjay, que los conocía bien, no le costaba comprenderlo. Tenían muchas virtudes y en verdad fantásticas, pero las que se podían encontrar allí, seguramente, era de las que carecían.

En el interior de la Iglesia, a pesar de la multitud que la visitaba, se sintieron a gusto. Sentados en uno de sus bancos, ajenos al tumulto, a su manera, rezaron por el niño que acababa de dejarlos y por el que no tardaría en ver la luz.

Allí era fácil rezar y más en su estado, vulnerables, y más que nunca agradecidos a ellos mismos y a su Creador, por tenerse el uno al otro y profesarse tanto amor.

Anjay estaba empeñado en buscar a su religioso. ¡Le hubieran venido tan bien en aquellos momentos sus palabras!

Pero el hombre sabio no estaba por ningún lado, ni en el templo, ni en la sacristía, ni en ninguna estancia.

Algo tristes, al final decidieron volver a su casa. Parvani, después de toda la tarde, ya estaba bastante fatigada y además la noche se les había echado encima.

Ya en el exterior, Anjay, inconscientemente, no paraba de buscar con la vista a alguien que se pareciera a su religioso, desde lejos. Pero era inútil, por allí solo había turistas y algunos venecianos que acudían a los oficios religiosos.

Todavía cerca de la entrada, en medio del gentío, un hombre se les acercó pidiéndoles unas monedas.

El hombre vestía con ropas de pobre y una capucha raída le tapaba la cabeza, protegiéndose del frío que empezaba a notarse en el ambiente.

Casi sin prestarle atención, Anjay le dio unas liras y siguieron andando, cuando de repente instintivamente se giró y le miró a la cara, al tiempo que él también le miraba, y pudo ver su rostro, en ese instante, totalmente iluminado por la luna llena.

Era él, no cabía duda, lo había reconocido, ambos se habían reconocido y en un segundo habían intercambiado su mirada.

Trató de volver sobre sus pasos, pero el gentío ahora era mucho mayor. Apartando a la muchedumbre se abrió paso como pudo, llevando a Parvani del brazo, o más bien tirando de ella.

Pero al llegar al lugar esperado, el personaje ya no estaba allí. Había desaparecido una vez más como por arte de magia.

—¿Tú le has visto? ¿Has visto a ese pobre que nos miraba tras darle las monedas? —dijo Anjay.

—No, no me he fijado en su cara, pero si he notado que nada más cruzarnos con él, el niño se ha movido en mi interior, de repente ha dado como un brinco.

—¿Y no notas como que tus miedos y tu inquietud han disminuido mucho? —le dijo Anjay.

—Sí, es verdad, estoy mucho más tranquila y relajada —le contestó Parvani.

\*

Durante el viaje de vuelta apenas si hablaron. Todo estaba con nitidez, muy claro. Solo disfrutaron, una vez más de su mutua compañía, muy juntos, casi abrazados. Hasta el niño parecía relajado, pues se movía casi al unísono con las olas, como mecido por ellas y Parvani lo sentía mucho, como nunca lo había sentido antes dentro de ella.

Parvani cogió la mano de Anjay y la colocó en su abultado vientre, en un lado, y Anjay sintió una suave presión en todo el abdomen que iba y venía. Era su hijo que quería comunicarse con ellos, como diciendo: «estoy muy a gusto entre vosotros».

Anjay, con una voz suave y dulce, con los ojos llorosos y mirándole con extrema ternura, le dijo:

—¿Sabes Parvani? Ya lo entiendo, la luna y el hombre sabio son lo mismo. No sé de donde proceden, pero los dos han venido para ayudarnos.

A los pocos días, Parvani dio a luz un niño precioso.

Eso sí, le practicaron la cesárea ante una pequeña dificultad que presentó en el parto. No querían arriesgarse en absoluto, así que Anjay, con buen criterio, decidió que lo mejor sería que Parvani pasara por el quirófano para más seguridad.

Pero ella se encontraba muy bien y el niño también, con sus tres kilos largos de peso, era más bien tragón, pues al poco rato de nacer ya se había zampado un pequeño biberón hasta que su madre pudiera darle de mamar, cuando ella se encontrase mejor.

Anjay, al ver a su hijo primogénito por primera vez, no pudo evitar emocionarse y derramar una lágrima, por lo menos.

Estaba realmente feliz, aunque no acababa de creérselo. Después de tantos

padecimientos parecía que ahora el destino se dignaba a concederles el niño que tanto habían deseado.

Todavía estaba en su recuerdo la pérdida de su hijo Oscar no hacía muchos días, pero parecía que el nuevo hijo empezaba a aliviar bastante su pena.

Y además era un varón. En el fondo Anjay deseaba que fuera chico, aunque nunca se había atrevido a confesarlo abiertamente, pues pensaba que se daba por muy satisfecho con tenerlo, sea lo que fuera.

Todos estaban muy contentos con Bruno, que era el nombre que habían pensado ponerle si era varón. Nirmala y Mitali, Luca y Andrea, todos estaban en el hospital rodeando y dando su cariño a Anjay y a Parvani.

El reencuentro de Anjay y Parvani, tras dar a luz y despertar de la anestesia, fue memorable. Se fundieron en un abrazo inmenso de felicidad y gratitud mutua.

Anjay no quería separarse de Parvani ni un instante. Continuó abrazado a ella un buen rato, pero al final lo hizo, se separó, más que nada, pensando en que su hijo debía volver a alimentarse, y esta vez sí, del seno de su madre.

La felicidad que experimentó Parvani al ver mamar a su hijo por primera vez, fue inmensa. También a ella se le escaparon unas lágrimas. Era increíble el instinto que tenía y que le hacía, sin enseñárselo nadie, buscar y succionar del pecho materno con ansiedad, pero con delicadeza.

El niño era realmente precioso, y perfectamente sano. Se parecía mucho a su madre, por lo que tenía asegurada la belleza de ella y la corpulencia y el color moreno de su padre.

Todos los del hospital se apresuraron a felicitar a los nuevos padres. Apreciaban mucho a los esposos, aparte de que Anjay fuera el respetado director del hospital, pues conocían muy bien sus padecimientos para poder tener descendencia, y todos se alegraban mucho por ellos.

Ya por fin, solos y tranquilos los tres en la habitación, Parvani le dijo a Anjay:

—Amor mío, de nuevo se ha cumplido el significado de tu nombre. Como diría tu padre, en estos momentos, eres: «El Invencible».

—Gracias amor mío, pero eres tú la que se lo merece todo —le dijo Anjay al tiempo que la besaba cariñosamente.

—Tu tenacidad y el apoyo que me has dado han sido decisivos para que podamos tener este hijo —le contestó Parvani.

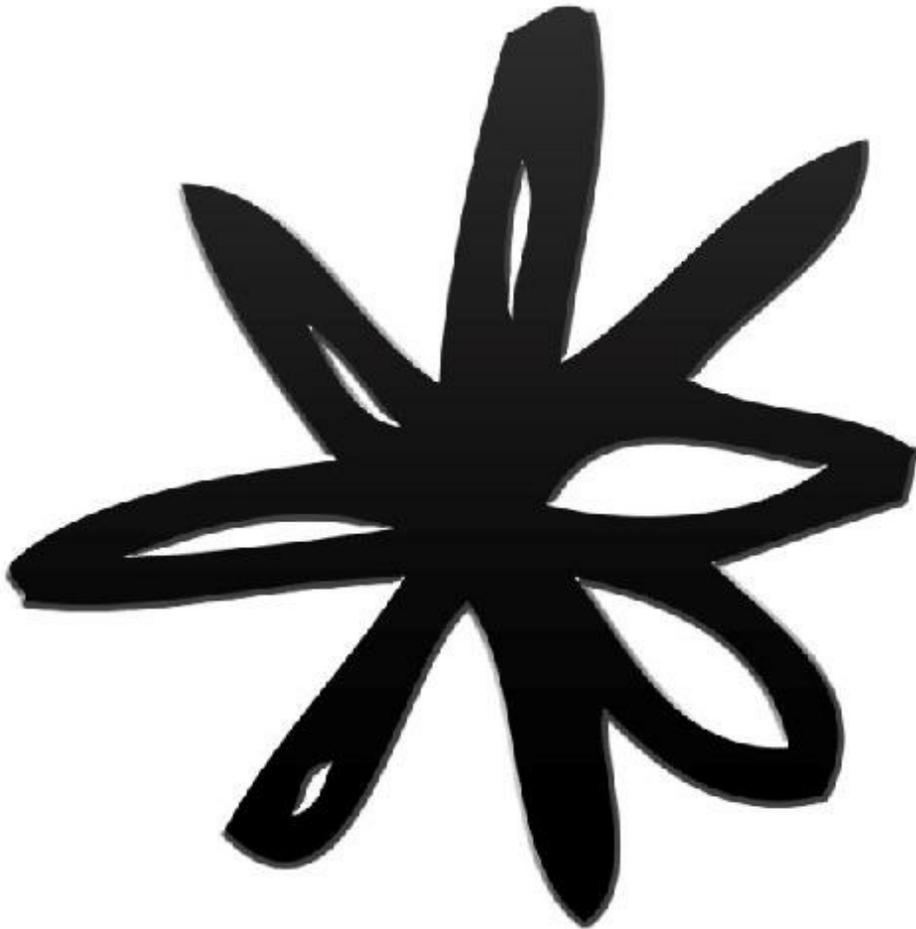
—Y mi amor por ti, por tu belleza y tu bondad, han hecho posible que tuviera fuerzas para luchar por nuestro hijo, Parvani.

En ese instante, Anjay cogió en brazos a Bruno, medio desnudo, y como movido por una fuerza extraña lo asomó a la ventana de la habitación en el preciso instante en que la blanca luz de la luna llena se abría paso entre las nubes e iluminaba con su resplandor la estancia en penumbra y a todos sus ocupantes.

Parvani al verlo se sobrecogió en su interior y supo en seguida, en su corazón, que ese niño iba a estar eternamente protegido.

«Transformemos con matemática  
de espejo cóncavo  
las normas clásicas».

MAX ESTRELLA





## **Table of Contents**

- [1. LA DECISIÓN](#)
- [2. EN LA CIUDAD DESEADA](#)
- [3. LO INESPERADO](#)
- [4. MALVADOS](#)
- [5. PARA SIEMPRE](#)